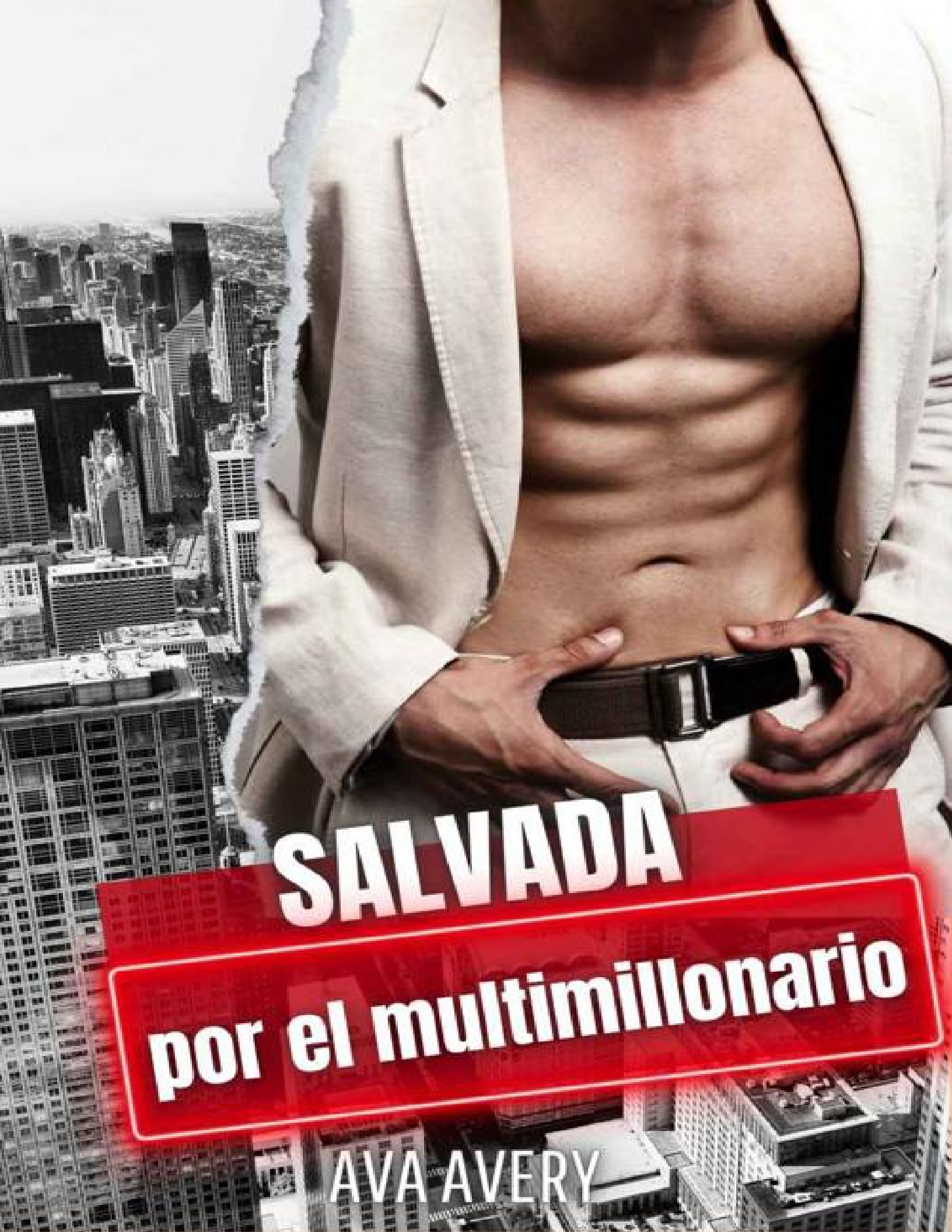




SALVADA

por el multimillonario

AVA AVERY

Salvada por el multimillonario

NOVELA ROMÁNTICA CON UN JEFE RICO

LOS IRRESISTIBLES ABOGADOS MULTIMILLONARIOS DE NUEVA YORK

AVA AVERY



Primera edición en español: abril 2024
Copyright © Ava Avery
Cover/Portada del libro: Gráficos con licencia de shutterstock.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser copiada, de manera física o digital, sin el permiso de la autora. En ningún caso se entenderá que se confiere el derecho de duplicación, traducción, distribución o acceso público.

Esta novela es una obra de ficción. Los sucesos y personajes que aparecen en ella son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Consigue tu libro GRATIS:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

Social Media:

Instagram: avaavery.autorin

Facebook: avaavery.autorin

Ava en TikTok: @avaavery.books

LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS PARA TI

Suscríbete a mi boletín y recibe **la precuela** de la serie Colorado College **e un capítulo extra del segundo volume** di questa serie, como agradecimiento. Esto no se puede comprar en ningún sitio, sólo en el boletín.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

o escanea este código QR:



Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

[Mis novelas de un vistazo](#)

[Libro y Capítulo Gratis](#)

[Antes de partir](#)

CAPÍTULO

Uno

DAMIAN

ESA NOCHE ENTRAMOS en el *Deep Desire* de Manhattan con el ánimo por las nubes y decididos a darlo todo. Durante los últimos meses, estuvimos volcando toda nuestra energía en la espectacular disputa legal sobre los derechos musicales del álbum de *DCX*, el rapero favorito de Estados Unidos en esos momentos. Ese día ganamos el caso tras una feroz batalla campal con la parte contraria.

La adrenalina que siempre me invadía tras una sensacional victoria judicial también corría por mis venas esa tarde. Me encantaba ganar. Incluso más que los considerables honorarios que los clientes nos pagaban por ello.

—Espero que este sitio esté a la altura de su reputación —gritó Landon por encima de la música atronadora y pidió la primera ronda de bebidas.

—Lo estará, amigo. No me puedo creer que nunca hayas estado aquí —respondió Jameson, que era cliente habitual de *Deep Desire*.

Estaba en el local con mis amigos de la universidad Jameson y Landon. Nos conocíamos desde hacía quince años y abrimos la empresa juntos hacía ocho. Desde entonces, trabajábamos día y noche para convertirla en una de las de élite de Nueva York. Al ganar el caso *DCX*, ascendimos como la espuma.

Nos recostamos en los pesados sillones de cuero marrón oscuro que encajaban a la perfección con el estilo de club de caballeros británico de *Deep Desire*. Una camarera escasamente vestida con un elegante body de encaje nos entregó nuestras bebidas con una sonrisa prometedora y nos deseó que lo pasáramos bien en el espectáculo con un coqueto brillo en los ojos. Menos de un minuto después, las luces se atenuaron y los focos se encendieron en el escenario.

La suave música de jazz dio paso a una relajada melodía lounge que aumentaba lentamente de volumen. Al levantarse el telón, tres bailarinas vestidas con ajustados corsés negros entraron en escena. Movían sus ardientes curvas sobre tacones de infarto al ritmo de la música, alimentando las fantasías de todos los hombres de la sala.

Me di cuenta de cómo me relajaba al ver este provocativo espectáculo y la presión de los últimos meses se fue desvaneciendo poco a poco. Suspirando, bebí mi martini y seguí atentamente los movimientos de las bailarinas en el escenario.

Cuando desaparecieron, las luces se apagaron por completo y sonó una seductora voz soul femenina. Cerré los ojos y escuché la melancólica letra de la tentadora canción. Unos focos ocultos en el suelo del escenario se encendieron y mostraron las largas y esbeltas piernas de la cantante, cubiertas por unas medias transparentes que desaparecían bajo el encaje de su vestido burlesque rojo y negro.

Los focos recorrieron sin prisa el cuerpo de la bella mujer: sobre su estrecha cintura, a lo largo de su vientre plano, por sus voluptuosos pechos encajados en el corpiño, hasta sus delicados hombros y su cuello de filigrana. Esta mujer parecía haber sido pintada en un esfuerzo por alcanzar la perfección total.

Cuando los focos volvieron al escenario, mostrando su hermoso rostro enmarcado por sedosas ondas castañas, ya no albergaba ninguna duda sobre mis sospechas: aquella mujer no era real, sino un mero truco de mi acalorada imaginación.

La canción terminó y la diosa de labios rojos como la sangre y ojos caribeños turquesa se acercó con elegancia a la barra de pole dance situada delante del escenario. Extendió los brazos

hacia el poste y lo rodeó con una pierna. Luego giró alrededor del poste en una pose provocativa y se levantó sin esfuerzo al ritmo de la música.

La miré fijamente y me imaginé que bailaba sólo para mí. Parecía tan delicada y frágil. ¿De dónde demonios sacaba fuerzas para bailar sobre aquella barra de hierro como si fuera lo más fácil del mundo? Ahora rodeaba la barra con las dos piernas, se levantaba de nuevo y se dejaba deslizar hacia abajo de una forma tan elegante como seductora. Tragué saliva al pensar cómo sería si sus piernas rodearan mis caderas en lugar de la barra.

Al instante se me puso dura como una piedra.

La diosa se abrió de piernas sobre la barra y arqueó la espalda, mostrando hábilmente sus turgentes pechos.

Estaba jugando. Provocaba. Se burlaba. Y lo hacía muy bien.

Me obligué a apartar la mirada de ella y a escrutar a los invitados del exclusivo club de caballeros.

Los ojos de todos los hombres estaban fijos en la diosa. Dominaba la sala con su perfección.

Sin excepción.

Sin esfuerzo.

Todos los hombres de la sala habían caído completamente bajo su hechizo. Yo estaba cautivado.

A pesar de que acababa de empezar su actuación.

Cuando su mirada atenta se cruzó con la mía, el mundo se detuvo de repente con un fuerte estallido y lo supe: esta mujer era mi perdición.

GRACE

—Buen espectáculo, chicas —alabó Sean, nuestro coreógrafo.

—Los hombres volvían a comer de vuestras manos y con esta coreografía tan brillante, no me extraña —bromeó con un guiño.

Meredith, ex primera bailarina y propietaria de *Deep Desire*, asomó la cabeza en el vestuario e interrumpió nuestras divertidas bromas.

—Scarlett, Alice, Grace, me temo que aún no habéis terminado. Tres invitados os han reservado para un show privado. Así que cambiaos rápido y calentadlos en la Suite *Secret Desire* para que os dejen una generosa propina.

Scarlett y Alice estaban encantadas con esta reserva privada pero yo no podía decir lo mismo. Detestaba bailar semidesnuda delante de hombres extraños que me devoraban con la mirada y pensaban en cómo me lo hacían.

Lo que yo quería era bailar ante un público numeroso y exigente. Transmitir un mensaje. Contar una historia. Pero este sueño se había convertido en un recuerdo lejano cuando mi padre tuvo un accidente hacía casi un año. Como tanto su jefe como la compañía de seguros se negaron a pagarle el tratamiento, tuve que buscar el dinero yo sola. Y los médicos, por no hablar de la hospitalización y las operaciones, costaban una cantidad alarmante de dinero en este país.

Todo el dinero que ahorré durante diez años para estudiar danza en el *Giuliard* se fue en su tratamiento. Al cabo de cuatro meses, ya no quedaba nada. Para seguir financiando los tratamientos urgentes, trabajé día y noche en lugar de estudiar en el prestigioso conservatorio. Sin embargo, el dinero seguía siendo insuficiente.

El sueño de estudiar danza parecía cada día más inalcanzable. Aparte de la falta de dinero para pagar las horrendas matrículas del conservatorio de élite, el tiempo se me echaba encima a marchas forzadas. El hecho de que hubiera tardado diez años en reunir el dinero suficiente para pagar esas mismas matrículas y mi piso en Nueva York significaba que, a los veinticinco años, ya era mayor para estudiar danza y hacer carrera en los grandes escenarios.

Durante los últimos diez años, siempre alejé de mí ese sombrío pensamiento y me aferré firmemente a mi sueño. Pero en los últimos meses me di cuenta de que había llegado el momento de enterrar mi sueño.

Sueños. Resoplé decepcionada.

Los sueños no eran más que fantasías. Ilusiones. Utopías.

Eran muchas cosas. Pero había una cosa que no eran: reales.

Lo real era que sólo me quedaba mi padre. Y que tenía que cuidar de él. Porque él era mi familia. Mi única familia, para ser precisos.

Lo que era real era que necesitaba dinero para hacerlo. Mucho dinero. Tanto dinero que no podía ganarlo lo suficientemente rápido.

Y lo que era real era que esa noche tenía la oportunidad de conseguir algo de dinero extra. El dinero que tanto necesitaba.

Así que iba a ir a la Suite *Secret Desire* y bailar como si mi vida dependiera de ello. Porque, básicamente, así era.

CAPÍTULO

Des

DAMIAN

JAMESON RESERVÓ un espectáculo extra en una de las salas laterales decoradas con estilo para la celebración. Cuando entraron las bailarinas y vi a la voluptuosa diosa, la sangre me corrió con fuerza por los oídos. Ignoré a las otras dos bailarinas, aunque eran unas auténticas bellezas. Sólo me interesaba la diosa, que ya no llevaba el vestido burlesque rojo y negro, sino un body azul noche que resaltaba su pelo castaño de seda y sus ojos turquesa paradisíacos.

—Hola, señoritas —las saludó Jameson con una sonrisa y se levantó del pesado sofá situado al borde del pequeño escenario.

Se acercó despreocupadamente a las bailarinas y les dirigió su mirada de perro salchicha, a la que todas las mujeres solían sucumbir de inmediato.

—¿Puedo presentaros a mis amigos? Ellos son Landon y Damian. Yo soy Jameson.

—Hola Landon —dijo la rubia, que se presentó como Scarlett, y se pavoneó hacia Landon, que se sentó un poco apartado para acomodarse en su regazo.

La pelirroja Alice cogió a Jameson de la mano y lo llevó de vuelta a su sofá, no muy lejos del escenario, riendo entre dientes.

La diosa, que era la única que aún no se había presentado, me miró vacilante y casi creí reconocer algo parecido a la incertidumbre en su mirada. Pero quizá me equivoqué. Porque en ese momento, flotó hacia mí contoneando las caderas y se sentó a mi lado en el elegante sofá. Cruzó sus largas piernas y me dirigió una mirada tentadora.

—Encantada de conocerte, Damian. Soy Grace.

Grace. La agraciada.

El nombre le sentaba bien, tan delicada y elegante como parecía.

—¿Quieres que baile para ti, Damian?

Grace deslizó su dedo índice por mi hombro, bajó por mi brazo hasta mi muñeca desnuda, que rozó fugazmente.

Mi mandíbula se tensó ante la dulce agonía que me provocó aquel contacto casual. Aparté los ojos apresuradamente y miré a Landon. Scarlett estaba cerca de él y bailaba provocativamente, haciéndole olvidar todo lo que le rodeaba. Landon seguía los movimientos de la bailarina rubia con los párpados entrecerrados y le susurró algo, que ella agradeció con una risita.

—¿Quieres que baile para ti como Scarlett baila para tu amigo?

Grace se levantó y se colocó frente a mí. Con su pierna derecha, separó mis rodillas y se colocó entre mis piernas.

Todo dentro de mí gritaba que me fuera.

Inmediatamente.

Pero mis piernas no obedecieron. No se movieron. Ni un centímetro. Me quedé paralizado en el lujoso sofá, incapaz de moverme.

Grace giraba las caderas y bailaba seductoramente al son de la suave música que llenaba la habitación.

Cerré las manos en puños, intentando desesperadamente evitar que mis piernas rozaran las suyas mientras bailaba.

Hizo un giro y se inclinó hacia adelante en un movimiento fluido, su trasero perfectamente redondeado en el body azul noche se introdujo en mi campo de visión.

Apreté los labios y me obligué a no mirar. En lugar de eso, miré a Jameson, que observaba a

Alice recostada en el poste para él.

—¿No te gusta cómo bailo?

Grace se inclinó hacia mí. Su largo pelo castaño caía sobre sus hombros y me envolvía en una nube de canela y vainilla.

Demasiado cerca.

Estaba demasiado cerca.

No pasaría ni un minuto más antes de que rompiera la única regla del selecto club masculino.

Si esta diosa se movía en un soplo de nada a menos de cincuenta centímetros de mí durante unos segundos más, tendría que tocarla indecentemente y romper la regla de oro de la casa, lo que supondría mi expulsión inmediata.

—Sí que me gusta. Lo siento, debo estar fuera de mí —respondí malhumorado.

Mi enfado no iba dirigido a Grace, sino a mí mismo.

¿Desde cuándo me dejaba poner tan nervioso?

Nunca me había pasado.

Con nadie.

Siempre controlaba mis pensamientos, mis deseos y mi cuerpo.

Excepto con Grace.

Con ella, sólo podía pensar en subirla a mi regazo, abrirla las piernas y sacar mi polla dura como una roca de los pantalones para metérsela dentro y dejar que me liberara.

—Entonces deberíamos asegurarnos de que estás aquí conmigo —me susurró Grace al oído.

Cerré los ojos y luché por mantener la compostura. En vano.

Grace dio un paso atrás y yo respiré aliviado. Por fin había conseguido el tan necesario respiro.

Pero me alegré demasiado pronto. Porque se subió a mi regazo y abrió las piernas para ofrecerme un lascivo baile erótico.

Se me secó la garganta y dejé de respirar.

Ahora era oficial.

Estaba perdido.

Para siempre y por toda la eternidad.

GRACE

Ya me había fijado en Damian durante el espectáculo principal en el club. Se sentó entre el público con expresión petrificada y observaba mi actuación inmóvil.

Llevaba un pantalón de traje negro ajustado, una camisa blanca ceñida de aspecto muy caro y un chaleco negro brillante y aterciopelado. Llevaba el pelo negro hasta los hombros recogido en una coleta que dejaba ver sus prominentes pómulos.

Cuando sus ojos oscuros e insondables se cruzaron con los míos, perdí el equilibrio por un instante.

El hecho de que él, entre todas las personas, fuera el hombre por el que debía hacer el turno extra esta noche me alegró y me asustó a partes iguales.

¿Sería capaz de llegar a él y encender el fuego en sus ojos indiferentes?

Damian parecía muy taciturno, desinteresado y desdeñoso. En lugar de concentrarse en mi baile, miraba a sus amigos, que claramente estaban disfrutando del espectáculo.

En contraste con Damian.

En ese momento, miraba a Alice con expresión adusta y me ignoraba hábilmente.

Caray.

Eso era más que evidente.

A Damian no le gustaba mi baile.

Yo no le gustaba.

Eso significaba que su propina, si es que hubiera, sería extremadamente escasa.

En un último intento de cambiar las cosas, me incliné hacia él y busqué su mirada.

—¿No te gusta cómo bailo?

Damian me dirigió una mirada superficial y miró a un lado. Su mandíbula rechinaba con fuerza.

—Sí que me gusta. Lo siento, debo estar fuera de mí.

La ira resonaba en su voz y en sus ojos se desataba una tormenta furiosa.

La situación era peor de lo que había temido.

No era sólo que no le gustara. A juzgar por su comportamiento, estaba tan molesto o aburrido por mi espectáculo que podría quejarse de mí. Y eso podría significar que, en el peor de los casos, perdería mi trabajo y, en el mejor, ya no me contratarían para más espectáculos.

Este pensamiento aterrador me aceleró el corazón.

Necesitaba este trabajo. No podía perderlo bajo ninguna circunstancia.

Si hasta ahora no había podido convencer a Damian, tendría que esforzarme más. Por mucho que me disgustara bailar semidesnuda para hombres ricos, no tenía elección. Gracias a las propinas, ganaba cuatro veces más en este trabajo que en mi empleo diurno en la cafetería. Además, Damian era un cliente muy guapo y no uno de esos babosos cachondos que no podían mantener las manos quietas y se creían demasiado ricos para seguir las normas del club.

Cerré los ojos y me armé de valor.

—Entonces deberíamos asegurarnos de que estás aquí conmigo —le susurré al oído y di un paso atrás.

Me subí sobre él provocativamente y me lancé provocativamente unos centímetros por encima de su entrepierna al ritmo de la música.

Damian apretó los labios y entrecerró los ojos.

Bajé hasta su regazo y le rodeé el cuello con los brazos, me impulsé hacia adelante sobre su regazo y volví a enderezarme. No había visto su erección dura como una roca, ahora presionando mi centro.

Quizá no le estaba dejando tan frío como pensaba. A no ser que la erección fuera provocada por Alice, que giraba hábilmente en el poste y a quien su mirada se dirigía ahora de nuevo.

¿Cómo era posible que no pudiera llamar su atención?

Repetí el movimiento y me senté provocativamente en su regazo cuando inesperadamente me agarró de las caderas y se levantó de un tirón. Sobresaltada, di un paso atrás y le miré con los ojos muy abiertos.

—Gracias, Grace. Me temo que tengo que irme —me dijo secamente.

Se apresuró a pasar junto a mí hacia la puerta sin darse la vuelta ni despedirse de sus compañeros y no tardó ni un segundo en marcharse.

Lo miré desconcertada.

¿Qué acababa de pasar?

¿Había echado a un cliente de pago?

Enterré la cara entre las manos y traté de contener el pánico que crecía en mi interior.

Una mirada a Alice y Scarlett me dijo que habían tenido mucho más éxito que yo. Los chicos ni siquiera se darían cuenta si un meteorito cayera justo a su lado, estaban tan cautivados por mis colegas.

Salí de la habitación con la cabeza gacha y me dirigí a los vestuarios.

Ya había hecho bastante daño por hoy.

Era hora de volver a casa, lamerme las heridas y esperar que Damian no se hubiera asegurado de que éste fuera mi último día de trabajo en *Deep Desire*.

Envuelta en mi abrigo, salí del club veinte minutos más tarde. Meredith me interceptó en la barra.

—Grace. No tan rápido.

Mis dedos aferraron las asas de mi bolso con miedo. Me mordí el labio inferior con tanta fuerza que saboreé la sangre, en sombría anticipación de lo que estaba a punto de suceder.

—¿Qué le hiciste a Damian Knight?

Meredith fue directa al grano y puso las manos en las caderas expectante.

—Meredith, lo siento. Lo intenté con todas mis fuerzas...

—Desde luego que lo hiciste, Grace. Si no, no te habría dado una propina tan ridículamente alta —me interrumpió Meredith y me entregó un sobre.

—¿Una propina? ¿Me dio propina?

—Te llamas Grace, ¿verdad?

Meredith me miró con las cejas levantadas y yo no pude evitar sonreír.

—Sí, me llamo Grace. Tenía la sensación de que no le gustaba. Por eso estoy un poco sorprendida.

—Parece que te equivocabas, cariño. No conozco a ningún cliente que le dé mil dólares de propina a una bailarina si no le gusta.

—¡¿Qué?! ¿Mil dólares? ¿Acabas de decir *mil dólares*?

Me quedé boquiabierta.

Estaba acostumbrada a recibir propinas generosas. Cien dólares era la norma. Una vez incluso había recibido quinientos. ¿Pero mil dólares? Era una locura.

—Míralo si no me crees.

Meredith me puso el sobre en la mano.

Lo abrí y pasé los dedos por los billetes.

La preocupación de mi rostro dio paso a una amplia sonrisa.

Mil dólares. ¡Mil malditos dólares!

Con esto podría pagar por fin la factura del doctor Brice, que ya había tenido que aplazar dos veces.

No tenía ni idea de por qué Damian salió corriendo primero y luego me dejó una propina tan generosa.

Pero si por una vez la vida me iba bien, la aprovecharía y no me preocuparía por el “*por qué*”. Porque ya había suficientes preguntas en mi vida para las que no tenía respuesta. No necesitaba complicarla más de lo que ya estaba.

CAPÍTULO

Tres

DAMIAN

—EL CASO PARECE PROMETEDOR. Vale la pena correr el riesgo. En mi opinión, deberíamos aceptarlo.

Salí del edificio de oficinas de la empresa de inversiones, que había sido demandada recientemente por presunto uso de información privilegiada y, por tanto, buscaba un abogado astuto para demostrar su inocencia.

De camino a mi coche, que estaba aparcado frente al edificio de la empresa, le indiqué a mi chófer con un gesto de la mano que quería tomar un café rápido en la cafetería de enfrente. Lo necesitaba después de lo de anoche. Dormir era imposible después del baile caliente de Grace en mi regazo.

—De acuerdo. Hagámoslo. Yo prepararé los contratos —respondió Jameson.

—Dime, ¿por qué te fuiste tan rápido anoche? ¿No te gustó?

—Sí, me gustó. Sólo estaba cansado. Es todo.

—El hecho de que estés pensando en la versión inofensiva de dormir en compañía de las chicas sexys me preocupa, para ser honesto. No me digas que no tuviste sexo anoche. ¿Estás enfermo, Damian?

Puse los ojos en blanco, molesto.

—No estoy enfermo.

El timbre de la puerta de la cafetería sonó cuando entré.

—Hmm, no estoy tan seguro de eso. Te vigilaré por si acaso —se burló Jameson.

Lo ignoré y guardé un silencio obstinado.

—Un cappuccino, por favor —pedí mientras observaba el expositor de aperitivos.

—Le recomiendo la tarta de plátano con virutas de chocolate. Está recién horneado —me aconsejó la camarera, cuya voz me resultaba sospechosamente familiar, aunque de momento no podía ubicarla.

Cuando levanté la vista hacia la camarera, me detuve en seco.

No podía ser verdad.

¿La vida me estaba gastando una páfida broma? Frente a mí estaba nada menos que Grace.

Pero en lugar de un escaso atuendo de nada, hoy vestía unos vaqueros informales, una sencilla camisa de manga larga y un delantal azul claro. Comparada con la noche anterior, parecía casi inocente y aniñada sin todo el maquillaje.

La diosa de la lujuria y la pasión se había transformado en una joven recatada e inocente.

Inmediatamente, se me subió la polla y gemí para mis adentros. ¿Por qué la correcta virgen de la cafetería me excitaba tanto como la perversa diosa del sexo del club?

Hasta ayer, había asumido que hacía tiempo que había superado la barrera de los treinta años. Sin embargo, desde que Grace entró en mi vida, me estaba sintiendo más como un adolescente púber cuyas hormonas lujuriosas me nublaban la mente.

—Damian, ¿verdad? Eres tú, ¿verdad?

Grace sonrió amablemente y me miró con expectación.

—¿Qué dices a mi propuesta, Damian? ¿Damián? ¿Sigues ahí? ¿Hola? —provenía del teléfono.

—Te llamo luego —ahogué a Jameson y colgué.

—Soy Grace. La bailarina de *Deep Desire*. ¿De anoche?

Grace pareció pensar que no la recordaba cuando no respondí a su pregunta. Pero era exactamente lo contrario. Recordaba cada detalle. Su cuerpo de ensueño, su seductora voz conmovedora y su seductor aroma a vainilla y canela.

—Hola, Grace. Sí, me acuerdo. ¿Por qué no me traes un trozo de tarta de plátano con mi café?

Probablemente era la frase más larga que había pronunciado delante de ella. Y probablemente también la más ridícula.

Si me comportaba de forma tan estúpida y torpe con Grace como abogado, no me valdría ni para hacer carrera en el pueblo más remoto de Alaska.

Normalmente, cuando se trataba de tratar con mujeres, yo era galante, ingenioso y gracioso, de modo que los corazones y las ofertas explícitas simplemente volaban hacia mí. Pero con Grace me comportaba como un completo principiante sin talento alguno.

Grace parpadeó insegura y fue a pedir sin hacer otro intento de conversación.

No podía culparla, tan grosero y tosco como me estaba presentando.

—Son ocho dólares, por favor.

Grace me entregó la bolsa de tarta y la taza de *café para llevar* y me miró fijamente con sus ojos brillantes, que me recordaron el color del mar de las Bahamas, donde había pasado unos días de vacaciones el año pasado.

—Gracias, Grace. Le entregué una nota y, por segunda vez en menos de veinticuatro horas, huí de aquella mujer seductora y enigmática, que había puesto patas arriba mis sentimientos.

—Damian, espera.

Oí los pasos de Grace acercándose enérgicamente, acelerándose el pulso.

—Me diste cien dólares, no diez.

Grace me agarró suavemente del brazo y me puso el billete delante de la nariz.

Su tacto inconsciente me produjo un escalofrío, y resistí el impulso de arrastrarla a mi coche y hacer cosas con ella que no fueran para menores. Pero la pregunta era: ¿cuánto tiempo podría resistirme? Cada segundo que su delicada mano permanecía en mi brazo, mi deseo aumentaba. Un deseo al que no podía ni debía ceder.

—Quédatelo. Está bien —le informé a Grace y me acerqué al pomo de la puerta.

—Pero no puedo. Es demasiado.

Grace se interpuso en mi camino y agitó el billete.

—Son *cien* dólares. —Recalcó la cantidad innecesariamente alto, como para recordarme de cuánto dinero estábamos hablando.

Como mi tarifa por hora era de quinientos dólares más gastos, al parecer la confusión del billete me pareció mucho menos curiosa.

Con pesar, aparté su suave mano de mi brazo.

—Soy consciente de la cantidad, Grace. Cuando digo que está bien, puedes creer en mi palabra. Ahora tengo que irme.

Grace se quedó indecisa en el umbral, pero un cliente que llamaba a la puerta desde fuera, pidiendo que le dejaran entrar, la obligó a despejar el campo y apartarse de mi camino.

Le hice un gesto reservado con la cabeza y salí a la calle.

Aquello acababa de salir bien.

Estuve a punto de apretarla contra la maldita puerta y comerme a Grace en lugar de la tarta de plátano.

GRACE

Visiblemente confundida, volví al mostrador y anoté la cifra de noventa y dos dólares de propina con una sensación de hundimiento en el estómago.

Por mucho que necesitara dinero, esto me parecía mal.

Damian no podía pagar cien dólares por un café y un trozo de tarta. ¿Qué persona normal haría eso?

Era evidente que Damian no era una persona normal y corriente. La entrada a *Deep Desire* costaba una pequeña fortuna y un espectáculo privado aún más. Si podía permitírselo, pertenecía a las altas esferas de la sociedad neoyorquina. Su aspecto cuidado y extremadamente caro lo ponía de manifiesto. Aun así... ¿cien dólares?

Me giré hacia el nuevo cliente, pero de repente mis ojos se posaron en la elegante cartera que yacía junto a la máquina de café. La cogí rápidamente y la abrí. Saqué del estuche una de las innumerables tarjetas con el nombre de Damian.

¡Oh, no!

Con las prisas olvidó su abultada cartera.

Me apresuré hacia la puerta y giré el cuello en su busca, pero no veía a Damian por ninguna parte.



Después de atender al paciente cliente, guardé la cartera en uno de los cajones y cerré con llave. Mi sentido del deber se impuso a mi curiosidad, que ardía en deseos de desmontar el hallazgo e inspeccionar a fondo todo su contenido.

No me correspondía a mí hurgar en las cosas privadas de Damian.

No después de que, por segunda vez, me había dado una propina generosa. No era correcto hurgar en las pertenencias de desconocidos.

Estaba segura de que Damian se daría cuenta tarde o temprano de que le faltaba la cartera y vendría a pedírmela.

Me alegré en secreto, aunque no sabía por qué.

Damian era el hombre más taciturno y reservado que había conocido. Me habría encantado saber si detrás de ese atractivo exterior se escondía un intelecto igualmente atractivo.



Contrariamente a mis esperanzas, Damian no volvió. Esperé hasta la última hora de la tarde. Sostuve la cartera en la mano y la giré pensativamente entre los dedos. En teoría, podía dejarla aquí y escribir una nota a mi jefe por si Damian aparecía.

Habría cumplido con mi deber de buena ciudadana.

Pero mi mala conciencia no compartía esta opinión. Opinaba que debía devolverle

personalmente la cartera a Damian después de que me hubiera pagado tan generosamente.

Suspirando, me hundí en una de las sillas de la esquina de la cafetería y abrí la cartera por segunda vez.

Esta vez la rebusqué con la esperanza de encontrar algún detalle que me revelara el paradero de Damian. Y, efectivamente, encontré lo que buscaba en un bolsillo lateral.

Saqué una tarjeta de visita con la etiqueta “*Knight, West & Sharp*”.

Interesante.

Damian era abogado.

Sonreí. De algún modo, eso le sentaba bien. Con lo serio e inflexible que era, sería el abogado perfecto.

La dirección me decía que el despacho estaba en el corazón de Manhattan, a pocas paradas de metro de aquí.

Si salía ahora, llegaría a tiempo. Podría dejar la cartera, ir hasta mi piso de un dormitorio en Chinatown, cambiarme y llegar a tiempo a mi turno en *Deep Desire*.

Decidida, cogí mi bolso y me dirigí al edificio de oficinas de Damian.



Media hora más tarde, estaba frente a un rascacielos de casi ochenta pisos con fachada de cristal, comparando por décima vez la dirección con la de mi tarjeta de visita.

No había ninguna duda. La oficina de Damian estaba en este edificio. El hombre debía de ser mucho más rico de lo que yo supuse en un principio si podía permitirse una oficina en ese exquisito bloque de pisos.

En el vestíbulo me dijeron que el bufete de *Knight, West & Sharp* estaba en la planta setenta y me dieron un pase de visitante.

Tras pasar el control de seguridad, subí al ascensor, que me llevó a la velocidad del rayo. Mis oídos crujieron incómodos ante la rápida diferencia de altura y me distrajeron durante unos segundos de mi creciente nerviosismo.

Cuando se abrieron las puertas, me encontré en una elegante zona de entrada. Enderecé los hombros para que no se notara lo poco que encajaba en este lujoso interior y me dirigí decidida a la recepción.

—Buenas tardes. ¿Tiene una cita? —me saludó con una sonrisa amable una señora mayor elegantemente vestida.

—No, no tengo ninguna. Sólo quería entregar la cartera del Sr. Knight, que se dejó en la cafetería. ¿Se la daría usted?

Se la entregué a la señora, pero no hizo ademán de quitármela. En lugar de eso, me examinó y frunció los labios con benevolencia.

—¿Por qué no se lo da personalmente al señor Knight, señorita? Es muy sincero por su parte querer devolvérsela. No puedo imaginarme el caos que la pérdida le habrá causado al señor Knight. Tal vez le dé una propina. Yo lo haría si fuera él.

¿Una propina?

¡Imposible! No podía aceptar más dinero de Damian.

Levanté las manos para defenderme.

—No quiero una propina de intermediario. Sólo quiero que el Sr. Knight recupere su propiedad. Así que...

—¡Ah, Sr. Knight! Tiene una visita.

La recepcionista interrumpió mi torrente de palabras e hizo un gesto con la mano en dirección a donde acababa de abrirse una puerta y tres hombres salían de una habitación.

Mierda.

Damian, Jameson y Landon.

Damian se quedó clavado en el sitio cuando me reconoció. Sus amigos me miraron con interés. ¿También me reconocieron?

—Damian, ¿no es esa la chica del club que canta y baila tan bien?

Vale. Supongo que eso respondía a mi pregunta.

—Señor Knight, esta señorita ha encontrado su cartera y le gustaría devolvérsela —le explicó la recepcionista.

—Damian, maldita sea. ¿Te enrollaste con esa preciosidad anoche y no nos lo dijiste? Si es la mitad de buena en la cama que bailando, entiendo por qué pareces tan cansado hoy, como si no hubieras dormido en toda la semana —siseó Landon en voz baja, pero lo bastante alto para que yo lo entendiera.

—Cállate, Landon —refunfuñó Damian.

—Eres un idiota.

—Si se la hubiera tirado de verdad, no estaría de tan mal humor, Landon —intervino Jameson.

Los tres supusieron que yo no podía oír lo que susurraban. Pero mis excepcionalmente buenos oídos escucharon cada palabra de la conversación e hicieron que mi cara se sonrojara de vergüenza.

Tengo que irme. Por favor, dele la cartera al señor Knight. Adiós y muchas gracias.

Me apresuré hacia el ascensor sin dedicar otra mirada al grupo de hombres y maltraté el botón del ascensor con la esperanza de que las puertas se abrieran más rápidamente.

—¿Grace?

Damian se había puesto detrás de mí. Su fuerte mano en mi hombro me hizo detenerme en mi frenesí de apretar botones.

Lentamente, me giré hacia él.

—Hola. Perdona, no quería interrumpir tu trabajo, sólo quería dejarte la cartera que te dejaste en la cafetería.

Eso era exactamente lo que había querido hacer. Entrar. Entregar la cartera. Salir.

¿En qué momento ese plan tan sencillo se había convertido en un fracaso total?

¿Y por qué me sonrojaba bajo sus ojos penetrantes, con los que parecía hipnotizarme?

—Eres muy amable, Grace. Ni siquiera me había dado cuenta de que la había perdido.

—No me tienes que agradecer.

Damian negó con la cabeza.

—Nada de eso. Sobre todo que te hayas tomado la molestia y el gesto de dejármela. Me gustaría mostrarte mi agradecimiento.

Por reflejo, le cogí la mano y se la apreté. Sentí un hormigueo en la palma, pero no pude apartar la mano. Estaba disfrutando demasiado de la electrizante sensación de la piel de Damian contra la mía.

—Por favor, no lo hagas. Has sido más que generoso conmigo. No puedo y no aceptaré más dinero de ti.

—El tiempo es dinero, Grace. Y tú has sacrificado tu tiempo para ayudarme. Así que déjame ayudarte a ti también.

—Escucha, Damian. Soy consciente de que he invertido tiempo por ti. Cuando digo que está bien, puedes creer en mi palabra. Ahora tengo que irme.

El aliviador *ting* del ascensor sonó detrás de mí y me apresuré a entrar antes de que el perplejo Damian pudiera responder.

CAPÍTULO

Cuatro

DAMIAN

ME QUEDÉ ESTUPEFACTO, mirando cómo se cerraban las puertas del ascensor ante mis ojos. ¿La escuché mal, o aquella mujer acababa de engatusarme con exactamente las mismas palabras con las que la había dejado en la cafetería aquella mañana?

Una sonrisa involuntaria se dibujó en mi rostro. Me gustaban las mujeres con sentido del humor. Las mujeres con sentido del humor, guapas de cojones y, además, honestas y con los pies en la tierra eran muy raras. Por eso era tan interesante que acabara de conocer a uno de esos exquisitos especímenes.

—¿Qué pasa ahora? ¿Vas a seguir mirando las puertas de acero y esperar que cambie de opinión y vuelva contigo, o vas a recoger tus pelotas del suelo y venir a la próxima reunión, vaquero?

Landon rio ante la burla de Jameson.

Con expresión adusta, pasé junto a los dos y entré en mi despacho.

—Eh, Damian, no es como si no supieras dónde encontrar a Cenicienta.

—Exacto —coincidió Landon Jameson.

—Si te gusta, ya sabes dónde puedes admirar su cuerpo de ensueño. Y quién sabe, puede que no tenga inconveniente en seguir bailando contigo en la cama, por la forma en que te miraba con sus dulces ojos saltones.

—Vosotros dos deberíais callaros de vez en cuando. Eso ayudaría a mucha gente —gruñí y cerré la puerta de un portazo.

Quería a Jameson y Landon como a hermanos, pero su comportamiento inmaduro e ignorante siempre me ponía de los nervios.

—¿Podemos empezar ya la reunión?



Después de la reunión, recordé que mi cartera seguía con la señorita Green en recepción. Molesto por mi repentino olvido, salí de mi despacho para cogerla.

—Una joven agradable —sonrió mi recepcionista.

Supuse que se refería a Grace.

—Nueve de cada diez personas habrían cogido el dinero y hecho desaparecer la cartera.

—Parece que Grace es de las honestas.

—Por desgracia, no quiso aceptar la propina por sus esfuerzos. Obviamente, eso me incomoda mucho —respondí de mala gana.

—Llevo ocho años trabajando para usted, señor Knight. Si me permite que se lo diga, usted no es el tipo de hombre que admite la derrota hasta que ha logrado su objetivo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, si el *plan A* no funciona, inventa un *plan B*. Seguro que encuentra la forma de darle la propina por encontrarla. ¿Trabaja en la cafetería donde dejó su cartera, Sr. Knight?

—Sí, trabaja ahí.

—Eso es. Entonces pídale una ronda de café o un desayuno para el personal de la oficina y

dele a la señora una generosa propina. Problema resuelto.

Cogí la mano de la leal señorita Green, que había formado parte del equipo desde el principio.

—Gracias por la sugerencia. Lo pensaré.



Durante el resto de la jornada laboral, agoniqué sobre si era prudente volver a ver a Grace o si debía dejarlo estar.

Por el deseo irrefrenable que me invadió cuando conocí a Grace, sabía que aquella mujer me metería en un buen lío si cedía a mi anhelo. Aunque apenas la conocía, su delicada apariencia tocó algo dentro de mí que hizo sonar todas las alarmas de forma ensordecedora.

Como dentro de unas semanas anunciaría mi compromiso con Sophie, no sería buena idea correr el riesgo de involucrarme con una mujer extraña ahora, cuando no sabía hasta qué punto podría confiar en ella. No sabía si se guardaría para sí el acuerdo secreto entre Sophie y yo.

Si hacía caso a mi mente, me quedaría con las mujeres con las que llevaba años saliendo a ciertas horas y en cuya discreción podía confiar. Mujeres que, como yo, sólo querían sexo. Sexo bueno y satisfactorio.

Para mí, el sexo era un desahogo bienvenido para liberar presión y luego lanzarme de nuevo al trabajo para trabajar incansablemente en el ascenso del bufete.

Simplemente no tenía tiempo para una relación. Si mis planes profesionales funcionaban, eso no cambiaría en los próximos diez años. También le hice una promesa a mi mejor amiga, Sophie, hacía unos meses. Le prometí casarme con ella como excusa. No rompería esa promesa. Y era precisamente esa promesa la que me prohibía entablar una relación seria. Porque nada después del anuncio de nuestro compromiso podía dar la impresión de que Sophie y yo no éramos realmente amantes. Tan pronto como el compromiso se hiciera público, no habría más discotecas. No más fiestas libertinas. Ni encuentros con otras mujeres fuera de habitaciones de hotel cuidadosamente elegidas. Le debía eso a Sophie.

Y hasta ayer, no había tenido problemas para llegar a un acuerdo. Pero ahora, bueno, por primera vez, tenía dudas sobre este acuerdo.

¿Por qué?

Por una mezcla de diosa del sexo y virgen a la que conocía desde hacía menos de veinticuatro horas y de la que no sabía absolutamente nada, salvo que se llamaba Grace, que bailaba en *Deep Desire* por la noche y que de día servía mesas en una cafetería del Bajo Manhattan.

Era una locura.

Desde un punto de vista puramente racional, no tenía sentido. Y si algo había aprendido en mis años de abogado era que las emociones solían meterte en problemas. El pensamiento racional, en cambio, era la receta segura para el éxito continuado.

Y eso era exactamente en lo que me iba a centrar ahora.

Eliminaría a Grace de mi vida y de mis pensamientos.

Satisfecho con mi decisión, tomé asiento detrás del escritorio y centré mi atención en mi siguiente caso.

GRACE

—Grace, cariño, tienes una reserva privada improvisada para esta noche. Sé que hoy has estado haciendo doble turno para sustituir a Amber, así que entiendo si quieres declinar.

Meredith se reunió conmigo en el camerino, donde me estaba preparando para desmaquillarme después de una larga y agotadora noche.

—Aceptaré cualquier contratación que pueda conseguir —respondí, masajeándome el cuello tenso.

—¿Ha pedido algo el cliente?

—Quiere que cantes para él. ¿Por favor?

Me quedé mirando a Meredith, estupefacta.

—No me mires como si fuera la mismísima *Cruella de Ville*. Te oyó cantar y le gustó tu voz. Quién puede culparle. Así que vístete y no le hagas esperar. Suite *Secret Passion*. Ya está allí.

Meredith cogió un vestido de satén rojo del perchero y me lo dio.

—Ponte pintalabios rojo y delineador negro.

Me lanzó un beso y desapareció con la misma elegancia con la que llegó.

Me vestí a toda prisa, me pinté los ojos de negro ahumado y los labios de rojo sangre. Luego me dirigí a la Suite *Secret Passion* mientras me preguntaba cuáles de mis clientes habituales querrían oírme cantar en lugar de verme bailar. Después de todo, era la primera vez. Normalmente, el canto era sólo un agradable efecto secundario de mi actuación de baile.

Sin embargo, cuando abrí la puerta, esbocé una sonrisa prometedora y entré. Ninguno de mis clientes habituales me esperaba.

Sentado en el sillón negro con tachuelas justo delante del escenario estaba nada menos que Damian. Iba vestido completamente de negro. Llevaba el pelo, también negro, suelto esa noche. Le caía sobre su llamativo rostro y le llegaba hasta los hombros.

Si no supiera que aquel hombre era un abogado serio, habría pensado que era un peligroso capo. Pero tal vez su bufete de abogados no era más que una tapadera y Damian era en realidad un notorio mafioso. No me sorprendería.

—Hola Grace.

Su voz profunda me sacó de mis pensamientos.

—Hola Damian —respondí, irritada.

Damian, de todas las personas, me había reservado para un show privado.

Eso no tenía ningún sentido.

Anoche había huido de mí. ¿Por qué había vuelto?

—¿Quieres que cante para ti? —disimulé mi sorpresa.

Damian asintió y sonrió. Era la primera vez que veía sonreír a aquel hombre endiabladamente erótico. Casi me deja boquiabierto la forma en que estaba sentado frente a mí, con una pierna cruzada despreocupadamente sobre la otra, dedicándome aquella sonrisa deslumbrante.

—He tenido un día difícil y realmente necesito calmarme. Tienes una voz muy bonita. Por eso quiero que cantes para mí, Grace. ¿Me harías este favor?

—Por supuesto. Espero poder ayudar a que tu día difícil tenga un final conciliador.

Era un misterio para mí el por qué Damian no escuchó un disco o un CD en su lujoso ático, que sin duda poseía, con una copa de vino y una vista del horizonte de Nueva York.

¿Por qué había venido aquí? ¿Para verme? ¿Y por qué quería que cantara para él? ¿Por qué

no se relajaba con una actividad que no requiriera ropa? Sin duda había suficientes oportunidades para que lo hiciera.

No importaba. Pagaba por un servicio que yo podía prestarle. Así que yo entregaba y recogía. Como siempre. Como cualquier otro cliente.

Me acerqué al equipo de música oculto y lo conecté mi teléfono móvil para que sonara por los altavoces la suave melodía de uno de los éxitos mundiales de Céline Dion.

Los atentos ojos de Damian siguieron mis movimientos mientras subía al escenario y me contoneaba al son de la música. Apenas necesitaba un micrófono para una sola persona. Cerré los ojos para no dejar traslucir mi nerviosismo y dejé que la música tranquilizadora fluyera por mi cuerpo. Con la introducción de la melodía de "*Je sais pas*", que tan bien conocía, empecé a cantar.

Me encantaban todas las canciones de Céline Dion. Llegaban a lo más profundo de mi alma, me ponían triste pero al mismo tiempo me daban la confianza de que tal vez la marea cambiaría en algún momento y la persistente oscuridad daría paso a la brillante luz del día.

Sus canciones francesas en particular eran perfectas para nuestros espectáculos, ya que ofrecían al público algo exótico que podía venderse como chic francés con grandes cantidades de alcohol sobrevalorado. Por eso me sabía de memoria todas las canciones en francés de Céline y siempre tenía sus melodías a mano en el móvil.

Terminé "*Je sais pas*" y pasé sin problemas a "*Pour que tu m'aimes encore*". Con cada línea que cantaba, me relajaba más. Me atreví a abrir los ojos para el estribillo de la canción. Mis párpados se abrieron y mi mirada se encontró con la de Damian, que apoyaba los codos en sus muslos ahora abiertos y me observaba con expresión inescrutable.

La melodía se apagó y sonó "*I'm Alive*", una canción de mi lista de reproducción privada.

Mierda.

Debí de activar la reproducción aleatoria porque estaba muy nerviosa, de modo que canciones que en realidad sólo estaban destinadas a un uso privado se mezclaban ahora con las del espectáculo.

Intentando que no se me notara, canturreé los versos de esa canción como solía hacer en mi piso para demostrarme a mí misma que seguía entre los vivos, a pesar de todos los pedruscos que la vida me lanzaba implacablemente.

"*That's the Way it is*", otra canción privada se mezcló en la actuación antes de que el playback volviera a las canciones francesas.

Cuanto más cantaba, más cómoda me sentía en mi propia piel. Y al cabo de media hora, ya no me resultaba extraño cantar para Damian, sino que empezaba a disfrutarlo.

Capítulo 5

DAMIAN

ME OLVIDÉ de todo lo que me rodeaba. Sólo existían Grace, el escenario en el que estaba y las canciones de Céline Dion, que ella interpretaba con más emoción de la que jamás pudo hacerlo la famosa cantante canadiense. Y Céline tenía todo mi respeto. Así que nunca haría esa afirmación a la ligera.

Era fascinante ver cómo Grace iba cogiendo ritmo con cada canción y su confianza crecía constantemente. Casi me atrevía a decir que disfrutaba en el escenario cantando. Me di cuenta de lo extraña que debió parecerle mi petición de que cantara para mí. Pero después de sentarme inquieto en casa y abandonar la lucha contra mi decisión de no volver a ver a Grace al cabo de dos horas, me pareció la única solución segura.

En otras palabras, era la única manera de estar cerca de Grace sin correr el riesgo de abalanzarme sobre ella como un depredador.

No me bastaba con ver su actuación desde un rincón escondido del público. La quería para mí. Quería que sólo me prestara atención a mí. Pero si bailaba para mí aquí, no podía garantizar nada. No me fiaba de Grace. Esta mujer me hacía débil e impredecible cuando bailaba.

Ver cantar a Grace, en cambio, me ponía en un terreno razonablemente seguro. Al menos eso pensaba yo. Hasta que Grace apareció con aquel vestido de noche rojo fuego y contoneó sus caderas seductoramente en el escenario al son de la melodía de la música. Durante la primera canción, me di cuenta de que mi plan tenía un gran fallo: Grace.

¿Cómo pude creer que una Grace cantante podría resultarme menos seductora que una Grace bailarina?

Me dije a mí mismo que acudí a *Deep Desire* y reservé a Grace para un espectáculo privado para que el dinero pudiera compensar la propina que rechazó esa tarde.

Pero ya no podía engañarme más.

Sabía que en realidad estaba aquí para ver a Grace. Para imaginar cómo sería si mi situación no fuera la que era. Cómo sería si pudiera coquetear con Grace. Si pudiera invitarla a salir. Si pudiera llegar a conocerla. Si pudiera atraerla a mi cama y comérmela.

Pero todo eso seguiría siendo una fantasía. Porque le debía a Sophie mantener la fachada que montamos durante años y no poner en peligro la promesa que le hice por nada del mundo. No había nada que temer.

Este pensamiento aleccionador y el desvanecimiento de la música me devolvieron a la desagradable realidad.

Me levanté y aplaudí, incapaz de reprimir una sonrisa a pesar del desesperanzador futuro con Grace.

Grace me hizo un gesto con la mano y se sonrojó.

—Espero que no haya sido demasiado presuntuoso.

—Era justo lo que necesitaba. Gracias, Grace.

—Me has reservado para otra media hora. ¿Podría bailar para ti?

Oh sí, nada mejor que eso. Baila para mí, cariño. Al igual que la noche anterior en mi regazo, cuando todo dentro de mí estaba gritando.

Ansiaba que Grace me tocara. Que me mimara.

Pero en lugar de decirle exactamente eso, me negué firmemente.

—Te regalo media hora. Después de todo, hoy me has dedicado más de media hora. Es justo

que te devuelva ese tiempo. Además, quiero darte esto...

Metí la mano en el bolsillo trasero del pantalón y saqué un sobre.

—Gracias a ti, esta noche he podido desconectar.

Le entregué el sobre, que cogió vacilante.

—¿Puedo preguntarte algo, Grace?

Levantó la vista hacia mí y me hizo un gesto para que le hiciera la pregunta.

—¿Te gusta hacer el trabajo en *Deep Desire*?

Grace miró a un lado y resopló. Me costó interpretar su reacción.

—Me paga las facturas. Y por desgracia, aparte de bailar, no he aprendido mucho en mi vida que pudiera convertir en dinero. Nada excepto trabajar de camarera, cocinar y limpiar. Por eso también trabajo en la cafetería durante el día.

—¿Y ofreces a los clientes que te contratan para espectáculos privados conocerte más en privado?

Grace ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Quieres decir si ofrezco sexo a cambio de dinero? En otras palabras, ¿soy prostituta?

Oh, mierda.

Qué idiota fui. Me di cuenta de cómo le había sonado mi pregunta a Grace.

—Lo siento, Grace.

Levanté las manos con tono apaciguador.

—No lo decía de forma despectiva.

Grace apretó los labios.

—No pasa nada. La pregunta es obvia. Bailo semidesnuda para los hombres por una tarifa. Así que, ¿por qué no dar un paso más? Pero no. Rechazo esas ofertas. Por principio. Depende de cada bailarina lo que haga después de su turno en el club. Creo que algunas de mis colegas ganan mucho dinero con el sexo. En mi opinión, no hay nada censurable en ello. Pero yo no puedo vender mi cuerpo. Así no.

Esta confesión me alivió enormemente. La idea de que Grace fuera contratada por otros hombres para shows privados me molestaba mucho más de lo que debería. La idea de que ella estuviera durmiendo con esos hombres era casi insoportable. Y yo ni siquiera conocía a esa mujer.

Mi comportamiento era completamente ilógico y, desde un punto de vista racional, ni siquiera remotamente comprensible.

Pero no servía de nada negarlo: esa mujer me había hechizado y no me soltaba. Era un maldito problema.

Un problema que no sabía cómo resolver.

—Te deseo una buena noche, Grace. ¿Hay algún sitio al que pueda llevarte?

Grace me dedicó una sonrisa tentativa y negó con la cabeza.

—Gracias, pero no es necesario.

Sostuve la puerta abierta para Grace y ella se despidió de mí con una última mirada dulce de sus ojos paradisíacos. Luego desapareció en dirección a la zona de bastidores, mientras yo iba en dirección contraria y me preparaba para otra noche en vela.

GRACE

Me quedé un rato sentada frente al espejo del camerino, con la mirada perdida. Qué noche tan extraña. Canté para Damian y me lo pasé realmente bien por primera vez en mucho tiempo. Además, me pagaron por ello. Cogí el sobre y lo abrí. Dentro había diez billetes de cien dólares. Abrumada, me tapé la boca con la mano para ahogar el grito de emoción que me salió del corazón.

Estaba claro que aquel hombre estaba loco. Por segunda vez consecutiva, me dio mil dólares de propina.

Mi corazón dio un salto de alegría, pero mi conciencia lo frenó.

Mil dólares era mucho dinero. ¿De verdad podía aceptar una propina tan grande?

Decidí preguntárselo a Damian la próxima vez.

Atónita, me di cuenta de que había dado por sentado que habría una próxima vez.

Pero, ¿la habría realmente?

Eso esperaba en secreto.

Y extrañamente, no era por la lluvia de dinero que Damian me estaba dando.

Darme cuenta de esto me asustó muchísimo. Porque si había algo que no necesitaba en mi desordenada vida en ese momento, era más caos.



Apenas pude dormir esa noche. Cuando abrí la puerta de mi piso en Chinatown poco después de la una de la madrugada, sólo me quedaban tres horas para prepararme para el turno de mañana en la cafetería, que empezaba a las cinco y media.

Iba a ser un día largo. Después de mi turno, cogería inmediatamente el metro hasta Brooklyn, donde actuaba como bailarina en un vídeo musical. Un joven y prometedor cantante de hip-hop había estado de invitado en *Deep Desire* hacía unas semanas y nos había invitado espontáneamente a Alice y a mí a la audición para su nuevo vídeo musical. Llegué a la ronda final y conseguí una plaza como bailarina de acompañamiento. Desde entonces, además de los trabajos en el club y la cafetería, participé en numerosos ensayos para el vídeo y practiqué la coreografía cada minuto libre en mi piso.

La discográfica no pagaba muy bien, pero era una oportunidad única para mejorar mi cartera y conseguir una plaza en audiciones en el futuro. De momento, no podía permitirme el lujo de presentarme a castings. Pero me aferraba a la esperanza de que esto cambiaría en algún momento. Si tenía que renunciar al sueño de estudiar danza, quizá al menos pudiera conseguirme una actuación aquí y allá en los escenarios más pequeños de este país. El vídeo musical de *The Outgang* era el trampolín ideal, siempre que causara una impresión duradera.

Ese era el gran día. El día de la grabación. Empezamos a las dos de la tarde y nos advirtieron que, en el peor de los casos, la grabación podría alargarse hasta bien entrada la noche. Por eso había anotado sabiamente mi día libre en *Deep Desire*.

Cuando entré en el estudio de Brooklyn situado en un antiguo almacén, justo a tiempo para maquillarme y peinarme, ya había un ajetreado bullicio de actividad.

Una hora más tarde, estábamos vestidos, maquillados y listos. Tomé asiento y estaba decidida a dar la mejor actuación de mi vida.

Al cabo de media hora, Colton, que actuaba bajo el nombre artístico de *The Outgang*, hizo un gesto con la mano para parar.

—¡Tracy, lo que estás haciendo no está bien! Eres la maldita protagonista femenina de este vídeo musical. Millones de personas te verán en sus pantallas. Justo a mi lado. Brillaré o fracasaré contigo. Lo que tienes que ofrecer no es lo suficientemente bueno para brillar. Esto no funciona así.

El director de plató echó a los demás bailarines de la pista y convocó una reunión de crisis.

Me senté en el borde de la pista y me estiré, aprovechando el descanso para repasar mentalmente todas las secuencias de pasos y eliminar posibles errores.

—Grace, ¿verdad? —me sacó de mis pensamientos el director de plató.

—Sí, así es.

—Hola, Grace.

—Hola.

Sonrió, pero parecía artificial. Parecía visiblemente tenso.

—Estás contratada como reserva de Tracy. ¿Has dominado la coreografía?

Asentí con impaciencia.

—Por supuesto.

—Bien, porque tienes la oportunidad de demostrarlo. Bailarás la secuencia con Colton. Si le gusta más tu actuación que la de Tracy, tienes el trabajo.

—Entonces, ¿qué pasará con Tracy?

No era de las que se abren paso a codazos y roban papeles a sus colegas. Al contrario. No envidiaba los éxitos de mis colegas porque sabía que normalmente habían tenido que trabajar duro para conseguirlos. Las excepciones confirmaban la regla, pero Tracy siempre me causó una impresión comprometida en las últimas semanas.

—Tracy va a ocupar tu puesto.

—No quiero ofenderla —objeté.

—Es muy amable por tu parte, cariño. Pero no se trata de herir los sentimientos de Tracy, sino de un proyecto con el que esperamos ganar millones de dólares. *Bienvenida al mundo del espectáculo*. O comes o mueres. *Así de fácil*. ¿Y bien? ¿Qué eres? ¿León o antílope?

Respiré hondo y miré a Tracy. Sentí una pena increíble por ella.

—No tenemos todo el día. O lo haces ahora o puede recoger e irte —añadió el jefe de plató.

Probablemente la decisión estaba tomada. No podía permitirme que me despidieran después de todas las horas que dediqué a este proyecto. Por mucho que quisiera darle una patada en el culo a aquella persona, él tenía la sartén por el mango. Tenía el poder y la autoridad para despedir a cualquiera de las bailarinas que no le gustaran. Sin peros. Sin preguntas ni justificaciones. No podía correr ese riesgo. No quería molestar a Tracy, pero el bienestar de mi familia era lo primero.

—Bien, hagámoslo.

Me levanté y seguí al jefe de plató, que aplaudía y decía a todo el mundo que siguiera, de vuelta a la pista de baile.

Después de diez minutos bailando juntos, Colton decidió que yo sustituyera a Tracy. La suerte estaba echada. O lo aceptaba o tiraba la toalla.

Me di cuenta de que se me acababa de abrir una oportunidad gigantesca, aunque involuntaria. En lugar de actuar medio desdibujada en el fondo del videoclip, ahora bailaríamos bajo los focos al

lado de Colton.

Esa oportunidad única en la vida podría asegurarme trabajos prometedores y mejor pagados en el futuro.

Impulsada por esta halagüeña perspectiva, puse toda mi energía y concentración en la actuación. Demostraría a todo el mundo de qué estaba hecha.

Capitulo 6

DAMIAN

YA ERA TARDE cuando entré en el almacén de Brooklyn. Nuestro nuevo cliente, *The Outgang*, quería que me reuniera con él en el plató y conociera a su equipo. Nos había encargado que negociáramos el nuevo contrato con su discográfica a su favor, en la medida de lo posible. Junto con su manager, nos dedicaríamos a esa tarea durante las próximas semanas.

La música retumbaba en la sala y hacía vibrar las paredes. Seguí la música, cada vez más fuerte, y poco después llegué al estudio, donde las grabaciones estaban en pleno apogeo.

Caminé lo más silenciosamente posible hacia el mar de cámaras, máquinas de humo y focos, y miré a la pista de baile que tenía delante. Colton, nuestro cliente, rodeó valientemente con sus brazos a la grácil bailarina que se apoyaba en su pecho y la hizo girar hacia un lado antes de atraerla de nuevo contra él y acurrucar su rostro contra el de ella. Con un movimiento fluido, los dos iniciaron una rápida secuencia de pasos. La bailarina se giró hacia la cámara y pensé que estaba soñando cuando me di cuenta de quién era la amante de *The Outgang* en el videoclip, a menos de cinco metros de mí.

—Corten. La escena está en la lata. Diez minutos de pausa —gritó el productor y la música se detuvo.

Colton se abrazó a la esbelta cintura de Grace y la abrazó con exuberancia.

—Eres fantástica, cariño. Te quiero.

Grace sonrió cohibida e intentó separarse de Colton. Pero él seguía abrazándola con fuerza y no tenía intención de soltarla.

Hizo saltar todos mis fusibles. Caminé decidido hacia los dos.

—Colton. Me alegro de verte. Me gusta el decorado. Veo que tenemos una conocida mutua. Hola, Grace.

Alcancé a Grace, obligando indirectamente a Colton a soltarla por fin.

—Hola —respondió Grace tímidamente.

—Grace es mi salvadora. La bailarina que debía interpretar el papel no hizo los deberes. Grace se lanzó y actuó como si no hubiera hecho otra cosa en su vida —se entusiasmó Colton, rodeando con un brazo el hombro de Grace, lo que me molestó enormemente.

—Sí, Grace tiene talento. Puedo confirmarlo.

—¿De qué os conocéis? —preguntó Colton con suspicacia.

—Del *Deep Desire*. Damian a veces es cliente allí —explicó Grace.

—Lo comprendo. Damian sabe lo que es bueno. Eso me gusta.

Colton me dio una palmada en el hombro con una sonrisa.

—Colton, un momento, por favor —interrumpió nuestra conversación el jefe de plató y empujó a Colton hacia él.

Me acerqué a Grace y tiré de ella hacia un rincón tranquilo.

—¿Cuántos trabajos tienes en realidad, Grace?

Se encogió de hombros y se mordió el labio inferior.

—Tantos como puedo conseguir. Por desgracia, no hay suficientes horas al día para hacerlo todo.

—Cuando nos despedimos en *Deep Desire*, era medianoche. Esta mañana estabas sirviendo en la cafetería y ahora estás aquí. ¿Has dormido algo?

—¿Cómo sabías que estaba en la cafetería? —me escrutó con curiosidad.

Suspiré para mis adentros y me reprendí por mi propia estupidez. Para asegurarme de que Grace había llegado bien a casa, le había dicho a mi chófer que pasara por delante de la cafetería de camino al trabajo esa mañana. Como no sabía dónde vivía, esa fue mi mejor opción. La vi allí, sana y salva. Visiblemente aliviado, me dirigí a la oficina. Mi preocupación por Grace estaba fuera de lugar, aunque no injustificada. Nueva York tenía sus rincones oscuros. Especialmente por la noche. Una mujer guapa e indefensa como Grace era una víctima fácil. Por supuesto, ella llegó a casa sana y salva docenas de veces antes de entrar en mi vida. Pero que no hubiera habido ningún incidente en el pasado no significaba que siguiera siendo así en el futuro.

Como Grace hizo un turno extra por mi culpa y salió del club muy tarde por ello, me sentí doblemente obligado a garantizar su seguridad.

—En primer lugar, por favor, llámame por mi nombre de pila. Y en segundo lugar, pasaba por allí.

Las comisuras de los labios de Grace se movieron con suspicacia.

—¿Pasabas por allí y te diste cuenta en el ajetreado tráfico neoyorquino de que yo estaba detrás del mostrador? ¿En serio? Para ser abogado, mientes increíblemente mal.

Me rasqué la cabeza tímidamente.

—Vale, lo admito. Quería asegurarme de que no te pasara nada. Después de todo, fue culpa mía que tuvieras que trabajar hasta tan tarde.

Grace se me quedó mirando como si acabara de decirle que el mundo era un disco y no una esfera.

—¿Estás preocupado por mí? Apenas me conoces.

—Por la forma en que lo dices, casi se diría que hay algo censurable en preocuparse por el bienestar del prójimo.

Grace cruzó los brazos delante del pecho y luego los volvió a dejar caer. Estaba claramente incómoda en su propia piel.

—Simplemente no estoy acostumbrada. Eso es todo.

—¿Qué quieres decir? Tiene que haber gente que se preocupe por ti.

Grace evitó mi mirada y bajó la vista.

—¿Grace?

En ese momento, Colton regresó con cinco hombres más a cuestas, interrumpiendo nuestra conversación.

—Damian, déjame presentarte a mi equipo.

GRACE

Cuando salí del estudio, ya había anochecido. Una brisa fresca soplaba por las esquinas de las casas vecinas. Me apreté más el cuello del abrigo. Bajo ningún concepto podía arriesgarme a coger un resfriado.

No podía permitirme perder mis ganancias.

Las grabaciones acabaron con mis fuerzas, pero perseveraré. Hasta el final. Ocho largas horas. Sólo quería irme a casa y darme una ducha caliente. Con un poco de suerte, el agua caliente no se habría acabado aún. En el destartado edificio donde vivía, normalmente no había agua o sólo había agua fría. Pero quizás tuviera suerte por una vez. La suerte parecía estar a mi favor en ese momento. Quién sabía cuánto duraría. No me fiaba. Ni un poco. Mejor dicho: no me fiaba de la vida.

Pero una cosa era cierta: saborearía cada segundo que la vida fuera amable conmigo.

—¿Señorita Grace?

Me giré y me encontré cara a cara con un hombre elegantemente vestido con una especie de uniforme.

—¿Sí? —lo miré con desconfianza.

—Soy Marvin. El chófer del Sr. Knight. El Sr. Knight me ha pedido que le lleve a casa.

Incrédula, miré de Marvin al todoterreno de aspecto caro aparcado a un lado de la carretera, que obviamente pertenecía a Damian.

¿Qué le pasaba a Damian? ¿Por qué seguía encontrándose conmigo? ¿Y por qué se preocupaba por mi bienestar? Volvió al club, pero seguía sin querer que bailara para él. Y no estaba haciendo ningún otro avance que explicara su comportamiento.

Estaba acostumbrada a que los clientes me prestaran toda su atención, me hicieran regalos de vez en cuando y me invitaran a cenas, fiestas o fines de semana de spa. Pero cuando se daban cuenta de que yo no estaba en venta, el evidente interés sexual disminuía rápidamente y probaban con una colega.

Con Damian fue diferente. No tenía la sensación de que su comportamiento estuviera dirigido a atraerme a su cama. Era demasiado reservado conmigo para eso.

Se despidió de mí con un gesto brusco de la cabeza y se fue a cenar con Colton y su equipo.

No podía entenderle.

A veces parecía hablador e interesado en mi presencia. Otras veces parecía distante y retraído.

—¿Señorita Grace? —Marvin me sacó de mis cavilaciones y me devolvió al frío asfalto de Brooklyn.

Tardaría fácilmente cuarenta minutos en llegar a Chinatown en metro. Una hora si añadía el paseo. Después de un día tan agotador, mis miembros estaban en huelga ante la sola idea de caminar por la fría e implacable noche neoyorquina. Por otro lado, no quería deberle nada a Damian.

—La oferta de llevarla a casa no conlleva ninguna expectativa ni quid pro quo. El señor Knight quería que se lo dijera por si se resistía a que la llevara.

Para no conocerme, Damian me conocía increíblemente bien. ¿Cómo demonios se las arreglaba para predecir mis pensamientos y disipar mis dudas antes de que yo misma me diera cuenta?

—En ese caso, dele las gracias al Sr. Knight. Aceptaré encantada su oferta.

Marvin me condujo al coche y me abrió la puerta.

Me senté vacilante en el asiento trasero.

—Puede regular usted misma la temperatura con la tableta, así como la calefacción de los asientos. Encontrará bebidas y aperitivos en el compartimento lateral junto a su asiento. Si quiere, puedo conectar su teléfono al coche para que escuche su música. También puede usar la tableta para elegir entre todas las emisoras de radio de Estados Unidos —me informó Marvin con un guiño y cerró la puerta de un portazo.

Me sentí como una visitante en un planeta alienígena. Nunca en mi vida me había sentado en un coche tan caro. Por no hablar de la sofisticada tecnología, que apenas comprendía.

—Gracias, Marvin. Creo que ya he oído suficiente música por hoy. Voy a disfrutar del paseo calentita en silencio.

—Por supuesto, señorita Grace. Como desee. ¿Necesita que le ayude a ajustar la temperatura?

Sorprendida, bajé los ojos. ¿Era tan obvio que estos juegos de alta tecnología me abrumaban?

—Tuve que aprender yo solo —Marvin me sonrió alentadoramente—. Pero una vez que lo aprendes, se disipan lo aterrador y complejo.

—Gracias —dije y dejé que Marvin me explicara cómo funcionaba aquella cabina de avión que era un coche.

Durante el viaje, me acurruqué en el cómodo asiento de cuero calefactado. Perdida en mis pensamientos, contemplé el horizonte nocturno de Nueva York, que me sobrecogía una y otra vez. Rascacielos vertiginosamente altos se alineaban unos junto a otros en una carrera hacia el cielo, iluminando el cielo nocturno. Una vez leí que casi se podría llegar a la Estación Espacial Internacional si se apilaran todos los rascacielos de Manhattan unos encima de otros. Para mí, la riqueza que reinaba en esa parte de Nueva York era casi incomprensible.



Se me debieron cerrar los ojos en algún momento, porque cuando el coche se detuvo frente a la dirección que le di en Chinatown, tardé un momento en darme cuenta de dónde estaba.

—¿Quiere que la acompañe a su piso y me asegure de que todo está en orden, señorita Grace?

Negué con la cabeza.

—Es muy amable, Marvin. Pero no es necesario. Muchas gracias por sus esfuerzos y, por favor, transmítale también mi agradecimiento al señor Knight.

Cuando abrí la puerta del coche y me encontré con una ráfaga de aire frío, resistí el impulso de volver a meterme en el coche caliente.

En lugar de eso, respiré hondo y me dirigí decidida hacia el edificio en ruinas que tenía delante. Si encontraba agua caliente y mis vecinos del otro lado de la delgada pared no discutían a gritos esta noche, estaría completamente satisfecha.

Capitulo 7

DAMIAN

ME MANTUVE FIRME durante toda una semana y me alejé tanto de la cafetería de Grace como de *Deep Desire*. Pero luego alcé la bandera blanca y me rendí. Grace rondaba mi mente y mis sueños, por mucho que me recordara a mí mismo que apenas conocía a esa mujer y que, por lo tanto, mi anhelo era completamente absurdo e irracional.

Simplemente no me dejaba ir. Llegué tan lejos que mi trabajo se resintió. Estaba desconcentrado e irritable. Jameson y Landon bromeaban constantemente diciendo que yo estaba crónicamente mal follado y, por lo tanto, frustrado. No podía discutir con ellos.

En un intento desesperado por desterrar los pensamientos sobre Grace y la dolorosa erección que sentía cada vez que me acordaba de ella, había quedado con Leila, una de mis inocuas conocidas. Pero no vi a Leila debajo de mí cuando la penetré, vi a Grace. No oí a Leila gimiendo lujuriosamente bajo mis duras embestidas, sino a Grace. Y cuando llegué al clímax, no fue el nombre de Leila el que salió de mis labios, sino el de Grace.

¿Qué demonios me estaba pasando? No me reconocía.

¿Cómo podía desear tanto a una mujer que en realidad era una extraña? ¿Y *por qué* demonios no podía dejar ir a esta mujer?

Lo que sentía por Grace iba más allá del deseo puramente sexual.

Sí, soñaba con acostarme con ella. Tanto que estaba al borde del orgasmo sólo de imaginarlo. Pero se trataba de algo más que sexo. Mucho más.

Grace me impresionaba.

Era fuerte. Trabajadora. Decidida. Sincera. Con los pies en la tierra. Honesta. Misteriosa.

Está claro que la vida no le puso las cosas fáciles. Sin embargo, parecía decidida a sacar lo mejor de ella y no dejar que la deprimiera.

Grace era una luchadora.

Valiente. Decidida.

Era una mujer de ensueño. La mujer de mis sueños.



Al salir del coche frente a *Deep Desire*, me atenazó una mezcla de nerviosismo y expectación. Mi plan parecía más dudoso a cada segundo que pasaba. Pero merecía la pena intentarlo. Nunca me eché atrás en la vida. Siempre llevaba a cabo lo que me proponía. Sin excepción.

—Hola Damian. Encantada de verte. Empiezo a pensar que he ganado un nuevo cliente habitual contigo.

Meredith era una hermosa ex-prima bailarina y una de las muchas novias intermitentes de Jameson.

—Si estás aquí por Grace, siento decepcionarte. Otro cliente ya la ha contratado para esta noche.

Apreté las manos y maldije en secreto al cliente que tenía la suerte de pasar la noche con Grace. Sin embargo, me esforcé por parecer tranquilo, al menos por fuera.

Había ignorado por completo el hecho de que otros hombres también podrían reservar a

Grace. Eso me pasaba por dejarme guiar por mis sentimientos en lugar de usar la cabeza para pensar.

—Podrías ver el espectáculo y luego reservar a una de las otras chicas.

—Veré el espectáculo y esperaré hasta que Grace haya terminado su show privado

Meredith me miró con interés.

—Eso podría llevar un rato. El grupo que ha reservado a Grace y a sus colegas suele quedarse hasta altas horas de la madrugada.

—Tengo tiempo —respondí secamente y me pedí un Cuba Libre, con el que me senté en una de las cabinas con buena vista del escenario.

Observé el espectáculo con impaciencia, tamborileando las manos sobre la mesa con exasperación, hasta que Grace subió al escenario con un escueto vestido de lentejuelas e interpretó *“In your eyes”* de Kylie Minogue. Verla bailar me quitó toda la tensión. En su lugar, me invadió un deseo irrefrenable, casi animal, que puso a prueba mi autocontrol.

Estaba jugando con fuego en lo que a Grace se refería.

Sabía muy bien que pisaba terreno peligroso si no me alejaba de ella. En otras palabras, alejarme de Grace era lo correcto. Quería hacerlo. Tenía que hacerlo. Pero no podía.

Todas las alarmas saltaron en mí. Lo intenté y fracasé miserablemente. Era sencillamente imposible desterrar a Grace de mi vida.

Aún más absurda que esta confesión de debilidad evidente era darme cuenta de que ni siquiera sabía si los sentimientos de Grace eran como los míos.

Para ser sincero, supuse que no sentía nada por mí. Yo era un cliente de pago. Al igual que todos los hombres de ese club y la cafetería donde trabajaba. Yo pagaba por sus servicios. Así que no había razón para tratarme de forma diferente a sus muchos clientes masculinos.

Aun así, quería hablar con ella.

Cuando la vi bailando al borde del agotamiento en el almacén de Brooklyn hacía una semana, tuve que aguantar mucho para no agarrarla y llevármela en brazos. Esa delicada y grácil criatura estaba trabajando hasta la extenuación. Eso no me gustaba. No cuando había una alternativa. Me dejó claro que, a diferencia de algunas de sus colegas, no vendía su cuerpo. Yo lo respetaba, aunque le habría pagado una fortuna por ello sin pestañear.

Pero había otra forma de mantenerla cerca de mí y tenerla para mí solo. Quería hablar con ella de eso esta noche.

Cuando Grace abandonó el escenario y un grupo de hombres mayores se levantó para seguirla, pedí otra copa para mantener la calma ante la idea de que bailara para esos hombres durante las próximas horas. Si hubiera seguido mi instinto, habría ofrecido mucho dinero a los caballeros para que contrataran a otra bailarina y me dejaran a Grace a mí. Pero Grace no era una mercancía que se vendiera al mejor postor. Acepté su trabajo y las reglas que lo acompañaban. Avergonzarla marcando mi territorio como un perro superior sería tonto e injusto para ella. Así que me armé de paciencia e intenté mantener la calma.



El tiempo pasaba a paso de tortuga y, cuando miré el reloj por enésima vez, me di cuenta de que el grupo de hombres salía del club muy animado. Eso significaba que Grace también se despediría pronto. Pagué la cuenta y me levanté para interceptarla.

Pero Grace no vino. Ni siquiera cuando sus colegas se marcharon, hacía ya un rato.

Sin más dilación, entré en la zona de bastidores. Aparte de dos bailarinas charlando en un rincón, parecía vacía y desierta.

Ni rastro de Grace.

—Perdonen, ¿han visto a Grace? —les pregunté a las dos.

Me invadió una sensación de inquietud. Algo no iba bien. No podía precisarlo, pero se me erizaron los pelos de la nuca.

—Recibió una llamada y salió fuera —soltó la bailarina rubia con una risita ligeramente alegre.

—Eso no puede ser. Entonces la habría visto salir.

—Salió por detrás, cariño —me informó la morena.

Sin decir nada más, la dejé allí de pie y corrí en la dirección donde creía que estaba la salida trasera. Finalmente, vi la pesada puerta con el letrero luminoso de salida de emergencia sobre ella. La empujé y empecé a llamar a Grace en la oscuridad.

GRACE

—¿Grace? ¡Grace! Grace, ¿estás aquí?

La voz de Damian penetró en mi aturrida conciencia desde muy lejos. Me dolía la cabeza y me palpitaban las sienes. Mi boca sabía a sangre y me ardían las costillas.

—Estoy aquí.

No tenía fuerzas para hacer más que susurrar en voz baja.

Intenté levantar el brazo, pero no pude. Mi cuerpo se puso en huelga y me quedé adormilada en tierra de nadie sobre el asfalto frío y sucio.



Horas, minutos o tal vez sólo segundos después, una voz persistente me despertó, llamándome por mi nombre una y otra vez. Me zumbaron los oídos e hice una mueca de dolor. ¿Por qué no paraba de una vez esa voz insistente? Giré la cabeza hacia un aroma de cuero y madera de cedro que me envolvía protectoramente y me distraía de mi dolor. Enterré con avidez la nariz en la cálida almohada que olía tan maravillosamente e inhalé profundamente.

—¡Grace! Despierta, maldita sea! —volvió a decir la voz. Esta vez junto a mi oído.

Aleteando, abrí mis párpados de plomo y me di cuenta de que la cálida almohada perfumada no era una almohada, sino el pecho de Damian. Y tampoco estaba tumbada en mi cama, sino en los brazos de Damian.

¿Dónde estaba? ¿Qué hacía Damian aquí? ¿Por qué me miraba con tanta preocupación?

Me incorporé de una sacudida y gemí al sentir un fuerte pinchazo en el cráneo al moverme.

—¡Grace! Por fin. Gracias a Dios.

Damian me tiró contra él y me apretó tan fuerte que me dolió.

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Qué haces tú aquí?

Me palpé la cabeza herida y levanté los ojos para inspeccionar mi entorno.

¡El club!

¡Estaba en el club!

O mejor dicho, detrás de él.

Lentamente, mi memoria volvió al *Deep Desire*.

Recibí una llamada del doctor Brice del hospital, hablándome de un nuevo método terapéutico que podría ayudar enormemente a mi padre en su recuperación. Sin embargo, costaba más de lo que podía permitirme con el trabajo que estaba haciendo. Decepcionada, colgué y cerré los ojos un momento para tragarme la decepción.

Un error fatal.

Alguien me agarró por detrás y me tiró al suelo. Luego me arrebató el bolso con todo mi dinero y se dio a la fuga. Perdí trescientos dólares.

¡Trescientos dólares!

Trescientos dólares que hacía tiempo que estaban destinados a la fisioterapia de mi padre.

Me llevé las manos a la cara, consternada. Se me escapó un profundo sollozo.

El encapuchado me golpeó en la cabeza. Varias veces. Y me dió patadas en las costillas. La

brutalidad con la que procedió me sacudió hasta la médula y me hizo sollozar aún más fuerte.

—No llores, Grace. —Damian volvió a atraerme protectoramente contra su pecho y me abrazó con fuerza.

No pareció importarle que manchara su impoluta camisa blanca, ni que dejara feas manchas de sangre en ella.

Acostada entre sus fuertes brazos me sentía segura y protegida.

—Voy a llamar a la policía y a una ambulancia —susurró tranquilizador y sacó su teléfono móvil.

—¡No! ¡Policía no! ¡Ambulancia no! Por favor —le supliqué y le agarré la mano para detenerle.

—Deberías hacerte un chequeo, Grace. No vaya a ser que hayas sufrido lesiones internas. Y quiero que la policía atrape a ese bastardo. Por eso tienes que presentar cargos.

—Ni policía ni ambulancia. Por favor! —volví a suplicarle, esta vez con más insistencia.

—Estoy bien.

Intenté ponerme de pie, pero fracasé estrepitosamente. Me temblaban las piernas y todo a mi alrededor daba vueltas. Resignada, me dejé hundir de nuevo en los brazos de Damian.

—¿Por qué no, Grace? Al menos explícame por qué.

—No quiero problemas. Nada que pueda poner en peligro mi trabajo. Riñas con la policía y ambulancias es lo último que necesita *Deep Desire*.

No le dije que si bien lo primero era cierto, lo segundo se debía más al hecho de que no sabía cómo iba a pagar el cuidado médico. ¿Tenía Damian idea de lo que costaba un viaje en ambulancia y una noche en el hospital? Los trescientos dólares que el tipo de la sudadera con capucha me había robado no eran ni de lejos suficientes para pagarlo.

—Está bien, Grace. Puede que piense que es una decisión equivocada, pero si es lo que quieres, no voy a obligarte.

Damian me levantó con cuidado y me llevó en brazos por el exterior poco iluminado de *Deep Desire* hasta la salida principal.

—¿Qué haces? Por favor, bájame. Peso demasiado.

Pero Damian se limitó a negar con la cabeza y siguió caminando imperturbable.

—¿No quieres ir al hospital? De acuerdo, Grace. Entonces ven conmigo. Definitivamente no voy a dejar que vayas a esa chabola miserable de Chinatown a la que llamas hogar en este estado. Así que tienes una opción: o el hospital o mi piso.

¿Con él? ¿A su piso? ¿De verdad Damian quería llevarme a casa con él? ¿Tan sucia y sangrante como estaba? Mi corazón se aceleró inmediatamente ante esta tentadora idea. Sin embargo, no podía aceptar tan generosa oferta: Damian era prácticamente un desconocido y, por lo tanto, no era responsable de mí.

—No quiero ser una carga para ti, Damian. Puedo arreglármelas. No tienes que hacerlo por mí.

—Pero quiero hacerlo, Grace.

—¿Por qué?

—Porque no voy a dejar a una mujer golpeada tirada en la calle o dejarla descuidadamente en la puerta de su casa sin saber con seguridad que no ha sufrido lesiones graves. Física y mentalmente.

Era la respuesta de un caballero. La respuesta de una persona de buen corazón. Era exactamente la respuesta correcta.

Entonces, ¿por qué me decepcionó?

Probablemente porque yo esperaba en secreto una respuesta diferente. Una respuesta que me asegurara que yo no era sólo otra mujer para él.

Porque esperaba que eso estuviera escrito en las estrellas. Porque era más que evidente que el mundo de Damian y el mío estaban tan alejados como Neptuno y Mercurio.

Nuestros dos mundos nunca se superpondrían. Al contrario. Había planetas enteros entre ellos.

Capitolo 8

DAMIAN

AGARRÉ el volante del Lamborghini Urus negro con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos. Grace estaba sentada a mi lado en el asiento del copiloto. Estaba pálida y cubierta de sangre. Se retorció de dolor en cada curva.

No sabía qué hacer con mi ira. Sentía una rabia tan indescriptible que quería pisar el acelerador del todoterreno de casi 700 CV y acelerar por la autopista para desahogarme.

Pero intenté no dejar traslucir mis emociones hirvientes. Porque no quería asustar más a Grace en su estado.

Cuando la vi inconsciente en el suelo, junto a los contenedores de basura, pensé por un momento que estaba muerta. No había palabras para describir lo que pasó dentro de mí en esos horribles segundos en los que corrí hacia ella y le tomé el pulso en el cuello ensangrentado.

La tiraron al suelo y le robaron el bolso. Por desgracia, no pude averiguar mucho más. Aunque estaba desesperado por atrapar al tipo, de momento tenía que conformarme con esa escasa información.

Grace estaba claramente en estado de shock. Por eso no iba a presionarla más a la hora de describir al autor y la secuencia de los hechos.

Pero una cosa era segura: encontraría a ese tipo, yo mismo lo arrastraría a los tribunales y me aseguraría de que muriera en la cárcel.

Reduje la velocidad, entré en el aparcamiento subterráneo de mi complejo de apartamentos y aparqué el coche en la plaza designada. Caminé con paso decidido hacia el lado del copiloto y cogí a Grace en brazos.

—Por favor, Damian. No hace falta que me lleves. Puedo andar sola —protestó ella, con la cara contorsionada por el dolor.

—Nadie pone en duda que puedas. Pero hoy no he hecho mi entrenamiento físico. Por eso tú eres ahora mi entrenamiento con pesas, por así decirlo. Como ves, tú me ayudas a mí y no yo a ti. Eres mi salvadora, si quieres.

Grace soltó una carcajada y se estremeció notablemente por la vibración que la risa causó en su cuerpo.

—Para ser un abogado estrella, mientes muy mal, Damian.

—Eso ya lo has dicho. Pero merecía la pena intentarlo.

Aliviado de que Grace se estuviera riendo de nuevo, le guiñé un ojo.

Crucé el aparcamiento subterráneo con Grace y pulsé el botón del ascensor, que nos llevó a la última planta del edificio.

Confirmé mi identidad con mi tarjeta chip y las puertas del ascensor se abrieron, despejando el camino a mi ático.

Caminé por el salón y dejé a Grace en el enorme sofá.

—Espera aquí. Te traeré ropa limpia.

Cuando regresé, Grace estaba sentada en el sofá como un montón de miseria con los brazos enroscados alrededor de sí misma, temblando.

—¿Tienes frío? —pregunté lo obvio.

Ella asintió y apretó los labios temblorosos.

—¿Puedo darme una ducha? Quiero quitarme toda esta suciedad de encima.

Me di cuenta de que Grace no se refería sólo a la suciedad y la sangre seca pegadas a su

cuerpo.

—Claro que puedes. Te ayudaré con eso si quieres.

Grace hizo un esfuerzo por levantarse y no dejó que la llevara al baño.

—Puedo andar sola. De verdad —repitió con valentía.

Apoyándose en mi brazo, entró lentamente en el baño y miró a su alrededor, intimidada.

—Ahora voy a quitarte la camiseta. Luego los zapatos y los pantalones. ¿Te parece bien, Grace?

—Damian... yo... no tienes que hacer esto por mí.

—Lo sé, Grace. ¿Puedo hacerlo de todos modos?

Grace respiró hondo y me dio su consentimiento silencioso.

Le quité suavemente el top. Debería haber perdido la cabeza al ver el torso desnudo de Grace y sus pechos perfectos en el sujetador de satén rosa, pero lo que llamó mi atención fue la salpicadura de sangre y la coloración azulada alrededor de sus costillas.

La rabia apenas desvanecida me invadió de nuevo y giré la cara para no asustar a Grace con la mirada de odio que ardía en mis ojos al pensar en lo que le iba a hacer al tipo que le hizo eso.

Con dificultad, reprimí el impulso de golpear la pared con el puño y gritar mi rabia. En lugar de eso, me esforcé por mantener la calma mientras me giraba hacia ella.

—Ahora los zapatos y los pantalones. Agárrate de mí.

Me arrodillé frente a ella y le quité los gastados zapatos de tela, totalmente inadecuados para el frío que aún hacía. Mis ojos se posaron en su cintura y me recordé a mí mismo que cualquier lujuria o deseo debía permanecer oculto.

Desabroché reverentemente el botón de su pantalón y la cremallera antes de bajar los vaqueros por sus esbeltas piernas. Era difícil resistir la tentación de besarlas.

Me levanté y ayudé a Grace, vestida sólo con sujetador y bragas, a entrar en la ducha. Grace se apoyó en la pared y yo me coloqué rápidamente la camiseta por encima de la cabeza antes de abrir el grifo, ponerlo a la temperatura adecuada y dirigir los chorros de la ducha a Grace. Ella cerró los ojos y deslizó la espalda por la pared de la ducha, rodeó las rodillas con los brazos y apoyó la cabeza en ellas, exhausta.

Ninguno de los dos dijo nada durante un rato.

Le di el tiempo que necesitaba. El tiempo necesario para limpiar toda la suciedad física y emocional de la noche.

Sin palabras, le di champú y gel de ducha, la vi enjabonarse y la ayudé a quitárselo de su delicado cuerpo.

En algún momento, Grace me tendió la mano. La ayudé a levantarse y la envolví en una toalla grande. Cogí el secador y empecé a secarle el pelo.

Era la primera vez en mi vida que hacía esto por otra persona. Con Grace, me parecía lo más natural del mundo.

—Te llevaré a la habitación de invitados. Allí podrás quitarte la ropa interior mojada y ponerte la ropa que te puse antes en el salón. Por desgracia, sólo puedo ofrecerte una camiseta y unos pantalones cortos míos para esta noche.

—No importa —dijo cansada, forzando una sonrisa—. Me alegro de que no tengas ropa de mujer en tu piso.

El comentario de Grace me hizo detenerme en seco.

Se alegraba de que no tuviera ropa de mujer en mi piso. ¿Qué quería decir? ¿Se alegraba de que ninguna mujer frecuentara mi piso con la regularidad suficiente como para dejar su ropa aquí?

No, en realidad no existía tal mujer. Todavía no.

Porque tan pronto como anunciara mi compromiso con Sophie, eso cambiaría.

Sophie tendría que mudarse conmigo como pretexto. En cualquier caso, teníamos que hacer ver que vivía conmigo siempre que estuviera en Nueva York. Pero para eso aún faltaban unas semanas.

Me sacudí ese pensamiento repentinamente deprimente y ayudé a Grace en su camino desde el cuarto de baño a la habitación de invitados. Se sentó con cuidado en la mullida cama y miró a su alrededor con curiosidad mientras yo me apresuraba a volver al salón a por la ropa seca.

—¿Puedes arreglártelas tú sola para quitarte la ropa mojada y ponerte esto?

Grace asintió en silencio y aceptó agradecida la ropa.

—¿Quieres algo de comer?

—No. Sólo dormir —susurró.

—¿Mareos o náuseas?

—Ninguna de esas cosas. Sólo me duele todo.

—Te traeré un vaso de agua y un analgésico, por ahora. Ya veremos mañana.

Después de que Grace se tomara la pastilla y se acurrucara en las almohadas, apagué la lámpara de la mesilla de noche y cedí a la tentación prohibida de acariciarle el sedoso pelo con las yemas de los dedos.

—Si necesitas algo, llámame. Mi habitación no está lejos.

Mi voz había adquirido un matiz ahumado por el inocente roce de su pelo.

—Hmm —murmuró Grace, ya medio dormida—. ¿Damian?

—¿Sí?

—Gracias. Por todo.

—Esto no es nada, bailarina de sueños.

GRACE

Cuando me desperté, los primeros rayos de sol del día caían en la espaciosa habitación en la que me encontraba.

Confundida, me incorporé.

Aquello no tenía absolutamente nada en común con mi trastero de Chinatown.

Mi mirada se posó en Damian, que estaba sentado en un sillón junto a la cama con la cabeza apoyada en el colchón. Parecía muy incómodo, medio sentado, medio tumbado, durmiendo.

¿Qué hacía él aquí? Y, sobre todo, ¿qué hacía yo aquí?

Esas preguntas formaban una imagen borrosa en mi cabeza, cuyos contornos se aclaraban a cada segundo.

El robo.

El viaje hasta el piso de Damian.

Damian duchándome y secándome el pelo.

La noche en su habitación de invitados.

Una cálida sensación de seguridad me inundó al ver a aquel hombre tan atractivo y cariñoso, y al recordar lo que hizo por mí.

Alargué la mano y acaricié con ternura su larga melena negra, que se sentía suave y suelta en mis manos. Damian murmuró algo ininteligible y levantó la cabeza.

Al instante, la expresión de sus ojos negros como la noche cambió de somnolienta a preocupada.

—¿Cómo te encuentras, Grace?

—Mejor. ¿Has pasado toda la noche aquí?

Damian miró a un lado, sorprendido.

—No podía dormir. Así que pensé en hacerte compañía y leer un libro.

—Mentiroso.

—¿Tan obvio era que mentía?

—Sí —sonreí—. Aparte de que no veo un libro por aquí, nunca he conocido a nadie que sepa mentir tan mal como tú.

—De acuerdo, entonces. Lo admito. Temía que hubieras sufrido heridas internas y te estuve cuidando.

—Como puedes ver, tus preocupaciones eran completamente infundadas.

—¿Me permites que te toque?

—¿Qué? —casi me ahogo con la pregunta.

¿Tocarme? ¿Quería tocarme? Pensar en las manos de Damian sobre mi piel desnuda me puso caliente de repente.

—¿Me permites tocarte? La decoloración azul de tus costillas me preocupa.

Me levanté la camiseta e inspeccioné la decoloración de mi piel, que se había oscurecido unos tonos durante la noche.

—¿Sabes algo de esto?

—Sí —confirmó secamente.

Damian se levantó y rodeó la cama sin decir palabra. Se arrodilló frente a mí y me pidió que me levantara la camiseta.

Conteniendo la respiración, vi cómo escrutaba meticulosamente la parte superior de mi

cuerpo y luego deslizaba cuidadosamente sus dedos sobre él.

Apreté los labios para no gemir de placer ante aquel suave contacto. Las manos de Damian se sentían increíblemente bien en mi cuerpo. Demasiado bien.

Notaba cómo se me ponían duras las yemas bajo la camiseta y recé para que no se diera cuenta.

—No creo que haya nada roto. Pero me gustaría que te viera un médico.

—Nada de médicos —jadeé y bajé los brazos bruscamente.

—¿Por qué no? Y no me digas que no quieres armar jaleo con los de *Deep Desire*. Este es mi piso, no el club.

Me miré las manos avergonzada. ¿Cómo iba a explicárselo? No lo entendería. Damian pagaba sus facturas médicas con la caja chica. Yo, en cambio, tenía que pensármelo diez veces antes de ir al médico cuando estaba enferma.

—¿Grace? —Damian me levantó la barbilla y me obligó a mirarle—. Dímelo. ¿De qué tienes miedo? El doctor Westbury es un médico excelente. Le pediré que venga a vernos. Así no tendrás que esperar en su consulta.

Sacudí la cabeza con vehemencia.

—No tengo tiempo, Damian. Mi turno en la cafetería empieza dentro de una hora exactamente, si estoy leyendo bien el extraño reloj de la pared. ¿Es arte o por qué las manecillas están entrelazadas así?

—No te salgas del tema, Grace. Está claro que hoy no trabajarás en la cafetería. Y en ningún otro sitio tampoco. Te asaltaron y golpearon anoche, por si lo has olvidado.

—¿Cómo podría olvidarlo? Lo recordaré el resto de mi vida, Damian —siseé más irritada de lo que pretendía—. Pero quizás *tú* hayas olvidado que anoche me robaron casi trescientos dólares. Necesito el dinero. Tengo que ir a la cafetería y esperar que me den turnos extra allí para compensar el dinero que me falta.

—¿Estamos hablando de trescientos dólares? —inquirió, poco impresionado por mi irascible declaración.

Arrugué la frente.

—Sí, más o menos.

Damian se levantó y desapareció. Regresó poco después y colocó un fajo de billetes de cien dólares sobre la mesilla de noche.

—Son ochocientos dólares. Trescientos por lo de anoche y quinientos por el turno de esta noche en la cafetería y el de *Deep Desire*. ¿Podemos llamar ya al médico?

Indignada, eché hacia atrás el edredón y salí de la cama.

Resultó no ser una buena idea. Porque mis tambaleantes piernas cedieron de inmediato y me obligaron a sentarme de nuevo.

—¿Crees que puedes agitar tu dinero delante de mis narices y desordenar toda mi vida? ¿Decidir mi rutina diaria así como así? ¿En serio crees que estos ochocientos dólares solucionarán el problema? Tengo obligaciones, Damian. Quiero conservar mis trabajos porque los necesito desesperadamente. No puedo permitirme estar enferma. No se trata sólo del dinero que pierdo cuando estoy enferma, sino también de la impresión que causo. No quiero arriesgarme a que me echen.

—Nadie te echará si dices que estás enferma al día siguiente de haber sido víctima de un crimen violento, Grace —replicó Damian enfadado.

El ambiente entre nosotros se volvió visiblemente tenso.

—Vivimos en mundos diferentes, Damian. No tienes ni idea de lo que estás hablando. Sólo

soy una bailarina insignificante en un club nocturno y una camarera aún más insignificante en una cafetería de mierda. Soy reemplazable. La gente como yo es una moneda de diez centavos por docena. Si no se puede contar conmigo, diez personas están inmediatamente de guardia para hacerse con mi trabajo. Pero, por supuesto, un abogado inteligente como tú no entiende eso. Tu mundo es completamente distinto.

Sin aliento, crucé los brazos delante del pecho y miré furiosa a Damian.

—Entonces ven a mi mundo, Grace —respondió Damian imperturbable, cruzando también los brazos delante del pecho y devolviéndome la mirada.

Estaba irritada.

—¿A tu mundo? ¿Qué quieres decir con eso?

—El mundo en el que vives suena jodidamente duro. Pero quizá no tenga por qué serlo. Te estoy ofreciendo un lugar en mi mundo, si quieres. Múdate conmigo y trabaja para mí, Grace.

Capitulo 9

DAMIAN

—¿MUDARME contigo y trabajar para ti? ¿No lo entiendo? —Grace me miró con los ojos muy abiertos, incrédula.

—Mi ama de llaves dimitió hace dos meses. Trabajó para mí durante más de seis años. Pero ahora se ha mudado a la costa oeste para estar más cerca de su hija. Aún no le he buscado sustituta.

—¿Quieres que sea tu ama de llaves? —Los ojos de Grace amenazaban con salirse de su bonita cabeza.

—Sí. Cuidarás del piso y de la azotea. Tendrás que llevar la colada a la tintorería, hacer la compra, decorar, coordinar las citas de la empresa de limpieza... todo lo que surja.

—¿Llevas la colada a la tintorería y contratas a una empresa de limpieza para que te limpie el piso?

—Así es.

—¿Entonces para qué necesitas una asistente?

—Necesito a alguien que coordine todo y en quien pueda confiar en mi casa. No me gusta tener extraños en mi piso cuando no estoy. Tú te encargarías de que todo funcione bien y de que yo no tenga que preocuparme de nada.

—¿Tienes cocinero?

—No. Pero puedo contratar a alguien.

Grace ladeó la cabeza divertida.

—La forma en que resuelves los problemas es extraordinaria.

Me encogí de hombros ligeramente.

—Trabajo mucho. A cambio, puedo permitirme ciertas comodidades que me facilitan la vida fuera del trabajo. No tengo mucho tiempo libre. Quiero poder disfrutar del tiempo que me queda y no tener que lidiar con problemas.

—Ya veo. —Grace se mordió el labio inferior—. Gracias por la oferta, pero...

—Antes de declinarla, deberías escuchar los términos de mi oferta, Grace —la interrumpí.

Grace me hizo un gesto para que siguiera hablando.

—Te mudas de esa pocilga destartada de Chinatown y te vienes a vivir conmigo. Sin pagar alquiler. Esta habitación es tu reino. Puedes organizarlo como quieras. Como quiero que estés disponible las veinticuatro horas del día, es inevitable.

—Ni hablar —objetó Grace—. Me gusta vivir sola.

—Tendrás un seguro médico con todas las prestaciones incluidas. Así podrás ir al médico en el futuro sin tener que preocuparte por no poder pagarlo.

Sorprendida, entrecerró los ojos. Yo até cabos y sabía que no quería ir al médico porque le asustaba el coste. La idea de que Grace descuidara su salud por falta de recursos económicos casi me hace enfurecer.

—Te pagaré el sueldo de la cafetería y el de *Deep Desire* más los complementos por los beneficios extra que espero. Y te pagaré los seis primeros meses directamente.

—¿Beneficios? —repitió Grace lentamente.

—Necesito un compañero de entrenamiento que me exija mucho en el gimnasio.

—¿Quieres que entrene contigo? —Grace hizo una mueca de sorpresa.

Al parecer se había imaginado otra cosa bajo los beneficios extra. No era la única. Dios sabe

que podría imaginar un montón de sudorosos entrenamientos adicionales con ella en los que ninguno llevara ropa. Pero Grace dejó claro que su cuerpo no estaba en venta. Yo lo respetaba y no me aprovecharía sexualmente de su situación.

Así que le contesté de la forma más informal posible:

—Exacto. Jogging y pesas. Tengo un gimnasio en mi piso, pero lo uso muy poco. Podrías usarlo para bailar.

—¿Por qué iba a usarlo para bailar? Según tengo entendido, quieres que deje el trabajo en *Deep Desire*.

—Así es. Eres demasiado buena para desperdiciar tu talento allí. ¿Por qué no usas tu tiempo libre para preparar audiciones? Como la audición que te catapultó al vídeo de *The Outgang*.

—¿Sabes lo de mi audición para *The Outgang*?

—Colton me lo dijo. Habló mucho de ti en general. Demasiado —gruñí.

—Todo eso es muy generoso, Damian —empezó Grace, e intuí el desaire que estaba a punto de hacerme—. Demasiado generoso. No puedo aceptar lo que me ofreces. Encontrarás a alguien que pueda ofrecerte mucho más y por mucho menos.

—¿Crees que estás a la altura del trabajo, Grace?

—Sí, por supuesto. No parece tan difícil. Llevé mi casa desde que tenía doce años.

—Entonces no veo cuál es el problema. Necesito a alguien que sea trabajadora, honesta y discreta. Tú me has demostrado todas esas cualidades. Estoy dispuesto a pagar por ellas. La calidad tiene su precio y yo aprecio la buena calidad. Eso es exactamente lo que quería ofrecerte anoche. Por eso fui al club. Para hablarte de mi oferta.

—¿Puedo pensarlo?

—No.

—Damian...

—¿Por qué quieres pensarlo? Es una oferta muy buena. Si quieres, podemos hablar de tu salario otra vez. Te pagaré más.

—No, Damian. —Grace expulsó el aire y se frotó la cara—. El dinero no puede comprarte todo. El dinero no puede *comprarme*, ¿sabes? Me he construido una existencia. Una existencia de mierda, pero aún así una existencia que me permite vivir de forma independiente. No puedo renunciar a ella en unos minutos en favor de una oferta de trabajo totalmente loca. ¿Lo entiendes? Necesito pensarlo bien.

—¿Hay algo que pueda hacer para persuadirte?

—No.

Exasperado, me levanté y di vueltas por la habitación. No imaginé que sería tan difícil. Debí haber sabido que Grace no era el tipo de mujer que renuncia a su independencia a la ligera.

Me impresionaba especialmente ese rasgo de carácter de Grace. Pero ahora era precisamente esa característica la que desbarataba el elaborado plan para mantener a Grace a salvo y satisfacer por fin mi constante anhelo por ella, aunque no se me permitiera tocarla en el futuro.

Sin embargo, aún tenía que resolver cómo conciliar esta oferta con la promesa que le hice a Sophie.

GRACE

Damian fue a la cocina a preparar el desayuno. Hoy trabajaría desde casa. Insistía en vigilarme durante el resto del día. En consecuencia, acordamos el compromiso de que yo faltaría un día al trabajo si él se quedaba con los ochocientos dólares.

Yo era testaruda, pero no tonta. Me di cuenta de que, en mi estado actual, no podría hacer un turno doble en la cafetería seguido de una noche en *Deep Desire*.

Llamé al trabajo desde el móvil de Damian y describí en breves frases lo que ocurrió la noche anterior. La reacción de Meredith fue un ataque de rabia. Insistió en aumentar inmediatamente la seguridad alrededor del club y me pidió disculpas innumerables veces, aunque en realidad ella no tenía la culpa del ataque.

Al cabo de un rato, colgué y suspiré mientras me hundía en las almohadas.

Con los ojos cerrados, pensé en la oferta de Damian.

La pregunta que me hice fue: “¿Por qué?”.

¿Por qué Damian me hacía esta extraña, aunque extremadamente generosa, oferta?

¿Por qué quería que me mudara con él y trabajara para él?

Sin duda, habría muchas amas de llaves honestas, trabajadoras y discretas, todas ellas mejor cualificadas para el trabajo que yo. Al fin y al cabo, ¡esto era Nueva York!

¿Y por qué Damian me cuidaba con tanta devoción cuando yo era poco más que una extraña para él? ¿Por qué se preocupaba tanto por mi bienestar?

Damian no se me había insinuado. Ni ayer, ni hoy, ni nunca. Las miradas que me dirigía eran insondables y enigmáticas.

No había mencionado el sexo en su oferta.

Su demanda estaba claramente formulada.

Quería que coordinara su casa y entrenara con él.

Probablemente yo no cumplía sus requisitos para nada más que eso.

Después de todo, él pertenecía a la élite de Nueva York, mientras que yo no era nadie. Por supuesto que no se involucraría con alguien como yo. No podía compararme con él. Al contrario. Con mi profesión de bailarina de club nocturno y camarera de cafetería, en el mejor de los casos le avergonzaría ante sus colegas y amigos golfistas.

Era más que comprensible que su interés fuera puramente profesional. Aunque era innegable que yo tenía que gustarle. De lo contrario, difícilmente me habría ofrecido esas condiciones inmejorables, que eran casi demasiado buenas para ser verdad. Pero yo no le gustaba como yo quería en secreto. Si no, me lo habría hecho saber hace tiempo.

Sentí una punzada en el pecho al darme cuenta.

Si era sincera, en el fondo esperaba que el interés de Damian por mí fuera más allá de una relación puramente profesional.

Cuando se quitó la camisa para ayudarme a ducharme la noche anterior, me mostró unos abdominales perfectamente formados. Pectorales bien definidos. Brazos fuertes y tonificados que explicaban por qué podía llevarme en brazos sin esfuerzo. Me sentía segura en sus brazos. Una sensación que no había sentido en mucho tiempo.

La apetitosa visión del cuerpo de Damian me hizo olvidar el dolor por un momento. Pero mi interés por este hombre provenía principalmente de su naturaleza insondable y cariñosa. Damian era un buen hombre. Y Dios sabe que yo no conocía a muchos.

En ese momento, entró por la puerta y me sacó de mis ensoñaciones.

—Todo lo que necesitas para el día debería estar en esta bolsa. El doctor Westbury llegará en media hora.

Busqué con desconfianza en la elegante bolsa que Damian me entregó.

—¿Qué es esto?

Encogiéndose de hombros, se sentó a mi lado en la cama.

—Sólo algo de ropa y algunos cosméticos.

Sacudí la bolsa y examiné su contenido. Había un corpiño a la moda, bragas, pantalones elegantes y un top a juego de una conocida firma deportiva. También había zapatillas nuevas, un cepillo de dientes, desodorante, cremas y lociones.

Atónita, me quedé mirando a Damian.

—No puedo aceptar esto.

—Me decepcionaría que no lo hicieras, Grace.

—¿Puedo pagarlo? ¿Como la visita del doctor Westbury?

—No, Grace. Es un regalo. Por favor, no me lo pongas tan difícil —suspiró Damian con resignación.

—¿Por qué haces todo esto por mí?

—Porque quiero que estés bien, Grace.

—¿Por qué?

—¿Por qué no?

La mirada de Damian se clavó en la mía y por un momento creí ver en ella un destello de añoranza.

El timbre del teléfono de la casa rompió el hechizo y la supuesta expresión de anhelo en los ojos de Damian desapareció.

—Será el portero. Probablemente el doctor Westbury ha llegado antes de lo acordado.

Damian salió y regresó poco después con un señor mayor que me saludó amistosamente.

—¿Por favor, descubra la parte superior de su cuerpo, señorita...?

Me miró inquisitivamente y me di cuenta de que ni él ni Damian conocían mi apellido. Esto me hizo darme cuenta una vez más de lo absurdo de la situación.

—Grace Bailey.

—Muy bien, señorita Bailey. Por favor, despeje la parte superior de su cuerpo para que pueda echar un vistazo a la herida.

—Estaré en la habitación de al lado, por si ocurre algo —me informó Damian secamente y salió de la habitación casi a toda prisa.

Volví a sentir la desagradable punzada en el pecho.

¿De dónde venía ese dolor sordo? ¿De las secuelas del ataque? ¿O de la decepción de que Damian no se quedara a mi lado?

Capitolo 10

DAMIAN

TUVE que obligarme a no mirar a Grace cada cinco minutos. Si pensaba que su presencia me inspiraría para rendir al máximo, me equivocaba. No conseguía concentrarme en el caso que tenía delante. Mis pensamientos no dejaban de vagar hacia Grace, que descansaba a unas habitaciones de distancia.

El doctor Westbury diagnosticó costillas magulladas. Extremadamente desagradable, pero no peligroso si se cuidaba. Pudo descartar una conmoción cerebral. Su diagnóstico alivió lentamente la tensión de la que no había podido deshacerme desde el ataque. Grace insistió en pagar ella misma la factura del doctor Westbury. Me lo esperaba y me aseguré sabiamente de que sólo le cobrara cincuenta dólares. Yo pagaría el resto. En secreto. En este caso, el fin justificaba los medios.

—He preparado algo de comer. Si tienes hambre y tiempo, claro.

Sorprendido, levanté los ojos de los archivos y vi a Grace de pie en la puerta. Llevaba la ropa que le compré en la tienda de deportes de moda de la esquina: unos pantalones de yoga verde menta con un top a juego. Su rostro ya no parecía tan pálido y vacío como el día anterior. Sus ojos habían vuelto a brillar.

La bailarina de mis sueños se había recuperado.

Por un lado, esto me llenó de alegría y alivio. Por otro, me obligó a dejar marchar a Grace. No podía tenerla en mi piso. Ella querría irse a casa. Volver a su vida. Y no había nada que yo pudiera hacer al respecto. Le hice mi oferta. Ahora dependía de ella aceptarla o no.

¿La aceptaría? No lo sabía. Pero sinceramente esperaba que sí.

—Estoy realmente hambriento —mentí.

En realidad, hacía sólo una hora que me hice un bocadillo mientras Grace dormía felizmente. Pero me alegraba cualquier excusa para pasar juntos el tiempo que me quedaba con ella.

Seguí a Grace hasta la cocina y sonreí ante la tortilla que me sirvió.

—¿Tortilla para cenar? Me gusta esa combinación.

Grace tomó asiento frente a mí y se encogió de hombros.

—Tu nevera no tiene mucho más.

—Lo que confirma una vez más lo mucho que necesito ayuda doméstica. No sea que me muera de hambre. ¿Podrías vivir con eso en la conciencia?

Grace se rio. Tenía una risa como de campana que sonaba desde lo más profundo de su alma y me hipnotizaba por completo.

—No dejarás que llegue a eso. Pedirás algo antes.

—Pero seguro que no es tan bueno como esta tortilla —le contesté guiñándole un ojo.

Soltó una risita alegre, pero luego se puso seria y tuve un mal presentimiento. Me imaginaba lo que estaba a punto de ocurrir.

—¿Podrías prestarme algo de dinero para el metro? Por suerte, el ladrón sólo me ha robado el dinero. Mis tarjetas bancarias están en la taquilla del personal de la cafetería porque allí es más seguro. Mañana a primera hora iré al cajero y te lo devolveré.

—No. —Apretando los dientes, dejé el tenedor junto al plato y sacudí la cabeza con decisión.

—¿No?

—No, no te voy a prestar dinero para el Metro. Yo mismo te llevaré a Chinatown y me aseguraré de que llegues bien a tu piso.

—Eso no es necesario, Damian. Ya te he causado demasiados problemas.

—No lo has hecho. Disfruto de tu compañía, Grace. Si quieres irte, lo aceptaré. Pero te acompañaré.

—No sé cómo podré compensar lo que haces por mí, Damian. Estaré siempre en deuda contigo. —Grace bajó la mirada hacia su plato y hurgó nerviosamente en su comida.

—No hay nada que compensar, Grace. No espero nada a cambio.

Casi me pareció ver lágrimas en sus ojos. Pero si lo estaban, Grace las enjugó rápidamente.

—Gracias —susurró suavemente—. Por todo.

GRACE

Me senté en silencio junto a Damian en el lujoso todoterreno, mirando con tristeza hacia la noche. Las luces de la ciudad que nunca dormía pasaban a mi lado sin que me diera cuenta.

Estaba sumida en mis pensamientos y reflexionaba febrilmente sobre qué hacer a continuación.

Me sentía segura y protegida cerca de Damian. Es más, me hacía sentir valorada y respetada.

El hecho de saber que ahora tomaríamos caminos separados y la incertidumbre sobre cuándo y si volveríamos a vernos me golpeó más fuerte de lo que hubiera creído posible.

—Puedes aparcar allí. —Señalé la plaza de aparcamiento no muy lejos de mi piso y deseé que el viaje no hubiera terminado.

Pero así fue. Igual que mi tiempo con Damian.

A menos que aceptara su oferta.

—No me parece bien que vivas aquí. —Damian frunció el ceño y miró a su alrededor.

—Desgraciadamente, no tengo suficiente para un ático en Manhattan —respondí con un guiño y salí.

Noté desde lejos que la puerta de mi piso estaba abierta.

—¿Ocurre algo? —Damian me miró interrogante cuando me detuve bruscamente.

—La puerta. La había cerrado con llave. Ahora está abierta.

Alarmado, Damian se puso delante de mí y me entregó las llaves de su coche.

—Ve al coche. Enciérrete y no abras la puerta bajo ningún concepto. A nadie.

El pánico se apoderó de mí al darme cuenta de que la puerta de mi piso no estaba abierta por accidente. Me di cuenta de lo que pasó en mi ausencia y me golpeó como un puñetazo en la cara.

—En mi bolso también llevaba la llave de mi piso y la tarjeta del metro con mi dirección.

Estaba tan conmocionada que sólo pensé en el dinero perdido y no en el resto del contenido. Mis ojos se abrieron de par en par, horrorizados.

—El tipo que me robó debió venir también a mi piso.

Corrí hacia el piso, pero Damian me agarró en un santiamén y me llevó hacia el coche con suavidad pero con firmeza.

—Espera aquí. Yo iré a ver. —Su mirada severa cortó de raíz cualquier objeción.

—¿Y si el tipo sigue ahí dentro?

Me agarré al brazo de Damian.

—No quiero que te pase nada.

Damian puso su mano sobre la mía.

—Estoy bastante seguro de que ya limpió tu piso anoche, Grace.

—¿Y si no lo hizo? ¿Y si todavía está allí y lleva un arma? Por favor, no entres ahí, Damian.

—Le agarré el brazo con más fuerza y le miré suplicante.

Damian suspiró rendido.

—De acuerdo. Llamaré a mi amigo de la policía de Nueva York. La policía inspeccionará el piso mientras yo espero en el coche contigo. ¿De acuerdo?

Asentí con la cabeza.

—Será la segunda noche seguida que te arruino. No doy más que problemas —susurré, con los ojos llenos de lágrimas.

—Realmente no es culpa tuya que te dejaran inconsciente y luego robaran en tu piso, Grace.

Damian me empujó suavemente hacia su coche y me habló tranquilizadamente. Me abrió la puerta del acompañante, sin perder de vista la puerta abierta del piso. Luego subió en el lado del conductor y marcó el número de su amigo en la policía de Nueva York.

Poco después se detuvo un coche de policía con dos agentes que llamaron a nuestra ventanilla.

—¿Sr. Knight? Ryan nos ha pedido que echemos un vistazo. Entraremos al piso y le avisaremos cuando lo hayamos asegurado. Quédese en el coche hasta entonces.

Damian dio las gracias a los policías y señaló la puerta abierta del primer piso.

Miré en silencio por la ventana e intenté no pensar en el hecho de que el tipo que me dejó inconsciente también podría haber estado hurgando en mi piso y, por tanto, en mi vida.

Los minutos pasaron sin que ocurriera nada.

De repente, sentí inesperadamente la reconfortante mano de Damian sobre la mía. Giré la cabeza y miré directamente a sus ojos oscuros, que se posaron alentadores en mí.

El golpe del policía me hizo dar un respingo. Damian abrió la puerta y salió, hablando con el policía con expresión tensa. Cuando no pude aguantar más en el coche, salí yo también.

—¿Y mi piso?

—Está inhabitable, señorita. Han destrozado su piso. Había mucha rabia de por medio. Probablemente el ladrón no encontró lo que buscaba y lo desmontó todo con la esperanza de encontrar dinero u otros objetos de valor.

Me llevé las manos a la cara y contuve las lágrimas que se me agolpaban en los ojos.

—¿Podría haberse llevado algo el ladrón? ¿Hay objetos de valor en el piso?

Respondí negativamente.

—Ingreso mis ganancias inmediatamente en el banco que hay junto a la cafetería donde trabajo. Mi tarjeta bancaria está en mi taquilla de empleado en la cafetería. Aparte de un teléfono móvil de segunda, mi tarjeta del metro, las llaves de mi casa y el dinero que me robó anoche, no tengo nada de valor.

El agente tomó nota de mi declaración.

—¿Tiene a alguien con quien pueda quedarse? Su piso es un caos absoluto y mientras el tipo tenga una llave, puede volver y robarle en cualquier momento. No creo que necesite explicarle lo que podría hacerle.

Capitolo 11

DAMIAN

—DE MOMENTO SE QUEDA CONMIGO —informé al policía—. Luego ya veremos qué pasa. ¿Puede tomar huellas dactilares y comprobar si el bastardo está en su base de datos?

—Por supuesto, señor, Ryan nos ha dado instrucciones de ejecutar el programa completo. Vamos a averiguar a quién tiene que dar las gracias por esto, señorita. Y si no le importa que se lo diga, presente cargos por agresión mientras las heridas aún sean visibles.

Le entregó a Grace una tarjeta.

—La examinarán y documentarán todo. No deje que el cerdo se salga con la suya con el robo y el hurto. Le caerán otros cinco años por agresión. Cuanto más tiempo cumpla, más tiempo salvará a las mujeres de Nueva York de agresiones similares.

Grace apretó los hombros con decisión.

—Tiene razón. Si lo atrapan, lo quiero fuera de circulación el mayor tiempo posible.

—Eso parece un trato. Usted presente cargos. Nosotros le cogemos y su novio se asegura en el juzgado de que el tipo no salga de la cárcel a corto plazo. Una rata sucia menos con la que tenemos que lidiar.

Grace se sonrojó.

—Damian no es... —empezó, pero no terminó la frase—. ¿Puedo ver mi piso?

El oficial refunfuñó de acuerdo.

—Por supuesto que puede. Pero, por favor, no toque nada. No queremos que tape sus huellas. Le avisaremos cuando el piso esté limpio.

—No tardaré mucho —le aseguró Grace.

En mis muchos años como abogado, vi bastantes escenas del crimen. Sabiendo que se escandalizaría al ver su piso, seguí a Grace.

Se detuvo en el umbral y dejó que sus ojos recorrieran la pequeña habitación. El colchón yacía rajado junto a la cama. El marco de madera de la cama estaba destrozado. Las puertas del armario habían sido brutalmente arrancadas de sus bisagras. La ropa estaba esparcida por el suelo. Los cajones vacíos del armario del cuarto de baño estaban apilados descuidadamente en un rincón. Su contenido estaba mezclado con la ropa de Grace.

—Parece peor de lo que es. Nada que no se pueda arreglar —susurré suavemente y le apreté el hombro con confianza.

Grace se giró hacia mí y me miró con nostalgia.

—Gracias por ofrecerme quedarme contigo. Pero no puedo aceptar.

Gemí, exasperado.

—¿Cuándo vas a dejar de ser una persona tan incorregiblemente testaruda? ¿A dónde vas a ir si no? ¿Tienes algún lugar seguro donde esconderte?

—Podría preguntarle a Alice. O a Meredith —reflexionó.

—¿Así que permitirías que te acogieran? ¿Con ellas dos no te sentirías como una carga?

—Podría devolverles el favor. Ayudar a Alice con el alquiler o bailar en *Deep Desire* por menos dinero.

—Y podrías trabajar para mí. Mi oferta de esta mañana sigue en pie.

Grace quedó ensimismada. Me di cuenta de que estaba luchando una batalla consigo misma.

—Escucha, Grace. Es tarde. ¿Por qué no vamos a la dirección que te dio el oficial y

presentamos cargos? Luego puedes volver a mi casa. Mañana podrás decidir con calma qué hacer a continuación. Si quieres irte entonces, lo aceptaré. Pero al menos déjame ayudarte por esta noche.

—De acuerdo.

—¿*De acuerdo?* —Pensé que le había oído mal—. ¿Así de fácil? —Atónito por su reacción, alcé las cejas.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Grace.

—Tienes razón: a veces puedo ser bastante testaruda. Pero no soy una persona testaruda. Tu plan parece razonable. Así que mi respuesta es: está bien.

—Entonces vamos.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, agarré la mano de Grace y la envolví cálida y tiernamente alrededor de la mía, lo que a su vez me produjo un cosquilleo que me puso la piel de gallina en la espalda.

A pesar de la rabia que me daba que aquel cabrón hubiera invadido su piso y lo hubiera destrozado todo, me alegraba saber que Grace estaba a salvo y cerca de mí una noche más. Aunque probablemente no volvería a pegar ojo.

GRACE

Ya eran más de las once de la noche cuando volvimos al piso de Damian en el Upper East Side. Me sentía terriblemente culpable. Damian no se separó de mí en las últimas horas. Lo solucionó todo. Se encargó de todo. Se notaba que tenía mucha experiencia en lidiar con peritos forenses, declaraciones de testigos e informes policiales. Con la seguridad y la calma con la que me guió por el procedimiento, no tuve ninguna duda de que valía cada céntimo que le pagaban sus clientes.

Pero fue precisamente esto lo que me hizo darme cuenta una vez más de que me estaba ayudando de forma totalmente gratuita y que, por lo tanto, estaba dejando inevitablemente de lado sus diversas obligaciones profesionales.

—Por favor, utiliza el piso como si fuera tuyo. Ya sabes cómo moverte —me indicó y encendió la luz de la habitación de invitados.

—No sé cómo voy a compensarte, Damian —admití a regañadientes.

—Sería un comienzo si dejaras de decir eso todo el tiempo.

La expresión de Damian era, como tantas otras veces, inescrutable, mientras se despedía con un gesto seco de la cabeza y me deseaba buenas noches. Me acomodé en la cama y le miré. Una vez más, me pregunté qué estaría pasando por su cabeza.



Los acontecimientos de los últimos días me dejaron incapaz de descansar. Me movía inquieta de un lado a otro. Poco antes de las dos de la madrugada, tiré el edredón a un lado, frustrada, y me dirigí a la cocina para prepararme un té. De camino, me fijé en el tenue resplandor de una luz en las escaleras que llevaban al piso de arriba. Supuse que allí estaba la terraza de Damian. Sin dudar, subí las escaleras y abrí la pesada puerta que daba al exterior.

La vista que se abrió me dejó sin aliento.

¿Abrí accidentalmente la puerta de la vida al paraíso y estaba en el cielo? Eso no podía ser real.

Los rascacielos de Nueva York se alzaban frente a mí, brillando con los colores más vivos e iluminando el negro cielo nocturno. Las estrellas plateadas centelleaban en lo alto. Delgados velos grises de nubes daban al conjunto un aspecto fantasmagórico. Caminé hacia la imagen irreal que se me presentaba allí arriba, como si me controlara un extraño.

—¿No puedes dormir, Grace?

La voz grave de Damian me hizo estremecer.

Me di la vuelta y lo descubrí en una de las tumbonas escondidas entre lo que parecía media jungla de arbustos, matas y árboles.

—No... yo... lo siento, no pretendía entrometerme. Vi la luz y no pude resistirme. Por favor, discúlpame.

—No hace falta que te disculpes. ¿Quieres tumbarte conmigo? —Damian señaló la tumbona a su lado.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —pregunté, aceptando su invitación. Me estremecí y me

pasé las manos por los brazos.

Damian se dio cuenta y cogió una de las mantas de lana que había en la cesta junto a las tumbonas.

—Toma, cógela. Entrarás en calor enseguida.

Ignoró deliberadamente mi pregunta.

—¿Quieres un vaso de vino también, Grace? Y, por favor, no me digas que no quieres causarme problemas.

Sonreí y me aparté tímidamente un mechón de pelo de la cara

—¿Cómo sabes lo que iba a decir? ¿Puedes leer la mente?

—Por desgracia, no. Si pudiera, probablemente sería un hombre increíblemente poderoso, Grace. Pero parte de mi trabajo consiste en observar y analizar a la gente. Es casi tan bueno como leer la mente.

—¿Así que me has analizado?

—Tal vez.

—¿Tal vez? Eso no es una respuesta. ¿Sí o no?

—Al menos lo he intentado.

—¿Y qué reveló tu análisis?

—¿De verdad quieres saberlo?

Me reí divertida.

—¿Tan malo es?

—Depende de quien lo mire —murmuró Damian con expresión dolida.

—Entonces, ¿por qué no me dices qué ves en mí como espectador?

Damian miró las luces de la ciudad y pensé que iba a dejarme sin respuesta, pero entonces se incorporó y centró su atención en mí.

—Veo a una joven fuerte que saca lo mejor de su destino y, a pesar de los constantes contratiempos, siempre se levanta y sigue luchando incansablemente. Sin embargo, está decidida a librar esta batalla sola. No deja que nadie la ayude y no le gusta mirar sus cartas porque cree que es un signo de debilidad. También quiere mantener su independencia a toda costa. Cree que debe algo a sus semejantes si acepta su ayuda, lo que a su vez podría poner en peligro su independencia. ¿Es eso cierto?

Abrí la boca para decir algo, pero volví a cerrarla. ¿Qué debía responder? Dio en el clavo.

—También tiene un talento increíble, es amable y sincera. Y testaruda. Extremadamente testaruda. Cuando se propone algo, es casi imposible convencerla de lo contrario.

Damian se levantó y se dirigió al armario vintage marrón oscuro de estilo latinoamericano escondido en una alcoba. Volvió con una copa de vino y me sirvió un poco del tinto que tenía al lado.

—Eres una mujer hermosa e increíblemente excitante, Grace. Me alegro de que estés aquí y me encantaría que te quedaras conmigo. —Damian me entregó la copa llena con expresión impasible.

Tomé un sorbo generoso para digerir el hecho de que aquel hombre aparentemente me conocía mejor que yo misma. Y para calmar mi agitado corazón, que había perdido notablemente el ritmo ante su cumplido.

—¿Así que crees que soy guapa y excitante? —indagué, aunque mi mente me decía que sería mejor callarme al respecto.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en las facciones de Damian.

—De todo lo que acabo de contarte, ¿eso es con lo que te has quedado?

—Sólo oigo lo que quiero oír. Debes haberlo pasado por alto en tu análisis.

—¿Así que el hecho de que te encuentre guapa y excitante es algo que quieres oír?

La mirada de Damian se clavó en la mía y la expresión de anhelo que brilló la noche anterior en sus ojos volvió con fuerza por un momento.

—Tal vez —balbuceé. Bajo su mirada penetrante, perdí el valor de repente.

—¿Tal vez? Eso no es una respuesta. ¿Sí o no? —Damian me imitó y levantó con picardía una comisura de los labios.

Me aclaré la garganta tímidamente y me recosté en la tumbona con la manta de lana.

—Este es un lugar muy bonito. Las estrellas en el cielo y los majestuosos rascacielos que parecen alcanzarlas.

—Qué poético —bromeó Damian, recostándose también en su tumbona—. También debo haber pasado por alto el hecho de que tienes una vena filosófica. Cuántos talentos ocultos...

Giré la cabeza hacia él y me estremecí ante la abrumadora mirada de deseo en sus ojos.

¿Era posible que lo que sentía por mí fuera más allá de la amistad y el sentido del deber? ¿O era sólo el efecto embriagador del alcohol que me nublaba los sentidos y me inducía a interpretaciones erróneas?

Descansamos uno junto al otro en silencio, contemplando los rascacielos iluminados mientras escuchábamos el incesante ruido del tráfico que nunca cesaba en Nueva York. Con cualquier otra persona, el silencio habría resultado incómodo. Pero con Damian, el silencio era fantástico. Mientras cada uno estaba perdido en sus propios pensamientos, yo era más que consciente de su presencia con cada respiración y la saboreaba como los rayos del cálido sol de la mañana sobre mi piel.

Sin embargo, en algún momento se me debieron cerrar los ojos, porque cuando me desperté a la mañana siguiente, ya no estaba tumbada en la tumbona de la azotea, sino en mi cama.

No recordaba haber vuelto sola a la habitación de invitados.

Damian debió llevarme.

Damian.

Me incorporé bruscamente y le busqué por toda la habitación.

En vano.

Me invadió un sentimiento sordo y sorprendentemente cercano a la decepción.

Levanté las piernas de la cama y escuché atentamente el silencio, esperando desesperadamente oír la voz de Damian o sus pasos.

Pero el espacioso piso estaba en silencio.

Abrí la puerta y miré en su estudio. Estaba vacío.

La puerta de su dormitorio estaba abierta. Me arriesgué a echar un rápido vistazo a la habitación de paneles oscuros, que parecía más un salón de baile que un dormitorio y estaba dominada por una gigantesca cama king-size. La cama parecía usada, pero Damian no estaba.

Fui a la cocina y encontré dos maletas, una nota y un teléfono móvil sobre la mesa. Me apresuré a coger la nota.

Grace,

La policía liberó tu piso anoche. Marvin trajo aquí tus pertenencias. Me he tomado la libertad de anular tu tarjeta del metro y expedirte una nueva. También encontrarás mi viejo móvil sobre

la mesa, que me gustaría regalarte. Úsalo en vez de comprarte uno nuevo. Harás algo bueno por el medio ambiente y el planeta.

El astuto intento de Damian de regalarme su móvil, que sabía que yo nunca habría aceptado en circunstancias normales, me hizo reír a carcajadas. El bien del planeta era un argumento convincente. Tenía que reconocerlo: era muy persuasivo. Sacudí la cabeza con una sonrisa y seguí leyendo.

Me haría muy feliz que aceptaras mi oferta y te quedaras conmigo. Pero prometí respetar tu decisión, sea cual sea, y cumpliré mi promesa. Marvin está a tu disposición. Él te llevará a donde desees.

Damian

Abracé la nota contra mi pecho y me tragué las lágrimas que me ahogaban la garganta. Había llorado más en las últimas cuarenta y ocho horas que en los últimos diez años. Qué me pasaba...

¿Cuándo exactamente me había convertido en una llorona molesta y, lo que era más importante, cómo podía revertir esta situación lo antes posible?

Me invadió la imperiosa necesidad de hablar con la única persona en el mundo que me quería incondicionalmente y que siempre estaba a mi lado: mi padre.

Cogí el teléfono de la barra y me senté en uno de los taburetes mientras marcaba el número de mi padre.

—¿Papá?

—¿Gracie? ¿Eres tú? ¿Tienes un número nuevo?

La voz familiar de mi padre rompió todos los diques y las lágrimas que había luchado por contener rodaron por mis mejillas.

—¿Qué te pasa? ¿Estás llorando, Gracie? ¿Alguien te ha hecho daño?

—No pasa nada, papá —resoplé.

—¿Estás segura de que todo va bien?

—Sí, papá. Sólo te echo de menos.

—Yo también te echo de menos, cariño. ¿Cuándo vas a venir a verme? He hecho algunos progresos desde la última vez que estuviste aquí y tengo muchas ganas de enseñártelos.

—Pronto, papá. Ahora están pasando muchas cosas en la universidad. Me resulta difícil escaparme.

—Por supuesto. Mi pequeña. Diligente como siempre. Estoy deseando verte bailar en Broadway.

Me mordí el labio para no sollozar en voz alta.

Mi padre creía que una beca me permitía estudiar en *Giuliard*. Esa era la única razón por la que aceptó mis ahorros para pagar su tratamiento. Él no sabía que yo había cancelado mi educación en *Giuliard*. Y no sabía de mi acuerdo con los médicos para que me enviaran todas las facturas.

Le dije a mi padre, una vez agotados nuestros modestos ahorros, que, después de todo, ahora pagaba el seguro. Él sabía aún menos de papeleo que yo. Por eso me resultó fácil contarle ese cuento chino. Desde entonces, me fui enredando cada vez más en la red de mentiras para hacerle creer que todo iba bien.

—Tardaré unos años más, papá.

—Tal vez, pero creo en ti, Gracie. Lo vas a conseguir.

—Gracias, papá.

—Estoy muy orgulloso de ti. Estás alcanzando las estrellas en lugar de ser una camarera aquí en Foxhill. ¿Cuándo es tu próxima audición, Gracie?

Nunca. Porque con todos mis trabajos, no tenía tiempo para entrenar y audicionar.

—Pronto, papá —mentí. Ocultándole la verdad. Como hacía a menudo. Apenas podía mirarme en el espejo después de hacerlo.

—¿Has conocido a algún chico bueno?

—La verdad es que ahora no tengo tiempo para eso.

—Nunca olvides que la vida no es sólo trabajo, Gracie. Debes dedicar tiempo a las cosas importantes de la vida. El amor es lo que hace que valga la pena vivir en primer lugar. No importa lo grande que sea el escenario del mundo, no tiene sentido si no tienes a alguien esperándote tras bastidores para atraparte, no importa lo bien o mal que hayas bailado.

—Para eso te tengo a ti, papá.

—Pero tu viejo padre no estará siempre para atrapar a su princesa —objetó mi padre—. Y quiero asegurarme de que alguien se haga cargo de mi trabajo cuando yo ya no esté.

—No digas tonterías como ésa —grité indignada al teléfono—. Basta ya de teorías catastrofistas. No quiero oír nada más. Y ahora tengo que irme. Tengo cosas de la universidad.

Intenté terminar la llamada antes de que los obstinados conductos lagrimales pudieran abrirse de nuevo.

—Prométeme que te cuidarás mucho, Gracie. Que te apegarás a tus sueños y no dejarás que nada te detenga.

Tragué saliva. Mentirle a mi padre me sentaba fatal. Pero quizá al menos podría cumplir la primera parte de su petición y no tener que mentirle más al respecto.

Todo lo que tenía que hacer era saltar por encima de mi sombra y aceptar la generosa oferta de Damian. Por desgracia, mi sombra era bastante grande. Así que sería un salto muy largo.

—Te lo prometo, papá —dije, y lo dije en serio.

—Te quiero, pequeña.

—Yo también te quiero, papá.

Capitulo 12

DAMIAN

ESA MAÑANA cogí el ascensor hasta el aparcamiento subterráneo para ir al juzgado con el corazón encogido.

Grace seguía profundamente dormida. Me sentí como un intruso cuando abrí la puerta de su habitación y la contemplé.

Probablemente sería la última vez que la vería así.

Porque aunque esperaba que aceptara mi oferta, sabía que las probabilidades no estaban a mi favor.

—¿Puedes decirme por qué no dejas de mirar el reloj? ¿Tienes una cita caliente o necesitas probarte el traje de novia? —Landon me miró con el ceño fruncido del otro lado de la mesa de conferencias.

—Ninguna de las dos cosas —gruñí secamente.

—Entonces, ¿cuál es la razón de tu falta de atención?

—¿No tienes una vida propia para tener que seguir husmeando en la mía?

—La tuya parece mucho más interesante. Nunca pensé que diría eso. Así que habla.

Puse los ojos en blanco, molesto.

—Venga, hombre. Sabes que quieres contármelo —sonrió Landon.

Conocía a Landon desde hacía casi media vida. No cesaría hasta que le contara la verdad. Así que cedí con un suspiro.

—Muy bien. Le he ofrecido a Grace trabajar para mí y no sé si aceptará mi oferta.

Los ojos de Landon se abrieron inquisitivamente.

—¿Grace? ¿El dulce bombón de crema que te trajo la cartera?

—Esa es Grace, sí.

—¡Lo sabía! —Landon golpeó la mesa con el puño.

—Le dije a Jameson enseguida que había algo entre tú y esa guapa bailarina. Tiene que ser una auténtica bomba en la cama si puede distraerte así. Cuéntamelo todo, amigo. Quiero oír los detalles.

Resoplé enfadado.

—Entre nosotros no ha pasado nada. Me gusta y disfruto teniéndola cerca. Además, está en una situación difícil en la vida. Se merece una vida mejor y quizá yo pueda dársela con mi oferta de trabajar como mi ama de llaves.

Landon se inclinó hacia delante con aire conspirador.

—¿Le ofreciste un trabajo como tu ama de llaves? ¿Con un disfraz sexy y su trasero apretado inclinado sobre la mesa de la cocina para el postre? —Se lamió los labios sugestivamente.

—Realmente no me lo hubiera imaginado. ¿Por qué no se me ha ocurrido todavía una idea tan loca?

Resignado, expulsé el aire y miré al techo.

—No debería habértelo dicho. Eres un maldito niño. No puedo tener contigo una conversación que no tenga nada que ver con el sexo.

—Ahora no entiendo nada, amigo. ¿Significa eso que no te has acostado con ella y que no tienes intención de hacerlo?

—Estoy comprometido, Landon. ¿Recuerdas?

—Cómo iba a olvidar esa tontería. Sin embargo, no veo qué tiene que ver esto con Grace.

Sophie es la última persona que te prohibiría tener una vida sexual satisfactoria.

—Eso es cierto, pero sabes que las mujeres con las que me acuesto saben en lo que se meten. Que nunca serán más que mujeres sombra en secreto. Eso no sería justo para Grace. No se merece ser una amante secreta.

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro de Landon.

—¿Estás intentando decirme que esa pequeña bailarina se abrió camino hasta tu corazón bailando? ¿Te has enamorado, Damian?

—¡Y una mierda! No se me permite enamorarme. Lo sabes muy bien.

—Y sin embargo, obviamente lo hiciste. ¡Quién lo hubiera creído posible! Damian Knight está enamorado. —Landon soltó una carcajada—. ¿Hay alguna señal más clara de que casarse con Sophie es una completa cagada? Difícilmente. Déjalo ya, tío.

—Tú déjalo ya. ¿Desde cuándo crees en señales sobrenaturales? Me voy a casar con Sophie, como le prometí. Yo cumplo mis promesas, ya lo sabes.

—Te quiero, amigo, pero estás corriendo ciegamente hacia tu propia desgracia. No sé cuántas veces hay que decírtelo. No puedes salvar a todos en este planeta. Sophie, Grace, todos los casos pro bono que no dan un céntimo... ¿cuándo vas a empezar a pensar en ti mismo y en tu propia felicidad?

—Me va extremadamente bien comparado con la mayoría de la gente de ahí fuera, Landon. Tengo más dinero del que puedo gastar. Me encanta mi trabajo. Y cuando quiero desahogarme, hay muchas mujeres guapas a las que puedo llamar. Así que, ¿por qué no devolver algo a los que no están en el lado soleado de la vida?

—También has trabajado muy duro para todo esto. Nadie te ha regalado nada. No lo olvides con tu culpa de Madre Teresa hacia la humanidad.

—Sí, papá. ¿Acabaste o tienes más lecciones de vida para mí?

Landon se echó hacia atrás en su silla y juntó las manos detrás de la cabeza, frustrado.

—Piérdete de una vez. Eres incorregiblemente testarudo, Damian.

Casi había salido por la puerta cuando la voz de Landon me hizo detenerme.

—¿Damian?

—¿Qué quieres?

—Intenta no tropezar solo, para variar.

—¿Puedes ser menos críptico?

—Eres un tipo listo. Te darás cuenta cuando llegue el momento.

Sacudí la cabeza, entré en mi despacho y salí del edificio poco después. No solía llegar a casa antes de las diez de la noche, pero tenía que comprobar por mí mismo si Grace se había quedado o si se había ido.

La noticia de que Grace había abandonado mi piso y renunciado expresamente a su derecho a que Marvin la llevara a su destino me llegó justo antes de que yo llegara al Upper East Side. Me produjo nostalgia, aunque no me sorprendió.

Grace se había ido.

GRACE

Avisé a mi piso y llegué a un acuerdo con el casero por los daños que sufrió como consecuencia del allanamiento. Luego llamé a la cafetería y acepté trabajar allí una semana más. Esto dio al propietario tiempo suficiente para encontrar a un sustituto adecuado. La conversación con Meredith era la que más temía. Pero, sorprendentemente, Meredith comprendió mi decisión y me ofreció la posibilidad de volver a *Deep Desire* en cualquier momento. Como acababa de contratar a dos nuevas bailarinas, me permitió marcharme con efecto inmediato.

Las conversaciones me costaron fuerzas. En la terraza de la azotea, me quedé mirando a lo lejos durante un rato y esperé a arrepentirme amargamente de mi decisión. Pero la sensación de haberme equivocado nunca se materializó.

Me invadió un hormigueo de euforia.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí algo parecido a la expectación ante lo que me esperaba. Ni siquiera sabía qué esperar de Damian.

Curiosamente, eso no me llenó de incertidumbre. Al contrario: fuera lo que fuera lo que me esperaba, estaba deseando descubrirlo mientras Damian formara parte de ello.

Llevé alegremente las dos maletas con mis pertenencias a la habitación de invitados y las deshice. Después hice una lista de todas las tareas que había que hacer en casa de Damian y finalmente salí del piso a primera hora de la tarde para ir de compras.

Puede que no fuera la perfecta ama de casa, pero sabía cocinar. La repentina muerte de mi madre, trece años atrás, había desorientado a mi padre. En su dolor, le había sido imposible levantarse y seguir adelante. Así que lo hice por los dos. Mientras otros niños jugaban en el parque o iban a la piscina, yo lavaba, limpiaba la casa y cocinaba. Bailar era mi única escapatoria de la monótona vida cotidiana.

Al principio, no tenía ni idea de lo que había que hacer en casa. Pero con los años aprendí más y más y me convertí en una ama de casa decente.

Esto me vino muy bien para la oferta de trabajo de Damian. Estaba decidida a superar lo que él esperaba de mí. Empezando por la cena de esa noche, que también servía como agradecimiento por la incansable ayuda que me había prestado en los últimos días.

Cargada con las bolsas del supermercado, pasé por delante de la recepción. El portero me saludó alegremente y desbloqueó el ascensor como habíamos acordado, que me llevó directamente al piso de Damian.

Una vez en la cocina, dejé las bolsas y busqué en los armarios las ollas y sartenes adecuadas para empezar a preparar la comida.

—¿Grace?

Me estremecí ante el inesperado sonido de la voz de Damian a mi espalda. No le esperaba tan temprano.

Me giré hacia él y me aparté tímidamente un mechón de pelo de la cara. Llevaba unos vaqueros desteñidos que le quedaban bajos y una camisa blanca remangada. Sus mechones negros caían sueltos hasta los hombros, como si se hubiera despeinado.

En resumen, tenía un aspecto delicioso.

Entrelacé las manos, aparentemente despreocupada, para disimular el nerviosismo que me invadía en su presencia.

—¿Me dijeron que te habías ido?

Damian se acercó a mí y literalmente me inmovilizó con su intensa mirada.

—Al supermercado, sí.

—¿Al supermercado? —Damian frunció el ceño y yo señalé la comida extendida en la estantería a la espera de ser procesada.

—Iba a prepararnos la cena, a menos que tengas otros planes. Quizá podríamos sentarnos y hablar de tus preferencias para saber qué cocinar para ti en el futuro.

Un brillo cruzó los ojos oscuros de Damian cuando se dio cuenta de que había decidido aceptar su oferta.

—¿Así que te quedas? —me preguntó esperanzado.

—¿Si tu oferta sigue en pie?

Una rara sonrisa apareció en el rostro de Damian, ante cuya visión mis rodillas empezaron a temblar traicioneramente.

—Por supuesto. Prepararé el contrato de trabajo, el salario y el seguro médico enseguida. Damian cogió el móvil para hacer los trámites.

Le conduje hábilmente hasta el taburete de la barra, frente a la mesa de trabajo.

—Hay tiempo. ¿Por qué no te sientas, tomas una copa de vino y te relajas mientras preparo la cena para nosotros?

Capítulo 13

DAMIAN

LA TIERNA MANO de Grace sobre mi piel me quemaba como fuego. Volví al piso vacío y no esperaba que estuviera ahí. Al darme cuenta de que decidió quedarse, me sentí mucho más feliz.

La observé mientras trabajaba hábilmente en la cocina y sazonaba el salmón con patatas y espárragos verdes que hizo para cenar.

—¿Puedo ayudarte? —le pregunté a Grace, que me había dado la espalda con elegancia.

—No. Me pagas para que haga este trabajo por ti, así que puedes relajarte. ¿Lo has olvidado?

—¿Quizás me relajaría ayudarte?

—Buen intento. —Me hizo un guiño superficial y metió las patatas en el horno.

—¿Quieres que te ayude a dejar tus antiguos trabajos y tu piso?

—Ya lo he hecho.

—Así que lo dices en serio.

Grace se apoyó en la estantería y cruzó los brazos delante del pecho.

—Hay una cosa que deberías saber de mí, Damian: o hago algo completamente o no lo hago. No hago las cosas a medias.



Durante la cena, Grace me dijo que la semana siguiente seguiría trabajando en la cafetería durante el día, mientras que su trabajo en *Deep Desire* quedaba suspendido con efecto inmediato. Sentí alivio al pensar que Grace ya no corría peligro de ser asaltada por la noche. El hecho de que ya no bailara para hombres extraños también me llenó de satisfacción, aunque sabía que mi comportamiento celoso era totalmente inapropiado.

—Intento hacer footing durante una hora cada dos días después de levantarme. ¿Me acompañas mañana?

La miré esperanzado. Si corría con Grace por Central Park, podría pasar tiempo con ella sin correr el riesgo de debilitarme y caer encima de ella.

—Por supuesto. Después de todo, es parte de nuestro trato —respondió Grace, encogiéndose de hombros y recogiendo los platos.

—Sí, supongo que sí —murmuré pensativo, dándome cuenta con frustración de que las palabras de Grace me estaban molestando claramente. Sonaba como si sólo quisiera pasar tiempo conmigo porque yo le pagaba por ello y no porque quisiera estar cerca de mí. Para ella, yo sólo era su empleador que le pagaba por sus servicios.

Eso me carcomía.

Pero eso era exactamente lo que yo quería: Que yo no significara nada más para ella.

Entonces, ¿por qué soñaba que me echaba de menos? Que me deseaba. Que no podía sacarme de su cabeza. ¿Por qué soñaba que ella sentía exactamente lo mismo que yo?

—¿Damian?

—¿Hm? —Levanté la cabeza y miré sus ojos paradisíacos, invitándome a ahogarme en ellos.

—Te pregunté si había alguna instrucción especial que quisieras que siguiera.

—¿En qué sentido? —Sus ojos brillantes me desconcertaron hasta tal punto que no podía pensar con claridad.

—¿Alergias e intolerancias a la comida?

Negué con la cabeza.

—¿Preferencias en cuanto a la comida?

—Sorpréndeme. Confío en ti.

Al oír estas palabras, un brillo recorrió su bonito rostro y se humedeció nerviosamente sus curvados labios.

—¿Hay zonas tabú?

—¿Zonas tabú?

—Sí. ¿Puedo entrar en tu dormitorio y hacer la cama? ¿Puedo abrir tus armarios para guardar tu ropa?

Tragué saliva ante la idea de Grace en mi dormitorio.

—Puedes —respondí con voz ronca.

Grace asintió y evitó el contacto visual con su siguiente pregunta.

—¿Me avisarás con antelación si vas a traer visitas femeninas a tu casa para que pueda hacerme invisible? ¿O prefieres que esté a tu disposición?

—¿Qué prefieres?

Por supuesto que no traería una visita femenina a mi casa. Desde que conocí a Grace, todo mi interés se centró en ella. Aunque intenté olvidarme de ella mediante sexo trivial, pronto me di cuenta de que era irremediablemente adicto a ella y me resigné a mi erección permanente y a la frustración sexual que conllevaba.

—Creo que prefiero ser invisible en ese caso —susurró, tirando del dobladillo de su camisa.

—De acuerdo —respondí y me levanté para no sucumbir a la tentación de preguntarle el motivo de su pregunta.

—Tengo que revisar algunas notas del caso. ¿A qué hora empieza tu turno en la cafetería?

—A las nueve.

—Eso está bien, ya que tengo que dirigir una reunión a las nueve. ¿Qué tal si quedamos para salir a correr a las seis y media? Eso te dará tiempo suficiente para prepararte y que Marvin te lleve al trabajo.

—A las seis y media está bien. Pero cogeré el metro para ir al trabajo.

—No tienes que hacerlo.

—Lo sé, pero... —empezó Grace.

—Pero tú lo quieres así porque no quieres ser una molestia.

—Exacto. —Grace se echó alegremente su larga melena por encima del hombro.

—Veo que nos entendemos.

—¿A qué hora termina tu turno?

—A las cinco y media.

—Entonces te recogeré y vendremos juntos a casa.

—Eso no es necesario. Con mucho gusto cogeré el metro, Damian —protestó ella.

—Seremos más rápidos en coche. Y de todas formas quería comprar una porción de ese pastel de plátano con virutas de chocolate.

—Puedo traértelo.

—Lo sé, pero quiero comprármelo yo porque no quiero causarte molestias.

Grace hizo una mueca y se rio a carcajadas.

—Eres muy testarudo, Damian. Y muy astuto.

—Conozco a otra igual —sonreí y me di la vuelta para marcharme con el corazón encogido. Los casos no se resolvían solos y con Grace constantemente en mi mente, mi eficiencia ya era como la de un perezoso en vacaciones.

—Buenas noches, Grace.

—Buenas noches, Damian.

GRACE

A la mañana siguiente, Damian ya estaba apoyado en la encimera de la cocina, leyendo atentamente el *New York Times*. Llevaba pantalones de chándal grises, una sudadera negra con capucha y zapatillas negras. Llevaba el pelo negro, que le llegaba hasta los hombros, recogido en una coleta.

—Buenos días —le saludé y lo rodeé para servirme un vaso de agua.

Damian miró por encima de su periódico y me miró con la misma expresión inescrutable que siempre me hacía estremecerme.

—Buenos días, Grace. ¿Cómo has dormido?

—Bien, gracias.

Eso era cierto, si se ignoraba el hecho de que esa noche di vueltas en la cama hasta altas horas de la madrugada.

Realmente no quería pensar en la razón de eso.

—¿Lista? —Damian dobló el periódico y me examinó de pies a cabeza.

—Preparada.

—Estoy impaciente por ver lo que puedes hacer, Grace. —Sus ojos oscuros brillaron con diversión mientras subimos al ascensor y nos dirigimos a la primera planta.

—Te esperaré cuando te quedes sin aliento —bromeé, lo que Damian reconoció con una risita divertida.

A los pocos minutos ya estábamos corriendo por delante del Museo Guggenheim y entrando en el primaveral Central Park, que ya estaba lleno de corredores y dueños de perros a pesar de lo temprano que era.

Atravesamos el *Great Lawn*, pasamos por delante del castillo *Belvedere* y nos dirigimos hacia el *Boathouse*. El olor del rocío matutino que brotaba de los prados circundantes llenaba mi nariz y se mezclaba con el embriagador aroma del aftershave de Damian.

Corrimos uno junto al otro en silencio durante un rato. Gracias a mi duro entrenamiento para los conciertos de *Deep Desire*, estaba en buena forma y conseguí seguir el ritmo de Damian. Gracias a los analgésicos, apenas sentía la herida de las costillas y el dolor de cabeza también había desaparecido.

Damian se detuvo en el puente *Bow*, que cruzaba el lago de *Central Park*, y empezó a estirarse.

—Este es mi lugar favorito declarado de todo Central Park —reveló, dejando vagar su mirada por el extenso lago, que estaba enmarcado por frondosos arbustos y árboles verdes.

—El idilio perfecto en medio de la jungla urbana. ¿Sabías que aquí se pueden alquilar barcas de remo?

—No —confesé asombrada.

—Llevo años queriendo alquilar una barca de remos para navegar por el lago. Pero siempre lo he pospuesto hasta ahora.

Las comisuras de mis labios se crisparon de placer al pensar en Damian, el duro e inaccesible abogado estrella, remando relajadamente por el tranquilo lago. Al parecer, la máscara profesional de Damian ocultaba muchas facetas bien escondidas. El hombre era realmente un misterio. Un misterio muy atractivo.

Me sorprendió mirándole fijamente, lo que hizo que mi corazón se sobresaltara por un

momento.

—El que llegue primero al *Ángel de las Aguas* —grité para disimular mis emociones y eché a correr.

Detrás de mí, oí los pasos rápidos de Damian y aceleré mi carrera para alejar de mi mente cualquier pensamiento sobre mi guapísimo jefe.

Ya podía ver la línea de meta, la estatua de bronce sobre la fuente, mientras Damian me alcanzaba y corría de cabeza hacia la meta.

Le di un empujoncito, que él agradeció con una carcajada y un intento de empujarme.

Exhaustos y jadeantes, nos detuvimos frente a la estatua del ángel.

—Gané —jadeé y solté una risita.

—Estás claramente descalificada por métodos desleales —resopló Damian con una sonrisa.

—Alguien es muy mal perdedor —me burlé de él.

—¡Cuidado Grace, el ciclista! —Damian tiró bruscamente de mí contra su pecho y me salvó de ser atropellada por un ciclista sin cabeza que tecleaba en su teléfono móvil en lugar de prestar atención a su entorno.

Damian me rodeó con sus brazos y, aunque vi al ciclista doblar la siguiente esquina por el rabillo del ojo, no hizo ademán de soltarme.

Cedí a la tentación de olerle y hundí la nariz en su sudadera. Embriagada por su aroma masculino, coloqué las manos en la espalda de Damian y tiré de él para acercarlo más a mí.

Suspiré de placer y sentí cómo Damian se tensaba bajo mi contacto.

—Grace —murmuró con voz ronca, acercándose a mi oído.

—No es una buena idea.

La niebla de mi cabeza se disipó de repente y me apresuré a dar un paso atrás.

—Lo siento —balbuceé, sin tener ni idea de cómo justificar el hecho de que acababa de empujarme con avidez hacia mi jefe.

—Deberíamos volver trotando despacio. —Damian rompió el sofocante silencio que había entre nosotros y empezó a moverse sin volver a mirarme.

Capitolo 14

DAMIAN

TUVE que obligarme a concentrarme en la montaña de expedientes que se amontonaban en mi mesa del despacho. Si esperaba que tener a Grace en mi vida mejoraría mi rendimiento, estaba muy equivocado. Saber que Grace estaba a mi lado pero no poder tocarla me desesperaba. Sobre todo cuando apretaba su delicado cuerpo contra mí y reclamaba claramente atención.

Si no hubiera echado el freno de emergencia en el acto esa mañana, me habría desmayado en medio de Central Park. Follarme a Grace duro y rápido detrás de un árbol en un parque público probablemente no habría sido una idea muy inteligente.

Así que caminé por Nueva York durante media hora con la polla adolorida, intentando no prestar atención a la bailarina sexy que trotaba a mi lado. No quería arriesgarme a cambiar de opinión con sólo mirar su atractivo cuerpo.

En la ducha, puse remedio a mi situación y me sentí como un perverso lascivo al imaginar a Grace duchándose desnuda unas habitaciones más allá.

No podía seguir así.

No creía que una polla pudiera reventar, pero la erección perpetua que llevaba en los pantalones desde que conocí a Grace empezaba a ser aterradora. Empecé a temer que mi mejor pieza quedara dañada para siempre si seguía así.

El único problema era: ¿cómo podía hacer algo al respecto?

No había duda de que a Grace le gustaba mi cuerpo. Se acurrucó contra mí como un gato y suspiró suavemente. El dulce sonido que emitió me produjo un escalofrío.

Así que si me lo proponía, sería capaz de atraerla a mi cama. Gemí de dolor al pensar en Grace en mi cama. No podía pararme a pensar en todas las cosas que podría hacer con ella si quería venir a mi maldita oficina en pantalones de traje limpios.

Empezar una aventura con Grace sellaría mi perdición para siempre. Si no podía sacármela de la cabeza ahora, ¿cómo sería una vez que supiera lo bien que se sentía en realidad? ¿Cuando viera por mí mismo que realmente era tan apretada y húmeda como me la imaginaba? ¿Que sus besos eran tan ardientes como en mis sueños? ¿Y si sus pechos se sentían aún mejor en mis manos de lo que había imaginado?

Sí sabía todo eso con certeza porque lo estaba experimentando con ella en lugar de sólo soñarlo, ¿cómo iba a ser capaz de pensar en otra cosa que no fuera Grace durante un minuto? Tendría que renunciar a mi carrera y mudarme a una isla desierta con Grace para eliminar mis bloqueos hormonales durante todo el día. Calculaba que me llevaría dos años. O cinco. Después de ese tiempo, podría volver a pensar y actuar con cierta normalidad. Por el momento, era completamente inútil como abogado.

Aparte de eso, el anuncio de mi compromiso con Sophie estaba cada día más cerca. Y cuanto más tiempo pasaba con Grace, más me olvidaba del acuerdo. Sin embargo, se cernía sobre mí como una espada de Damocles y temía que destruyera cualquier intento de futuro con Grace.

¿Debía arriesgarme a pesar de todo? ¿Aunque supiera que las posibilidades de un final feliz con Grace eran escasas?

Como abogado, mi mente me decía que mantuviera las manos alejadas de un caso así.

Sin embargo, en lo que respectaba a Grace, mi mente se apagó por completo.

Suspirando y frustrado, salí del edificio a las cinco de la tarde del viernes para recoger a Grace del trabajo.

Una cosa era cierta: me esperaba una larga tarde para superar la carga de trabajo de ese día.
La noche siguiente no sería menos larga.
Una vez más.

GRACE

—Me gustaría un trozo de tarta de plátano con virutas de chocolate.

Una sonrisa se dibujó en mi cara al oír la voz de Damian.

—¿Te apetece algo más?

Envolví cuidadosamente la tarta de plátano en una bolsa de papel y se la entregué a Damian.

—Sí. El servicio, por favor.

—¿Quieres que envuelva esos también? —Me mordí el labio inferior para no reírme a carcajadas.

—No, así está perfecto —contestó Damian, sin que pareciera darse cuenta del impacto de sus palabras.

Me despedí de mi colega y acompañé a Damian a su todoterreno, donde Marvin me saludó amistosamente.

—¿Qué te apetece cenar esta noche? —le pregunté a Damian y me alegré de que el ambiente tenso que había reinado entre nosotros tras el incidente de esa mañana en Central Park pareciera haber desaparecido.

—Me encantaría que me sorprendieras.

—Es viernes por la noche. Seguro que tienes planes. Entonces será mejor que cocine algo que lleve menos tiempo.

Damian negó imperceptiblemente con la cabeza.

—Tengo que trabajar. He tenido muchas cosas que hacer últimamente.

Al instante me invadió el familiar sentimiento de culpa hacia Damian.

—Todo esto es culpa mía. Te he estado retrasando con mis problemas y ahora tienes que trabajar el fin de semana por mi culpa.

—No digas tonterías, Grace. Están pasando muchas cosas en la empresa. No es culpa tuya —me aseguró Damian, pero evitó mirarme.

—No entiendo por qué sigues intentando mentirme. Sabes que puedo ver a través de ti.

—Eso es exactamente lo que temo —murmuró Damian en voz tan baja que no estaba segura de haberle oído.



Después de cenar, entró en su estudio y cerró la puerta tras de sí. Una señal inequívoca de que quería estar solo, o más bien de que no me quería cerca de él.

Inquieta, me quedé e intenté convencerme de que su comportamiento monosilábico no tenía nada que ver conmigo.

Con un éxito moderado.

Lavé los platos y taché algunas cosas de mi lista de *tareas pendientes*. Cuando fui a mi habitación, poco después de las nueve, decidí que era demasiado pronto para irme a dormir.

Sin más preámbulos, cogí mi teléfono móvil, me conecté a mi cuenta de música y me puse a escuchar las numerosas listas de reproducción que había creado a lo largo de los años. Luego me cambié rápidamente de ropa y me dirigí a la terraza de la azotea, mi lugar favorito en este lujoso

ático. Me senté un rato en la tumbona y escuché música mientras intentaba acostumbrarme al hecho de que de repente tenía algo parecido al tiempo libre. Una palabra extraña cuando recordaba los últimos diez años.

En algún momento, me levanté y me puse a bailar al ritmo de la música latinoamericana. Hacía años que no bailaba por diversión. Cuando bailaba, era para practicar mi coreografía para *Deep Desire* o para prepararme para una audición. Había ensayado incansablemente durante dos años para el examen de ingreso en *Giuliard*.

Todo eso parecía un recuerdo lejano mientras volaba sobre los tejados de Nueva York al atardecer, con la música fluyendo por mi cuerpo en cálidas olas.

Capítulo 15

DAMIAN

ERAN POCO MÁS de las diez de la noche cuando subí a la azotea siguiendo los sonidos de la melodía.

Me detuve en la puerta del patio y observé a Grace, ataviada con un elegante vestido, bailando música latinoamericana. Mantenía los ojos cerrados y se entregaba por completo al rápido ritmo, que parecía dominar sin esfuerzo.

Verla bailar me fascinaba y excitaba a partes iguales. La forma en que movía su cuerpo perfecto me hizo darme cuenta de que un baile íntimo con ella en las frescas sábanas de mi cama king-size debía de ser fantástico.

En ese momento, Grace abrió los ojos, me vio y se detuvo en seco. Avergonzada, bajó los ojos y buscó el mando a distancia para apagar la música que sonaba a todo volumen por los altavoces del equipo de música.

Empujé la puerta y me metí las manos en los bolsillos del pantalón. Intenté que no se notara mi excitación.

—No tienes que parar por mi culpa, Grace. No quería molestarte.

—Es tu piso, Damian. Así que nunca me molestas —afirmó con las mejillas enrojecidas.

—¿Qué estabas bailando hace un momento? —pregunté, realmente interesado.

—Salsa, en realidad. Pero es un poco difícil bailar salsa sola.

—¿También sabes bailar tango?

—Sí, me encanta el tango. ¿Por qué lo preguntas? —Me miró sorprendida.

Me reí tímidamente y me pasé los dedos por el pelo.

—Porque es prácticamente el único estilo de baile que sé bailar.

—¿Bailas tango? —Grace levantó las cejas, sorprendida.

—En otra vida. Al menos eso parece. Pasé un año en Argentina en la universidad. Allí lo aprendí. Pero no he tenido ocasión de bailar desde entonces.

—¿Te gustaría intentarlo? ¿Conmigo?

A Grace se le iluminaron los ojos y no había duda de la emoción en su mirada.

Me estaba poniendo a mí mismo en ridículo.

Completamente.

Pero si podía hacerla feliz y ella mantenía ese brillo despreocupado, valía la pena la vergüenza.

—No esperes demasiado de mí y no me maldigas si te piso —bromeé.

—Ah, bueno. Ya lo verás, será genial. Déjame guiarte. El resto caerá por su propio peso.

Grace buscó en su móvil y eligió un tango. Luego activó el altavoz con el mando a distancia y me tendió las manos invitadoramente.

Estaba tan encantado con la mirada de alegría de Grace que pasé por alto un punto importante cuando acepté: bailar juntos significaba tener que tocarla. Es más, significaba inevitablemente estar muy cerca de Grace.

Mientras le estrechaba las manos y mi cuero cabelludo empezaba a hormiguear como loco, me di cuenta de que acababa de cometer un gran error. Pero ya era demasiado tarde para echarme atrás. Yo mismo busqué el calvario que me esperaba.

Una prueba más de que mi mente se aceleraba en presencia de Grace.

—Pon tu mano derecha en mi espalda —me indicó Grace con confianza.

Tuve que obligarme a dejar de mirarla para no perder el ritmo antes del primer paso.

Accedí vacilante a su petición y sentí el calor de su cuerpo bajo el fino vestido que llevaba. Acaricié despreocupadamente con los dedos su suave piel, que el vestido dejaba al descubierto entre sus omóplatos. La piel de gallina que se extendió por su espalda bajo mis dedos me dijo que a Grace parecía gustarle mi inocente contacto.

Apoyé la cabeza contra la suya y reprimí un placentero suspiro cuando su sensual aroma a vainilla y canela llenó mi olfato.

Sorprendentemente, los mil años transcurridos entre mi estancia en Argentina y esta noche en Nueva York parecían no haber afectado a mis habilidades con el tango. Bajo la suave, aunque firme, guía de Grace, los recuerdos volvieron con sorprendente rapidez. Tras veinte minutos de cautelosa exploración, nos encontramos en medio de un apasionado baile en el que Grace me dejó voluntariamente tomar la iniciativa.

Sentía su cuerpo con cada fibra. Era consciente de su proximidad inmediata con cada respiración. Incliné la cabeza y mis labios rozaron su sedoso cabello que ondeaba con la brisa del atardecer. La respiración de Grace era rápida e irregular. Mantenía los ojos cerrados y los labios ligeramente entreabiertos.

Necesité una fuerza inhumana para no rozar su bonita boca con el pulgar y posar mis labios sobre los suyos. Sería tan fácil. Tan condenadamente fácil. Pero desencadenaría una reacción que no podría controlar. Si probaba a Grace, estaría perdido. Era como una droga que sólo se inyecta por las venas una vez, sólo para ser adicto a ella el resto de tu vida. No podía arriesgarme a eso. Demasiado estaba en juego. Por Sophie. Por Grace. Por mí.

Así que no besé a Grace y en su lugar me contenté con dejarla planear sobre mi azotea y acurrucar mi cuerpo contra el suyo en los pasadizos íntimos.

Grace deslizó su pie por mi pantorrilla y abrió los párpados. La mirada anhelante de sus ojos combinada con la erótica escena del baile sacudió mi determinación de no cruzar la línea.

—Gracias —le susurré al oído y rocé su sien con la boca. Reprimí con dificultad un ronco gemido.

—¿Por qué? —susurró Grace con voz ronca.

—Por recordarme una época loca y excitante de mi vida.

Grace giró la cabeza hacia un lado y sus labios casi rozaron los míos. Había una invitación silenciosa en su mirada a besarla.

Lo deseaba.

Me deseaba.

Tragué saliva al darme cuenta de esto, que no me dejaba ninguna duda de que ella también sentía la atracción que había entre nosotros.

Grace me deseaba.

Y yo deseaba a Grace.

¿Debería atreverme? ¿A pesar de todas las consecuencias?

La música se silenció y rompió la magia del momento. Me apresuré a poner la tan necesaria distancia entre nosotros y forcé una sonrisa irónica.

—No podría haber empezado mejor el fin de semana. Era exactamente lo que necesitaba. Gracias, Grace.

—De nada —respondió ella, notablemente agitada—. Debería irme a la cama.

—¿Tienes planes para mañana?

Debería haber reprimido la pregunta, pero antes de que pudiera detenerme, ya la había dicho.

—Eso depende de mi jefe. Lo organizaré en torno a ti.

—Fin de semana significa tiempo libre, Grace. No espero que estés permanentemente disponible el fin de semana.

—Por lo que me pagas, estoy de guardia siete días a la semana, veinticuatro horas al día, Damian —objetó ella.

—Si ese es el caso, entonces dime qué es lo que siempre has querido hacer en Nueva York. ¿Qué harías si el dinero y el tiempo no fueran un problema? ¿Si no trabajaras para mí y Nueva York estuviera abierta para ti?

Grace frunció el ceño.

—¿Es una pregunta trampa?

Sonreí con picardía.

—No seas tan suspicaz. ¿Cuál es tu respuesta?

—De acuerdo, entonces. —Grace se encogió de hombros y frunció los labios—. Llevo desde que llegué a Nueva York queriendo cruzar a pie el puente de Brooklyn y comer algo en el paseo marítimo con vistas al horizonte de Manhattan. También me gustaría cruzar hasta la Estatua de la Libertad.

—Por suerte, ése es exactamente mi plan para mañana. Y como dijiste que estarías a mi disposición las veinticuatro horas del día, espero que me acompañes.

Intenté mantener una expresión seria en mi rostro, pero por supuesto Grace vio a través de mí.

—¿Estás organizando tu fin de semana en torno a mis deseos? No puedes hacer eso.

Sí que podía. Y aunque no debía, quería hacerlo. Más que nada.

—Puedo y quiero, Grace. Así que sugiero que vayamos a la cama ahora para que podamos salir temprano mañana y llegar a *Liberty Island* antes de las multitudes de turistas. O podría comprar todos los asientos del ferry para mañana. Así tendremos la isla para nosotros solos todo el día y podremos dormir hasta tarde.

—Ni se te ocurra —me advirtió Grace indignada—. Los demás también quieren ver la Estatua de la Libertad.

—¿Vienes conmigo? ¿Sí o sí?

—Dada la variedad de respuestas, me resulta extremadamente difícil decidirme —sonrió Grace y aceptó.

La atmósfera cargada desapareció.

Por el momento.

GRACE

Aquella mañana de junio me desperté con un sol radiante que entraba por la ventana y anunciaba un día prometedor. La expectación se mezclaba con el nerviosismo ante la perspectiva de lo que me esperaba ese día.

Por fin tendría la oportunidad de conocer de cerca la ciudad en la que llevaba viviendo casi siete meses. Hasta ese entonces, mis visitas se habían limitado a mi lugar de trabajo, mi piso y el supermercado. El hecho de que fuera a ir a la Estatua de la Libertad y a cruzar el puente de Brooklyn me seguía pareciendo irreal. Igual que el hombre que quería acompañarme en esta aventura.

Damian.

No podía entenderle.

A veces hubiera jurado que se sentía atraído por mí.

Y por otra parte, su comportamiento ambivalente me hacía sospechar exactamente lo contrario.

El recuerdo de nuestro tango juntos me ponía la piel de gallina. Damian era un excelente bailarín de tango, aunque no lo admitiera. Dejarme llevar por él mientras nuestros cuerpos calientes se tocaban una y otra vez y su aliento rozaba mi cara albergaba un erotismo que me hacía estremecer.

El tango es uno de los estilos de baile más eróticos del mundo. En casi ningún otro baile te unes a tu pareja con tanta pasión como en el tango. Era el preludio perfecto para un acto íntimo de amor. O a un ardiente acto de lujuria. Dependiendo del estado de ánimo.

Los estados de ánimo de Damian, sin embargo, me parecían tan opacos como la niebla de una oscura noche de invierno.

Sus manos recorrieron mi cuerpo. Me acarició. Sus labios me rozaron. Sus jadeos excitados alimentaron mi libido.

Y, sin embargo, no respondió a mi oferta inequívoca de besarme.

Una y otra vez.

Racionalmente hablando, debería estarle agradecida por ello. Después de todo, Damian era mi jefe y yo debía mantener una relación profesional con él.

Por desgracia, no había nada racional en mis sentimientos en presencia de Damian.

¿Era censurable que imaginara a mi jefe entre mis muslos? ¿Que deseara que se zambullera dentro de mí y me clavara a la pared con sus embestidas tan intensamente como lo hacía constantemente con su mirada anhelante?

No recordaba la última vez que tuve sexo. Simplemente no tuve tiempo en los últimos años. No había habido un hombre en mi vida que me hiciera querer cambiar eso.

Hasta que conocí a Damian.

Noté su inabordable dominancia la primera vez que lo vi en el escenario esa noche. El hecho de que detrás de su cuerpo bien entrenado y su expresión retraída, que tanto me atraían, hubiera un hombre inteligente y cariñoso lo hacía aún más atractivo.

Deseaba a Damian. Quería sentir su virilidad. Oír sus gemidos. Saborear sus besos. Pero si el último punto de mi lista de deseos estaba resultando casi imposible, había pocas esperanzas para algo más allá de eso.



Después de una ducha tonificante para enjuagar mis lúgubres pensamientos, me puse los vaqueros y la camisa, me hice una trenza apresuradamente y cogí el bolso.

Damian estaba apoyado en el gran marco de la ventana del salón, bebiendo un café, ensimismado.

Resistí la tentación de acercarme sigilosamente y rodearle con mis brazos. En lugar de eso, me aclaré la garganta y me puse a su lado a una distancia prudencial.

—Buenos días, Grace —sonrió, y las líneas de preocupación que habían estado tan presentes en su rostro hacía un momento desaparecieron.

—¿Estás bien?

—Por supuesto —afirmó.

—No me lo vas a contar, ¿verdad?

—¿Contarte qué? —Damian fingió ignorancia.

—Lo que te preocupa.

—No me pasa nada, Grace. Estoy deseando pasar un día soleado al aire libre contigo. Desayunemos y pongámonos en marcha.

Capítulo 16

DAMIAN

A PESAR de lo temprano que era, *Battery Park* ya bullía de gente. Grace insistió en hacer cola como todo el mundo para comprar un billete para cruzar a *Liberty Island*. Podría habernos transportado a la isla en lancha rápida con una llamada telefónica. Pero cedí a su deseo de normalidad y aproveché el tiempo de espera para entablar conversación con Grace.

—Si no recuerdo mal, ¿te mudaste a Nueva York hace unos seis meses?

Grace asintió.

—Así es.

—¿Qué hacías antes de eso?

—Nada en especial —me evadió.

—Por cómo lo dices, ¿no quieres entrar en detalles?

—Mi vida carece totalmente de interés, Damian. No hay mucho que contar y no quiero aburrirte.

—No puedes. A mí me van las vidas totalmente carentes de interés y me muero por saber más.

Grace hizo una mueca.

—Muy bien, entonces. Trabajé en un bar y restaurante en la ciudad de la que soy durante el instituto. Después de graduarme del instituto, empecé a trabajar allí a tiempo completo.

—¿De dónde eres?

—De Foxhill. Un pequeño pueblo de Pensilvania.

—¿Y por qué decidiste darle la espalda a Foxhill y mudarte a Nueva York?

Grace apretó los labios y miró la Estatua de la Libertad, entronizada a cierta distancia, en *Liberty Island*.

—Eso no es importante. Hablemos de ti. ¿Eres neoyorquino de nacimiento?

El brusco cambio de tema me llamó la atención, pero sabía que no tenía sentido seguir indagando con la testaruda Grace. No me diría el motivo de su traslado. Al menos no aquí y ahora.

—Soy de Vermont y me mudé a Nueva York hace quince años para estudiar.

—¿Y decidiste quedarte aquí después de graduarte?

—Jameson, Landon y yo abrimos el bufete después de graduarnos, con algunas paradas entre medias. Nueva York parecía el lugar adecuado. Hace ya ocho años de eso.

—¿Hay alguna mujer en tu vida?

Exhalé audiblemente ante esta pregunta.

—¡Lo siento! Eso ha sido terriblemente indiscreto y no es asunto mío. Por favor, olvídalo — se apresuró a decir Grace y se sonrojó.

Luché conmigo mismo. Por un lado, ella merecía saber que había una mujer en mi vida, aunque no en el sentido convencional. Por otro lado, prefería que Grace no se enterara del trato con Sophie. Me parecía mal. Todo el maldito trato me parecía mal desde que conocí a Grace. Pero no importaba cómo lo torciera, no habría nada que pudiera hacer al respecto.

—¿Damian? ¿Vienes?

Grace agitó los billetes delante de mi cara y me enfadé por haber estado tan ensimismado ella que pagó.



Durante la travesía, Grace se colocó en la proa del ferry y dejó que el viento le agitara el pelo. Contemplaba asombrada la Estatua de la Libertad, cada vez más cerca.

—Qué pena que ya no se pueda subir a la corona. Debe de haber una vista fantástica desde allí, por no mencionar el hecho de que entonces podría afirmar que he estado de pie en la corona de Libertas. Es decir: ¿Quién puede presumir de eso? —balbuceó Grace alegremente.

—Da la casualidad de que he conseguido dos de los codiciados billetes de visita que nos permitirán subir a la corona —comenté con ligereza, reprimiendo una sonrisa.

—¿Qué? —gritó Grace y se tapó la boca con las manos—. ¿Cómo lo has conseguido? Sólo hay veinte entradas al día para ese tour y es casi imposible conseguirlas.

—Tú lo has dicho: *casi* imposible. Pero no completamente imposible.

Saqué las entradas que compré la noche anterior a través de un amigo que me debía un favor.

Grace corrió hacia mí, jubilosa y exuberante, y me dio un fuerte abrazo.

Instintivamente la rodeé con mis brazos y la abracé con fuerza mientras el ferry recorría los últimos metros hasta la isla.

Incluso cuando el ferry atracó y los turistas bajaron del barco, Grace y yo nos abrazamos con fuerza, saboreando el calor que irradiaban nuestros cuerpos.

—Si no quieres volver directamente, deberíamos bajar pronto del barco —le susurré al oído con voz ronca.

Grace se separó de mí y me miró con los ojos muy abiertos, como si apenas pudiera creer su propia reacción.

Le acaricié suavemente la mejilla, haciendo que cerrara los ojos y se acurrucara contra mi mano.

—Nos iremos dentro de un minuto. Si todavía quieren bajar, háganlo ahora —dijo la voz molesta de un miembro de la tripulación.

—Ya vamos —respondí y cogí a Grace de la mano para desembarcar.

GRACE

Me coloqué junto a Damian en la corona de la Estatua de la Libertad y disfruté de una vista que muy pocos pueden disfrutar. Nuestros dedos se entrelazaron por casualidad mientras contemplábamos la ciudad de las oportunidades.

No sabía qué había entre nosotros. Pero sí que estaba saboreando cada segundo. Y sabía que quería más. Mucho más.

Mientras descendíamos los estrechos y sinuosos peldaños de la retorcida escalera, miré atrás una vez más y deseé que el tiempo pudiera detenerse para prolongar los pocos momentos de felicidad perfecta en la vida. Pero tal vez la constatación de que estas experiencias eran finitas fue exactamente lo que hizo que el pequeño momento fuera tan perfecto.



Durante el viaje de vuelta, me apoyé en la barandilla de popa y observé a Libertas, cada vez más pequeña.

—Estás muy triste. Y el día no ha hecho más que empezar.

Damian estaba a mi lado, relajado. Mechones sueltos de pelo negro soplaban con el viento y volaban hacia su llamativo rostro.

Apreté las manos para evitar tocarlos.

—¿Qué es lo siguiente en el programa? —pregunté en su lugar, para desviar mi concentración hacia algo que no fuera la melena salvaje de Damian, que se sentiría tan prohibidamente celestial bajo mis manos.

—¿Qué te parece si pasamos por los muelles hasta el puente de *Brooklyn* y cruzamos? Conozco un bonito lugar en el paseo marítimo donde podemos almorzar.

—Suenas como un buen plan —sonreí, tirando de Damian fuera del ferry conmigo mientras atracaba en la terminal.



El puente de *Brooklyn* es uno de los puentes colgantes más antiguos de Estados Unidos y fue el más largo del mundo cuando se construyó en 1883.

Con sus 1.833 metros, une los distritos de Manhattan y Brooklyn a través del *East River* y ofrece una excelente vista de las dos partes contrastadas de la ciudad de Nueva York.

Los rayos del sol bañaban el puente de un color marrón dorado y la bandera estadounidense de los imponentes arcos ondeaba bajo el cielo azul.

A derecha e izquierda por debajo de nosotros, los coches cruzaban el puente a toda velocidad. En el centro estaba el paso para peatones y ciclistas, muy transitado a esa hora del día.

—¿Sabías que al principio había que pagar peaje para cruzar el puente? Se utilizó para financiar su construcción, que costó casi veinte millones de dólares. Eso era mucho dinero en

aquella época.

—¿En aquella época? —Me reí entre dientes—. Para algunos, veinte millones de dólares sigue siendo mucho dinero hoy en día.

Damian me guiñó un ojo.

—Por aquel entonces, tenías que pagar un céntimo como peatón para cruzar el puente.

—Eres una enciclopedia andante —me burlé de él—. Por desgracia, no puedo decir lo mismo.

—Pero tú sabes otras cosas que yo no —contraatacó Damian.

—Veamos —reflexioné—. ¿Sabías que en agosto de 2015, el entonces niño de tres años James Tufts asumió la alcaldía del pueblo de Dorset, en Minnesota? El alcalde fue elegido mediante un sorteo para el que se podía comprar un boleto por un dólar.

Damian sonrió.

—La verdad es que no lo sabía, no.

—¿Qué te parece esto? Cuando los koalas están estresados, les da hipo.

—No puede ser —se rio Damian.

—¿Quieres apostar?

—Por supuesto. ¿Qué apostamos?

—Hmmm... el ganador se lleva un deseo. No importa cuál.

—Suena arriesgado —intervino Damian juguetonamente.

—Si estás convencido de que no es verdad, no tienes nada que temer. Así que sólo puedes ganar —le tenté y le tendí la mano.

—Tienes razón. Estoy de acuerdo —respondió Damian y la cogió, provocándome un cosquilleo electrizante en la palma de la mano.

Capítulo 17

DAMIAN

DESPUÉS DE ANDAR por el paseo marítimo de Brooklyn, nos compré a Grace y a mí un helado, que nos comimos en un banco con vistas a Manhattan enfrente. El sol se reflejaba en los rascacielos, dándoles un brillo plateado. Una señal de que la tarde había comenzado. Después de un largo almuerzo, llamé a Marvin, que nos llevó a mi piso.

—Gracias por un día tan bonito. —Grace se apoyó en la puerta de su habitación y me regaló aquella deslumbrante sonrisa suya que siempre me partía de risa.

—No hay de qué. Siento tener que trabajar esta tarde. Si necesitas algo, estaré en mi estudio.

—No tienes que disculparte conmigo, Damian. Yo trabajo para ti, no al revés. ¿Lo has olvidado?

—Me lo recuerdas a menudo.

—¿Cuál es el caso en el que estás trabajando? —Grace puso cara de curiosidad.

—Se trata de una familia que ya no puede permitirse el piso en el que lleva viviendo cuarenta años después de un aumento desorbitado del alquiler, así que se han quedado en la calle.

Sacudió la cabeza, irritada.

—Es terrible. Pero, ¿cómo puede permitirse esta familia un abogado tan caro como tú?

—Hago trabajo pro bono aparte, para gente que no puede permitirse un abogado.

—¿Eso significa que no les sacas dinero?

—Exacto.

Abrió su bonita boca, pero volvió a cerrarla sin decir nada y me miró incrédula.

—¿Qué?

—Lo dices como si fuera lo más natural del mundo ayudar a otras personas y salir con las manos vacías.

—Quizás porque eso es exactamente lo que es: natural —respondí encogiéndome de hombros.

Grace dio un paso rápido hacia mí y se puso de puntillas para darme un beso rápido en la mejilla.

La miré desconcertada y traté de seguir respirando con calma.

—Eres muy buena persona, Damian Knight. Ahora vete y gana el caso. Yo haré algo útil en el piso mientras tanto.



Mientras cerraba el expediente del caso a las ocho en punto, mi estómago gruñó ante el delicioso aroma a enchilada que llegaba a mi estudio desde la cocina.

Grace jugueteaba con el horno y colocó la bandeja humeante frente a mí.

—Si sabe tan bien como huele, puede que te vayas a la cama con las manos vacías —le advertí—. La buena comida es donde termina el socialismo para mí.

—Si te lo comes todo tú solo, tendré que llevarte en silla de ruedas a tu estudio —bromeó Grace, apartándose un mechón de pelo de la cara.

—Menos mal que no. He terminado por hoy.

Grace ladeó la cabeza y me miró en silencio. Parecía estar tramando algo.

—¿Tienes planes para hoy sábado por la noche? —preguntó con indiferencia.

Ella era demasiado para mí.

—¿Tomar una copa de vino en la azotea y leer un libro? —dije, omitiendo hábilmente la parte en la que intentaría ahogar en alcohol mi anhelo por Grace una noche más.

—Aburrido —comentó Grace.

—¿Tienes un plan mejor? Soy todo oídos.

Un brillo travieso brilló en los ojos de Grace, lo que no presagiaba nada bueno.

—¿Por qué no buscas en Google nuestra apuesta koala para que podamos ver quién ganó?

—A juzgar por tu sonrisa diabólica, estás muy segura de ti misma.

—Completamente segura —me confirmó.

Saqué el móvil del bolsillo y escribí: “¿*Los koalas tienen hipo cuando están nerviosos?*”.

Grace chilló de alegría y aplaudió cuando los resultados aparecieron en la pantalla, otorgándole la victoria de la apuesta.

—Parece que se ha cumplido tu deseo —admití a regañadientes.

—¡Y ya sé lo que quiero! —anunció entusiasmada.

—¿Por qué creo que no quiero saberlo?

—Vamos a un bar de tango. Que yo sepa, hay dos o tres sitios decentes en Manhattan. Buena música, bebidas aún mejores y mucho tango.

—¿Qué? ¿Quieres ir allí esta noche? ¿Conmigo?

Grace asintió con entusiasmo.

Quería pasar la noche del sábado conmigo. Un sentimiento de calidez me inundó al saberlo. Pero al mismo tiempo, un escalofrío me recorrió al pensar que volvería a estar tan cerca de Grace en el baile.

Probablemente no podría librarme de esa. Después de todo, una promesa era una promesa.

—Muy bien, entonces. Como soy un justo perdedor, iré contigo, aunque pueda avergonzarte con mis miserables habilidades en el tango.

Grace saltó de alegría y volvió a contagiarme su animada risa.

—¿Todavía puedo comer o tenemos que irnos directamente? —me burlé.

—Come todo lo que puedas para que tengas energía suficiente para bailar toda la noche —chistó alegremente Grace y puso una generosa porción de enchiladas en mi plato.

GRACE

Eran poco más de las diez cuando entramos en el bar de tango, donde el ambiente ya estaba caldeado.

Damian iba vestido completamente de negro, mientras que yo llevaba un vestido rojo fuego que combinaban con mis zapatos. Estaba como para comérselo con su atuendo, que era a la vez informal y elegante. Las otras mujeres del bar obviamente pensaban lo mismo, porque mientras él pedía nuestras bebidas en la barra, una latina picante se le acercó con una mirada coqueta en los ojos.

Damian se rio de algo que dijo, lo que me produjo una desagradable punzada en el pecho.

Sin más preámbulos, me acerqué a los dos y rodeé la cintura de Damian con mis brazos.

—¿Cuánto vas a tardar, cariño? Tengo mucha sed —dije, y dirigí a la latina una mirada gélida. Entendió la indirecta y se fue.

Por suerte para ella.

—¿Cariño? —Damian sonrió y me alcanzó mi bebida.

—No quiero decirle adiós a mi pareja de baile antes del primer tango —me quejé—. Eso es todo.

Por supuesto, eso no era todo. Tampoco quería despedir a Damian después del último baile. No quería renunciar a él en absoluto. A nadie. Pero él no necesitaba saber eso.

—Por una gran noche. —Levanté mi copa y la chocó con la suya.



Después de otro cóctel, tiré de Damian hacia la pista de baile y me estremecí cuando me puso la mano en la espalda y me atrajo hacia él. Me encantaba que me tocara. Y aún más cuando lo hacía mientras bailaba conmigo. No había nada más atractivo para mí que un hombre seguro de sí mismo que me guiara con seguridad y destreza por la pista de baile.

Damian era un espécimen extremadamente talentoso que además era prohibitivamente guapo, poseía una enorme inteligencia y un gran corazón.

No podía recordar la última vez que me había sentido tan viva y feliz en mi vida como cuando estaba con Damian.

Lo único que faltaba para perfeccionar mi felicidad en aquel momento eran los tentadores labios de Damian sobre los míos.

Pasamos las siguientes horas dando vueltas por la pista de baile hasta que nos quedamos sin aliento y pedimos un refresco en el bar. Entonces repetimos el juego. Una y otra vez.

Llegó un momento en que mis pies ya no podían más. Todo me daba vueltas. Estaba claro que nos habíamos pasado con las copas. Agotada, me dejé caer en una de las sillas alejadas de la pista de baile.

Damian se sentó frente a mí y me puso el pie derecho sobre la rodilla para quitarme el zapato de tacón y masajearme el maltrecho pie.

Exhalé un silbido bajo la presión de su hábil tacto.

—¿Demasiado duro? —Damian me miró con los párpados bajos.

—Perfecto. —Respiré y cerré los ojos para entregarme por completo a las manos de Damian.

Al cabo de un rato, repitió el procedimiento en mi pie izquierdo y no pude reprimir un gemido de placer.

Su mano se separó de mi pie y sus dedos rozaron delicadamente mi tobillo, subieron por mi pantorrilla y se dirigieron hacia mi muslo.

Eché la cabeza hacia atrás y abrí los muslos a los dedos de Damian.

—Grace —murmuró con voz ronca e hizo una pausa.

Abrí los ojos, frustrada.

Ya era suficiente. Basta de juegos.

No le dejaría salirse con la suya esta vez.

Esa noche no.

Decidida, me levanté y me subí a su regazo.

—Grace... no hagas esto —suplicó Damian, pero sus ojos lo traicionaron.

El fuego que ardía en ellos hablaba un lenguaje diferente e inconfundible.

Me deseaba. Y yo le deseaba a él.

Puse el dedo índice sobre sus labios y me incliné hacia delante para acortar los centímetros que separaban nuestras bocas.

Capitolo 18

DAMIAN

SE ME ACELERÓ el pulso cuando Grace se sentó en mi regazo y me puso el dedo índice en los labios para sofocar mi protesta a medias.

Estar tan cerca de ella mientras bailaba casi me vuelve loco. El nivel de alcohol, en constante aumento, no hacía sino intensificar el deseo irrefrenable que sentía por aquella bailarina de ensueño. Dios, la deseaba tanto que perdí todo el control de mi mente.

Sabía cuáles serían las consecuencias de una aventura con Grace. Era consciente de ello. Clara y distintamente. Sin embargo, ya no podía mantenerme firme.

Cuando sus suaves labios se apretaron contra los míos, mi polla se crispó tan dolorosamente que cerré las manos en puños.

—Bésame —exigió Grace contra mis labios, suplicando la entrada con su lengua.

Hundí las manos en su sedoso pelo y le metí la lengua en la boca con avidez. A cada segundo que pasaba, mi lujuria aumentaba más allá de lo que había sentido nunca. Estaba a punto de correrme sobre ella. En medio de un bar público. Sólo hacía falta una gota más para romper la barrera.

El dulce suspiro de Grace me hizo sacar bruscamente el móvil del bolsillo y pulsar el botón de marcación rápida. Me separé de ella con mis últimas fuerzas.

—¿Estás al teléfono? ¿Ahora? —Grace me miró horrorizada.

—¿Marvin? Ven a recogernos. Ahora mismo —le indiqué bruscamente a mi chófer y colgué.

—Vamos —me levanté con Grace en el regazo y la dejé en el suelo. Luego agarré sus zapatos y la saqué descalza del bar detrás de mí.

—¡Damián! ¿Qué...?

Ella no llegó más lejos. Porque la empujé al callejón que había junto al bar y la besé tan fuerte que nuestros dientes se encontraron.

—Última oportunidad de parar, nena —dije, respirando agitadamente contra sus labios—. Si sigo ahora, no podré parar.

—Hazlo —susurró Grace, frotándose tentadoramente contra mí—. ¡Hazlo ya!

La agarré por la cintura y la empujé contra la fría pared. Grace me rodeó el cuello con los brazos y me besó ferozmente. Me abrí los pantalones con una mano y rasgué las bragas de Grace en un intento poco entusiasta de apartarlas.

Grace gimió excitada en mi boca, suplicando que la penetrara y la tomara. Sus gemidos suplicantes aumentaron mi deseo desmesuradamente. Me olvidé de todo lo que me rodeaba mientras levantaba los muslos de Grace y me colocaba en posición para sumergirme en su húmedo coño.

El insistente timbre del móvil me hizo estremecer y me recordó lo que estaba a punto de hacer.

Solté a Grace y retrocedí consternado.

—¡Joder! —gemí y me pasé una mano furiosa por la cara.

Casi me follo a Grace como un animal salvaje contra la pared helada de un callejón oscuro. Y sin usar ningún anticonceptivo. Me habría encantado noquearme a mí mismo por ese pésimo comportamiento.

—Lo siento mucho, Grace. Soy un maldito idiota.

Grace se acercó a mí y cruzó los brazos delante del pecho con frustración.

—Realmente lo eres. Porque sólo un completo idiota pondría primero a una mujer indeciblemente caliente y luego la dejaría insatisfecha.

—No mereces hacerlo aquí. —Incliné la cabeza hacia el callejón destartalado y cerré los ojos un momento.

—Normalmente, cuando tengo sexo, no me importa dónde lo hago. Lo único que importa es cómo y con quién lo hago. Y eso se sintió muy bien contigo. Así que sólo puedo esperar que recuerdes exactamente dónde lo dejamos cuando lleguemos a tu piso, Damian Knight.

Me fascinaba la Grace salvaje y furiosa que exigía de forma tan dominante su derecho a un sexo satisfactorio. ¿Quién habría pensado que la por lo demás tímida y delicada Grace tenía un lado tan maravillosamente impaciente y apasionado?

Esa mujer tenía muchas facetas. Y me encantaban cada una de ellas.

—Vámonos para que por fin pueda darte lo que necesitas tan desesperadamente.

Agarré a Grace de la mano y tiré de ella conmigo hasta el coche, que estaba aparcado a unos metros, junto al bordillo.

GRACE

No nos miramos mientras conducimos, por miedo a volver a caer rendidos.

Después de lo que me pareció una eternidad, entré en el edificio junto a Damian, temblando de expectación, mientras esperábamos el ascensor que nos llevaría al ático.

—Damian me murmuró al oído y me empujó hacia el ascensor, cuyas puertas acababan de abrirse.

—Averigüémoslo —susurré humedeciéndome los labios, hinchados por los besos.

Cuando las puertas se cerraron tras nosotros, Damian me empujó impetuosamente contra la fría pared de acero.

—¿Dónde estábamos? —murmuró contra mi oreja y la mordió.

—Me rompiste las bragas y querías follarme, creo.

—¿Eso es lo que quería?

—Sí, eso querías.

—Y ahora ya no hay bragas que me lo impidan —la voz áspera de Damian me produjo un escalofrío.

Cuando oí el susurro de su cremallera y el crujido del envoltorio del preservativo, me retorcí impaciente debajo de él.

—¿Quieres que te penetre en el ascensor o esperamos a llegar al piso?

—Ahora —dije entrecortadamente y grité de sorpresa cuando me agarró y me levantó. Abrí las piernas de buena gana y me agarré a sus fuertes hombros.

Damian respiraba entrecortadamente mientras me penetraba centímetro a centímetro. Apretó los dientes y gimió agónicamente en mi boca. Yo hice lo mismo. Ser ensanchada por él era insoportablemente bueno.

—Nena, estás tan jodidamente apretada. No quiero hacerte daño.

—No lo haces. Te deseo. Ahora —jadeé.

Sus ojos se oscurecieron ante mi petición y empezó a empujarme con más fuerza. La polla de Damian me llenó por completo, enviándome nubes de algodón rosa con cada embestida.

El pitido del ascensor nos indicó que habíamos llegado al piso de Damian. Me sacó del ascensor sin soltarme y me empujó contra la pared de la entrada. Su boca encontró la mía y, mientras me besaba hambriento, me penetró cada vez más deprisa. Me pareció que había pasado un segundo antes de que el orgasmo estallara sobre mí como una tormenta de verano y gritara el nombre de Damian en voz alta.

—Ya terminaste —sonrió Damian, que estuvo observando mi clímax con mirada ferviente.

—Y no he hecho más que empezar.

Entró en su dormitorio conmigo en brazos y me colocó frente a la cama. Desabrochó lentamente la cremallera de mi vestido y me lo quitó de los hombros. Cayó al suelo con un crujido. Luego, con un hábil apretón, dirigió su atención a mi sujetador, liberándome también de él.

Estaba ante él completamente desnuda y expuesta. Damian retrocedió un paso y escrutó mis pechos, cuyos pezones se endurecieron bajo su mirada. Inspiró bruscamente y dejó que su mano izquierda se deslizara con fruición por su polla erecta.

—Te necesito, Damian. —Mis labios formaron la súplica casi insonora.

Un temblor recorrió mi cuerpo cuando la mirada nublada de Damian se encontró con la mía.

Reverentemente, se arrodilló frente a mí para acariciarme los pezones con la lengua mientras colocaba las manos en mi trasero y me sujetaba con fuerza. Me agarré desesperadamente a su pelo e intenté reprimir el nuevo orgasmo que se estaba formando al ver a Damian complaciéndome los pechos con devoción.

No quería que pasara tan rápido.

Quería retrasarlo. Minutos. Horas. Días.

—Quítate la ropa, Damian. Quiero sentirte encima de mí —le supliqué—. Por favor.

Damian se enderezó de mala gana, refunfuñando, y se quitó la ropa con rápidos movimientos, dejando al descubierto un cuerpo bien entrenado e infernalmente atractivo.

Pasé las yemas de los dedos admirando su pecho musculoso y su estómago de acero. La necesidad de volver a sentirlo dentro se apoderó de mí. Tentada, tiré de él hacia la cama y le abrí voluntariamente las piernas.

Damian penetró mi caliente y húmedo coño con un firme empujón y ahogó mi grito de placer con un beso que me hizo ver las estrellas.

Sus manos encontraron las mías y las deslizó sobre mi cabeza, donde entrelazó nuestros dedos mientras seguía besándome sin cesar, clavándome su polla. Lo envolví con mis piernas y lo impulsé más rápido con mis talones como un semental salvaje.

—Más, Damian —le pedí con voz ronca—. Deja de contenerte. Dámelo todo.

Damian gruñó extasiado y me dio lo que tanto ansiaba.

—Eres mi perdición, bailarina de ensueño —murmuró y bajó su boca caliente hasta mi cuello.

Sus embestidas se hicieron cada vez más animales, mezclándose con sus jadeos tensos y arrastrándose como un remolino en el océano, en medio de una tormenta impredecible.

Mis músculos pélvicos se contrajeron ante la inminencia del orgasmo, ordeñando la palpitante virilidad de Damian y provocando que me siguiera con un grito espeluznante.

Capítulo 19

DAMIAN

CUANDO DESPERTÉ del coma en el que estuve sumido las últimas horas, miré el reloj, que me informó que era primera hora de la tarde.

Grace dormía en mis brazos, con la mano sobre mi pecho desnudo. Respiraba tranquilamente y parecía tan graciosa como un frágil elfo dormido. Puse con cuidado mi mano sobre la suya. Sentía la necesidad de sentirla, pero no quería despertarla después de apenas haberle dado un respiro la noche anterior.

Todo mi deseo reprimido por Grace se había liberado la noche anterior. Como en un frenesí, me abalancé sobre ella. Pero en lugar de que mi deseo disminuyera con cada orgasmo catártico, aumentaba con una velocidad aterradora.

Grace era una droga imprevisiblemente peligrosa. La adicción que se apoderó de mí desde el primer beso era absolutamente letal y sabía que era imposible volver a dejarla. No sobreviviría al síndrome de abstinencia. Después de probar a Grace, cualquier otra droga, cualquier cura, cualquier remedio sería completamente ineficaz.

Perdido en mis pensamientos, bajé la nariz hacia el sedoso cabello de Grace e inhalé su inconfundible aroma a vainilla y canela, que se mezclaba con el aroma de la lujuria satisfecha.

No tenía ni idea de qué hacer a continuación. Lo que era seguro era que, después de aquella noche increíble, no podía pasar otra noche sin Grace. Saber que ella dormía a sólo unas habitaciones de mí no me dejaría descansar nunca más.

Lo que tanto temí se hizo realidad: necesitaba a Grace como el aire que respiraba.

Mi esperanza de que una noche con Grace me la sacaría por fin de la cabeza y del corazón se desvaneció en el momento en que entré en su apretado coño, que me acogió tan caliente y húmedo que me olvidé del mundo que me rodeaba.

Todo en Grace era perfecto, hecho a mi medida. Para mí y para nadie más en este planeta.

Quería poseer a esa mujer. Con piel y pelo. Quería mostrar al mundo entero la mujer hermosa, fuerte, llena de humor y gracia que tenía a mi lado. Marcar mi territorio. Marcar los límites para los demás hombres. Construir muros de hormigón alrededor de Grace para que ningún otro hombre pudiera siquiera acercarse a ella.

Grace debía pertenecerme y quería que todos lo supieran.

Desafortunadamente, ese deseo permanecería para siempre incumplido.

Porque nadie más que Sophie, Landon y Jameson podría saber de Grace. Grace tenía que ser una mujer sombra. Pero temía que eso no fuera suficiente para ella. Temía que eso no fuera suficiente para mí. Y temía que esa misma situación acabara inevitablemente en una enorme catástrofe, que sólo podría evitar poniendo fin a esto inmediatamente y manteniendo a Grace a raya.

Una rápida mirada a la durmiente bailarina de los sueños bastó para asegurarme de que ya era demasiado tarde para eso. No podría escapar de Grace aunque quisiera. Era sencillamente imposible apartar a esa mujer de mí y dejarla marchar.

Así que saborearía cada segundo con ella y esperaría que se me ocurriera algo para evitar a tiempo el caos que se avecinaba.

Grace se tumbó a mi lado y abrió los ojos con sueño. Cuando sus ojos paradisiacos me vieron, una sonrisa se dibujó en su rostro.



—Buenos días.

—Más bien buenas tardes, princesa del tango —susurré y le acaricié suavemente la mejilla.

—¿Tan tarde es? —Grace ahogó un bostezo y se acurrucó contra mi pecho—. ¿Tan tarde nos hemos dormido?

—Si no me equivoco, ya había luz fuera cuando nos dormimos —respondí, sacudiendo la cabeza al recordar cómo empujé a Grace hasta el punto de la inconsciencia la noche anterior. Y ella a mí.

—¿Qué vamos a hacer con este nuevo día? —preguntó inocentemente, dejando que su mano se paseara bajo el edredón hasta mi polla, que se agitaba excitada para recibirla.

—¿Qué te gustaría hacer? —respondí sin aliento mientras sus dedos rodeaban mi palpitante miembro del placer.

—Me gustaría cuidarte bien —susurró prometedora y empezó a deslizar su mano por mi virilidad—. Después podrías devolverme el favor. Y luego podríamos volver a hacerlo.

—Eso suena razonable y justo —gemí roncamente, enamorándome una vez más de esta increíble mujer.

GRACE

Caminé sobre el aire durante los días siguientes. Antes de que Damian se fuera a trabajar por la mañana, exigía su derecho a atención. Ya fuera en la ducha, en el sofá o junto a la cafetera: Damian no sabía parar. Su deseo de liberación parecía insaciable y saber que yo era quien podía dársela me llenaba de excitación.

Cuando llegaba a casa por la noche, me atraía hacia él sin reparos y me tomaba con tanta desesperación, como si temiera que fuera la última vez que estuviera conmigo. Pero yo no tenía intención de irme. Al contrario. Saboreaba cada segundo que pasaba con él. Mi cuerpo y mi alma lo ansiaban como si fuera mi elixir de vida.

Cuando terminé mi último turno en la cafetería aquel viernes por la tarde, Damian entró por la puerta principal para recogerme. En los últimos días, insistí en viajar en metro porque no quería que saliera de la oficina tan temprano y descuidara su trabajo por mi culpa. Pero ese día no perdió la oportunidad de recogerme en persona.

Me despedí de mis compañeros y me comprometí a tomar un café con ellos de vez en cuando. Luego seguí a Damian fuera y dejé que me abrazara en el coche.

—Te he echado de menos, nena —me susurró en el pelo y puso su mano posesivamente en mi muslo, mientras con la otra dirigía el todoterreno que hoy conducía él mismo—. En realidad, quería celebrar tu último día de trabajo contigo a solas. Pero por desgracia Jameson y Landon me han obligado e insisten en que salga con ellos esta noche.

—No hay problema. De todas formas, tengo que ocuparme de unos asuntos burocráticos, expliqué, intentando que no se notara mi decepción.

—¿Cuáles son esos asuntos burocráticos?

—Nada del otro mundo. Unas cuantas facturas y transferencias bancarias —dije y esperé que Damian no siguiera indagando.

Según lo acordado, me transfirió el sueldo de los seis primeros meses de una sola vez, lo que me permitió pagar las sesiones de fisioterapia de mi padre. Aún me sentía culpable al pensar en la horrenda suma que Damian me pagaba.

Pero ahora que podía concentrarme plenamente en mi trabajo con él, haría todo lo posible por corresponder a su generosidad y serle útil. Aunque Damian no me lo pusiera fácil.

Se enteró de que le pedí a los limpiadores que me dejaran la limpieza a mí y me pilló lavando y planchando sus camisas en lugar de llevarlas a la tintorería. Esto desencadenó una acalorada discusión sobre cuáles eran mis responsabilidades y acabó con un enfadado Damian arrastrándome a su cama y follándome ampliamente por mi terquedad. No pude evitar sonreír al recordar nuestra discusión y el desenfrenado sexo de reconciliación que siguió. Debería provocar a Damian más a menudo.

—¿Estás de acuerdo? —Damian me lanzó una mirada suplicante.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—¿Dónde están tus pensamientos, Grace? —Enarcó las cejas con preocupación y me miró con escepticismo.

—Estaba pensando en nuestra discusión —tragué saliva cuando la mirada de Damian pasó del escepticismo a una oscura pasión—. Y en lo que hicimos después.

—¿Quieres hacerlo otra vez, nena? —susurró Damian, pasando su mano por mi muslo.

—Sí —respiré, apretando las piernas con excitación.

—Esta noche —prometió, dedicándome una sonrisa diabólica—. Pero primero tengo que hacer esta teleconferencia antes de reunirnos con Jameson y Landon. Luego nos largaremos a la primera oportunidad y continuaremos donde lo dejamos después de nuestra discusión, ¿de acuerdo?

—¡Espera un momento! ¿Quieres que salga contigo y tus amigos?

Damian asintió.

—Sí. Les he dicho que sólo iré si tú lo haces.

—Eso no es posible —protesté—. Sólo arruinaré vuestra noche de chicos.

—No te preocupes. No es una noche de chicos tradicional.

—¿Entonces qué es?

—No es importante, Grace. Lo único que importa es que estés allí.

—¿Tus amigos saben de mí?

—Saben que trabajas para mí y que me gustas mucho.

—¿Te gusto? —Le guiñé un ojo a Damian y solté una risita.

—Mucho más que eso, Grace —suspiró, agarrando con más fuerza el volante.

Capitulo 20

DAMIAN

TODA LA SEMANA ESTUVE IGUAL: apenas podía esperar a llegar a casa. La perspectiva de que Grace me esperara allí, entregándose a mí tan ansiosamente como yo la deseaba a ella, me hizo volar a través de mis archivos en un tiempo récord. Incluso en el juzgado, me impulsaba el deseo de volver con Grace lo antes posible. Por supuesto, esto no pasó desapercibido para Landon y Jameson, que me interrogaban constantemente sobre mi repentina motivación.

A pesar de sus descaradas preguntas, me mantuve firme. Pero cuando entré en el pub que eligieron para la celebración de esa noche con Grace, sus grandes sonrisas me dijeron que sabían exactamente lo que estaba pasando entre Grace y yo.

—Hola Grace. Damian. —Nos saludaron y entablaron con Grace lo que para ellos era una conversación muy decente.

—¿Cómo es Damian como jefe? —preguntó Jameson despreocupadamente.

—Está bien —respondió Grace, ruborizándose.

—¿Bien o fenomenalmente bien? —intervino Landon y recibió una patada mía por debajo de la mesa por su descarado comentario.

—¿Pedimos? —intervine para no avergonzar más a Grace.

—¡Claro que sí! ¿Pedimos champán para celebrar?

—¿Para celebrar? ¿Qué celebramos? —Grace miró con curiosidad a Landon.

El viejo amigo emitió un sonido de asombro e ignoró mi mirada de advertencia.

—Hoy es el cumpleaños de Damian. ¿No lo sabías?

—¿Qué? —Grace se giró hacia mí indignada—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Sí Damian, ¿por qué no se lo has dicho a Grace? —repitió Jameson, reprimiendo una sonrisa.

Debí haber sabido que los dos tramaban algo. No se podía confiar en ellos.

—Porque no es importante. Es un día como cualquier otro —respondí.

—Eso lo dice todos los años —le explicó Landon a Grace.

Ella, a su vez, se rio con incredulidad.

—Claro que tu cumpleaños es *importante*. Y no es un día cualquiera, es tu día. El día en que te dieron la vida.

—Si no le has dicho a Grace que hoy es tu cumpleaños, entonces aún no ha tenido la oportunidad de desearte un feliz cumpleaños —dijo Jameson consternado.

—Tienes que hacerlo cuanto antes, Grace. A Damian le encantaría que le dieras un abrazo. Mientras tanto, pediremos el champán en el bar —añadió Landon y se levantó apresuradamente antes de que pudiera objetar.

Les lancé a ambos una mirada devastadora, que ellos reconocieron con un despreocupado signo de paz.

—No tengo regalo para ti —se quejó Grace, bajando la cabeza con decepción—. No puedo creer que no me dijeras algo tan importante. ¿Qué otras cosas que no me has dicho debería saber?

Tragué saliva ante sus palabras, que me dejaron helado. Si Grace supiera qué otro detalle explosivo le estaba ocultando, saldría furiosa del pub para no volver a ser vista jamás.

—Ahora ven aquí y deja que te abrace —me exigió y tiró de mí.

Su sensual aroma calmó mi mente alterada y me hizo relajarme lentamente.

—Te daría un beso de cumpleaños, pero entonces sólo estaríamos dando a tus amigos más carne de cañón.

—No me importa —murmuré, presionando mi boca contra la de Grace para reclamarle un beso apasionado—. Salgamos de aquí —susurré, soltándola de mala gana.

—¿Qué, *ahora*? No hemos brindado por ti ni hemos comido nada —protestó Grace sin aliento.

—Es *mi* cumpleaños. *Mi* día. Esas fueron tus palabras. Así que yo decido cómo quiero pasarlo y, lo que es más importante, con quién.

Grace hizo una mueca, sacándome de mi ser.

—Buen intento, Damian. Y sí, tienes toda la razón. Pero tus amigos quieren festejarte. Así que hazlos felices. Te prometo que cuando lleguemos a casa seguiremos celebrándolo. Sólo nosotros dos.

Cuando lleguemos a casa, dijo Grace. Ella no sabía lo feliz que me hacían esas palabras.

Deseaba que mi casa se convirtiera también en su casa. Y aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo sin poner en peligro mi acuerdo con Sophie, al menos disfrutaba con la idea de un hogar y un futuro compartidos con ella.

GRACE

Visiblemente zumbados, regresamos al ático tras una entretenida velada con los mejores amigos de Damian. En algún momento, Damian empezó a relajarse y a disfrutar de *su* velada. Durante las últimas horas, estuve pensando febrilmente en cómo podría hacer feliz a Damian. ¿Qué le debería dar a un hombre que tenía casi todo lo que se podía comprar con dinero?

Damian me abrazó y me apartó el pelo para besarme en el cuello.

—¿Qué tienes en mente, cariño? Pareces ausente.

Me tiró al sofá con él y estudió detenidamente cada uno de mis movimientos.

—Me siento muy mal porque me hubiera gustado regalarte algo por tu cumpleaños. Algo especial.

Damian sonrió y me acarició la muñeca con ternura.

—Estás aquí, Grace. Conmigo. Eso es algo especial. Eres mi regalo.

Yo era su regalo. Al oír esta frase, mi corazón dio un salto de alegría y se me ocurrió una idea.

—En *Deep Desire*, me dio la impresión de que no te gustaba cómo bailaba.

Damian resopló.

—Estás muy equivocada, Grace.

—¿Y por qué no me miraste entonces? ¿Por qué saltaste? ¿Por qué querías que cantara para ti en tu segunda visita en lugar de que bailara para ti?

—Porque no soportaba no poder tocarte. Y porque tenía miedo de perder la cabeza. Cuando bailas como lo hiciste en *Deep Desire*, pierdo la cabeza en cuestión de segundos, Grace.

Su confesión aceleró mis ya agitados latidos y reforzó mi idea.

—Y yo que pensaba que mis dotes de bailarina no te impresionaban —sonreí, intentando disimular mi alivio.

—Tus dotes de bailarina son mi perdición, nena.

Damian enterró su cara en mi escote.

—Ahora tengamos esa fiesta privada que me prometiste.

Me bajó lentamente los tirantes del vestido y me besó suavemente los hombros. Cuando me levanté y me alejé de él, gruñó con desaprobación.

—¿A dónde vas?

—Busco mi móvil —le dije, rebuscando en el bolso—. Lo he encontrado.

Lo levanté triunfante.

—¿Para qué necesitas el móvil ahora, Grace? —Damian frunció el ceño, inquisitivo.

—Para esto. Pulsé el botón de reproducción y puse el volumen al máximo. La vieja lista de reproducción de *Deep Desire* sonó por los altavoces del teléfono, que coloqué sobre la mesita que nos separaba a Damian y a mí.

—¿Qué es esto, nena? —En los ojos de Damian ardían llamas de pasión. Sabía exactamente lo que estaba tramando.

—Podría cantarte una canción por tu cumpleaños —musité, estirándome—. O podría bailar mi espectáculo de *Deep Desire* para ti.

Damian se estremeció. Su cuerpo estaba tenso. Su respiración era irregular.

—Baila para mí, Grace —exigió con voz ronca.

—Con dos condiciones —respondí tentadora y me bajé la cremallera del vestido.

—Tendrás todo lo que quieras. —Damian me miró hipnotizado mientras dejaba que mi vestido se deslizara hasta el suelo y me ponía delante de él en ropa interior y tacones.

—Quiero que te quites la ropa, Damian. Quiero que estés desnudo.

Obedeció de inmediato y empezó a desabrocharse la camisa, dejando al descubierto su torso acerado, que me hacía mojar cada vez que lo veía.

—Los pantalones también —le ordené y vi cómo se quitaba los pantalones y los calzoncillos y me presentaba su dura polla.

—Esa era la primera condición. La segunda condición es que no puedes tocarme. Quédate en el sofá, recuéstate y relájate. ¿Lo has entendido?

—¿Puedo *tocarme*? —Damian agarró su polla y pasó la mano a lo largo de ella—. No lo haré de otra manera, nena —jadeó.

—Esta vez. Porque hoy es tu cumpleaños.

Sonrió torturadoramente.

—Qué misericordiosa eres.

Me llevé el dedo índice a los labios, le hice un gesto para que se callara y empecé a acompañarme al ritmo de la música.

Sus ojos brillaban ardientes sobre mí, absorbiendo con avidez cada uno de mis movimientos.

Después de bailar dos canciones a cierta distancia de él, me acerqué tentadoramente despacio y me detuve justo delante de él. Damian estaba sentado en el sofá con las piernas separadas y los brazos relajados sobre el respaldo. Su polla erecta sobresalía y se agitaba excitada mientras yo empezaba a menearme a pocos centímetros de él.

—Déjame tocarte —me suplicó Damian, extendiendo la mano hacia mí.

Me eché hacia atrás y su mano rozó el vacío.

—Ya conoces las normas.

Exhaló con frustración y cerró los ojos. Pero entonces sonrió diabólicamente y abrió los ojos, clavándome una mirada de lujuria prohibida.

—Conozco las reglas. Así que sé que me está permitido hacerlo yo mientras bailas para mí, nena —anunció y empezó a masajearse la erección.

Suspiré indignada ante el impresionante espectáculo que se me presentaba y lo avivé aún más. Lo observé mientras su excitación aumentaba desmesuradamente. Como su respiración era cada vez más agitada, me arrodillé frente a él y le aparté la mano.

Su gruñido frustrado se convirtió en un fuerte gemido cuando cerré los labios en torno a su pene y sustituí su mano por mi boca.

—Joder —gritó echando la cabeza hacia atrás.

—¿Qué me estás haciendo, Grace?

Sus gemidos animales aumentaban cada segundo, estimulándome, excitándome profundamente.

—No puedo contenerme mucho más. —Damian trató de atraerme hacia su regazo, pero yo seguí entregándome inquebrantablemente a su hombría y a las gotas de placer que se formaban en ella.

—Grace, por favor —gritó desesperadamente.

Cuando se dio cuenta de que no tenía intención de detenerme, un temblor se apoderó de su cuerpo y se relajó, soltándose. Sus manos se clavaron en mi pelo mientras eyaculaba su dulce semen con fuerza en mi boca. Los sonidos agónicos que emitió provocaron sofocos en mi vientre, que palpitaba tan fuerte que dolía.

Agotado, Damian cerró los ojos y se esforzó por respirar. Me senté a su lado y le acaricié

lánguidamente el pecho desnudo.

—¿Intentas matarme, Grace? Precisamente el día de mi cumpleaños.

Aún sin aliento, poco después me subió a su regazo y me besó hambriento los pezones duros.

—¿No te gustó mi regalo de cumpleaños? —me burlé de él.

—Fue casi perfecto —murmuró Damian, exhausto y extremadamente satisfecho.

—¿Casi? —Ensanché los ojos—. ¿Qué le faltaba para ser perfecto?

—Esto.

Me tumbó boca arriba en el sofá y me arrancó impetuosamente las bragas. Luego me separó los muslos y, sin previo aviso, bajó la boca hasta mi coño, hundió la lengua en mi interior y gimió de placer.

Me retorcí bajo él, arqueé la espalda y me empujé hacia él en un frenesí salvaje de liberación.

La lengua de Damian se deslizó sobre mi clítoris húmedo, cubriéndolo con suaves mordiscos, chupando, lamiendo y conduciéndome vertiginosamente hacia las estrellas que se alzaban sobre mí. Rodeé su cabeza con las piernas para impedir que se detuviera y observé con los párpados bajos cómo sus manos rodeaban mis pezones.

Cuando su mano izquierda pasó de mi pecho a mi centro y Damian me penetró con dos dedos, no pude aguantar más. Busqué las estrellas que brillaban frente a mis ojos y me aferré a ellas mientras a mi alrededor estallaban gigantescos fuegos artificiales.

Capitulo 21

DAMIAN

LAS PIERNAS de Grace cedieron al intentar levantarse. La cogí y la llevé a mi cama.

A nuestra cama.

Su espectáculo sexy, seguido de la fabulosa mamada, fue el regalo de cumpleaños más caliente que jamás había recibido. Dormirme acurrucado contra su suave cuerpo e inhalar su seductor aroma completó ese cumpleaños memorable. Por primera vez en mi vida, estaba deseando que llegara mi próximo cumpleaños, siempre que pudiera celebrarlo con Grace.

Cuando me desperté aquel sábado por la mañana, Grace no estaba tumbada a mi lado. Me levanté y la busqué por todo el piso. En vano.

El sonido de las puertas del ascensor al abrirse me hizo reflexionar. Grace entró en el piso vestida con ropa de correr y sonrió con picardía.

—¿Has estado haciendo footing? —La miré asombrado.

—Indirectamente. —Su sonrisa se ensanchó un poco más.

—¿Indirectamente? ¿Cómo puedes hacer footing indirectamente?

—Ese sigue siendo mi secreto. Por ahora. —Grace soltó una risita y me metió en la ducha.

Después de un copioso desayuno en la terraza de la azotea, me convenció para dar un paseo por Central Park. Ese día de junio hacía un tiempo perfecto. El sol brillaba tan cálido que era fácil estar fuera con ropa de verano.

Paseamos cogidos de la mano por el verde parque, deteniéndonos de vez en cuando para intercambiar besos furtivos. Sabía que me encontraba en un terreno muy peligroso. Mi comportamiento estaba poniendo en peligro mi acuerdo con Sophie.

Nunca me mostraba en público con mujeres, sabiendo perfectamente que estaba oficialmente comprometido con Sophie, y que nuestra relación tenía que parecer absolutamente genuina.

Pero era diferente con Grace. No podía negarle nada. Verla feliz me hacía feliz. Y el vivo brillo que adornaba sus ojos paradisíacos cuando me pidió que diéramos un paseo juntos me hizo aceptar sin pensar ni por un segundo en las posibles consecuencias.

Sobre los crujientes tablones del puente *Bow*, Grace y yo nos detuvimos como de costumbre para disfrutar de la vista del lago y de la exuberante orilla llena de verde.

—Vamos al *Boathouse* a tomar algo —me pidió Grace, rodeándome la cintura con un brazo, pasando la mano por mi bolsillo trasero y marcando su territorio con un guiño descarado.

Yo hice lo mismo.

Paseamos por el lago hasta el cobertizo para botes como dos adolescentes enamorados. Una vez allí, sin embargo, Grace no se dirigió al restaurante, al bar o a la cafetería. En lugar de eso, se dirigió decidida hacia el embarcadero.

—Por ahí se va a los barcos, no a la cafetería —le dije.

—Con tu perspicacia, no me extraña que seas uno de los abogados estrella de Nueva York —bromeó Grace, ganándose una palmada en su lindo trasero por el descarado comentario.

Saludó al hombre del *Boathouse* y dejó que la ayudara a subir a una barca de remos pintada de rojo.

—Feliz cumpleaños —sonrió cuando tomé asiento frente a ella. Grace se inclinó para darme

un beso exuberante, haciendo que la barca se balanceara sospechosamente.

—Eres increíble, Grace. No sé qué decir.

Abrumado por este gesto tan atento, se me encogió el corazón.

—No exageres —dijo avergonzada.

—Con tantos grandes regalos, casi podrías pensar que te gusto —me burlé de ella y cogí el remo.

—Más que eso —susurró Grace, mirando el lago que teníamos delante—. Mucho más que eso.

GRACE

La empresa de alquiler de barcas guardó la bolsa de bebidas frías y las mantas que le había llevado aquella mañana en la barca de remos para que Damian y yo pudiéramos disfrutar al máximo de nuestro viaje de dos horas sin interrupciones. Remamos por el lago y por debajo del puente *Bow*, explorando todos los rincones, a la deriva, tomando el sol sobre las mantas mientras la barca se mecía entre los juncos e intercambiando cariños que me hicieron desear que este inocente momento con Damian no acabara nunca.

El cosquilleo en el estómago que sentía cada vez que Damian me tocaba, la piel de gallina que se formaba en mi piel bajo su mirada anhelante y las suaves rodillas que me hacían sentir sus besos: todo eso eran señales inequívocas de que me había enamorado perdidamente de Damian.

Aunque no había pasado ni un mes desde que lo conocía, no dudé ni un instante de que era el hombre de mi vida.

Era *El Elegido*.

El mío.

Siempre creí que el amor crecía como una planta que se cuida durante meses. Que el amor se desarrollaba lenta y deliberadamente.

Nunca hubiera creído posible que cayera como un rayo. Que pudiera estallar como un volcán impredecible.

Pero lo hizo. Damian era la prueba viviente de ello.

Algo que me preocupaba cada día más era cómo se sentiría él al respecto y si sentía lo mismo que yo. No tuve el valor de preguntárselo. Quizás también esperaba en secreto que me confesara su amor. Que me revelara que yo controlaba sus pensamientos tanto como él los míos. Que yo era la princesa y él el príncipe de mi cuento de hadas. Y yo ni siquiera creía en cuentos de hadas.

Con Damian a mi lado, por fin volví a encontrarme a mí misma. La Grace valiente, ambiciosa y decidida volvió a la vida y desplazó a la desesperanza, la tristeza y la resignación que se apoderaron de mí en los últimos meses.

Damian me sacó de mis ensoñaciones y señaló el conjunto de nubes de color azul oscuro y aspecto amenazador que el viento ascendente dirigía hacia nosotros a una velocidad vertiginosa.

—Deberíamos volver —suspiré con pesar.

Damian me dio un beso en la punta de la nariz y se incorporó.

—Volveremos a hacerlo muy pronto, cariño. Te lo prometo. ¿Quién necesita las Bahamas cuando puedes navegar por el lago de Central Park con un viejo barco de madera y la mujer más guapa de Nueva York?



—¿Qué vamos a hacer con el día que acaba de empezar? —me preguntó Damian mientras doblábamos la esquina de su piso media hora después, con las primeras gotas de lluvia cayendo del cielo.

—Podríamos pedir pizza, acurrucarnos en el sofá bajo la cálida manta y ver una película —reflexioné.

—Casi perfecto —se rio Damian.

—¿Por qué casi?

—¿Qué tal si pedimos pizza, vemos una película y nos acurrucamos desnudos bajo la manta calentita en el sofá?

—Suenas como un plan maestro bien pensado —comenté divertida y deslicé la mano bajo la camiseta de Damian.

—¿Damian?

Una mujer extremadamente atractiva con unas piernas interminablemente largas se bajó de una lujosa limusina justo delante de nosotros y le dio a Damian una sonrisa radiante.

Damian se quedó helado y me quitó la mano de la cintura.

—Hola, cariño. Siento no haber podido asistir a tu cumpleaños. Realmente soy una pésima prometida.

La rubia con el cuerpo de ensueño se acercó a Damian y lo abrazó cariñosamente.

—Eso no importa. ¿Llevas mucho tiempo esperando, Sophie? —le preguntó Damian tenso.

—Acabamos de llegar.

—¿Acabais?

—Estoy aquí con el senador Carter —siseó la rubia, haciendo una expresión significativa—. Está en el coche.

Como si aquella fuera su señal, el senador salió del coche al oír su nombre y estrechó cortésmente la mano de Damian.

—Damian. Me alegro de volver a verle.

—El placer es mío, senador.

El senador miró de Damian a mí y enarcó las cejas con interés.

—Esta es Grace Bailey —me presentó Damian—. Ella es... —titubeó y se volvió hacia Sophie, que le dirigió una mirada suplicante—. Es mi ama de llaves y cocinera —terminó la frase, con un tono de resignación en la voz.

¿Ama de llaves y cocinera?

La conversación me confundía cada vez más.

¿Por qué Sophie le llamaba “*cariño*”? ¿Y de quién era prometida? Desde luego, no era la prometida de Damian. Él nunca me habría ocultado eso.

¿No es así?

El hecho de que Damian me presentara como su ama de llaves y cocinera respondía al menos a la pregunta de qué sentía por nosotros. Más que claramente.

Me equivoqué con él. Me equivoqué con nosotros. Y en lo que creía percibir entre nosotros.

Me sentí mal del estómago y una dolorosa punzada en el pecho me robó el aire que necesitaba para respirar.

—Parece enviada del cielo, Grace.

El senador Carter también me estrechó la mano. Luego se giró hacia Damian.

—¿Volvemos a tu piso para hablar de lo que os espera a Sophie y a ti después de la boda? Grace podría cocinarnos algo. No me gustaría arriesgarme a que un camarero de algún restaurante se entere de detalles políticos, y seguro que Grace habrá firmado un acuerdo de confidencialidad que la hace digna de confianza.

¿Boda? ¿Qué boda? ¿De qué boda estaba hablando el senador?

—Grace es absolutamente digna de confianza —le aseguró Damian.

—Pero en realidad es su día libre.

El senador le hizo un gesto.

—Ahora que Grace está aquí, estoy seguro de que no le importará cocinar algo para nosotros. Estoy seguro de que ella entenderá que todavía hay mucho que discutir con Sophie antes de anunciar su compromiso. ¿Verdad, Grace?

Asentí estoicamente, incapaz de emitir sonido alguno.

—Así que venga. Vámonos antes de que la lluvia nos empape a todos —apremió el senador, marchando.

Capitulo 22

DAMIAN

GRACE SE QUEDÓ blanca como la pared y evitó mirarme. Tenía los ojos dilatados y parpadeaba desesperadamente para contener las lágrimas que se acumulaban en ellos.

Mi corazón se contrajo dolorosamente al verla y el impulso sobrehumano de tomarla en mis brazos y confesárselo todo se apoderó de mí.

En cuanto el senador se despidiera, le contaría la verdad a Grace. Le contaría lo del acuerdo entre Sophie y yo y esperaría fervientemente que la sonrisa volviera a su hermoso rostro cuando supiera que yo no amaba a Sophie. Mantenerla en la oscuridad hasta entonces y verla sufrir casi me estaba matando.



—Bueno, Damian, ¿abrirás una oficina en Washington DC después de la boda para estar más cerca de Sophie? —quiso saber el senador, dando un sorbo al coñac que Grace acababa de servirle en el salón. En el mismo sofá donde, apenas media hora atrás, había querido acurrucarme desnudo con ella y ver una película. Ahora no sabía si volvería a tener la oportunidad de hacerlo.

—Por ahora, voy a quedarme en Nueva York para seguir consolidando la reputación del bufete —respondí, intentando no seguir mirando a Grace, que estaba ocupada en la cocina, no muy lejos de nosotros.

Como el ático estaba construido como un loft, los arcos abiertos sustituían a las puertas de las distintas habitaciones y formaban un único espacio abierto, lo que me permitía ver a Grace sin restricciones.

—En cuanto se anuncie el primer hijo, sin duda tendrás que reconsiderar esta actitud, querido. Y si me permites el atrevimiento de decirlo: no deberías esperar demasiado después de la boda para empezar a planear tu propia familia. Los votantes son escépticos sobre las parejas poderosas sin hijos. Pero encuentran simpáticas y accesibles a las parejas con hijos. Así que Sophie y tú deberíais empezar a trabajar cuanto antes, si no lo estáis haciendo ya —se rio sin pudor de su indiscreto comentario e hizo una mueca de dolor cuando un vaso tintineó contra el suelo de la cocina.

—Lo siento muchísimo —chistó Grace con la cabeza colorada y desapareció detrás de la isla de la cocina para recoger los pedazos.

—Iré a ver cómo va la comida —me disculpé y entré en la cocina.

Grace estaba escondida detrás de la isla, agachada y tapándose la boca con las manos para ahogar sus sollozos desesperados. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Tenía los ojos enrojecidos.

—Grace. —Caí de rodillas a su lado, horrorizado.

—Cariño, lo siento mucho. Debí habértelo dicho.

Me apartó la mano de un manotazo y sacudió la cabeza con abatimiento.

—¿Qué exactamente, Damian? ¿Que estás comprometido? ¿Que planeas formar una familia con ella pronto? ¿Que querías regalarte una aventura antes de la boda? ¿Que tu prometida no es suficiente para ti y que preferirías tener dos tías?

—No es así. Nada de eso es cierto —susurré apaciguadoramente e intenté en vano que Grace me mirara.

—¿Entonces no estás comprometido con esa tal Sophie? —Grace preguntó resignada.

—Sí, lo estoy —le revelé a regañadientes—. Pero no de la manera en la que te estás imaginando.

—No quieres saber lo que estoy imaginando. Créeme, Damian —resopló cínicamente y cerró las manos en puños.

—Escucha Grace, te lo explicaré todo en cuanto el senador se haya ido. Pero mientras esté aquí, tengo que hacerme el feliz prometido. Se lo debo a Sophie.

—Ya es tarde para explicaciones, Damian. —Grace se secó con decisión las lágrimas de la cara y se levantó—. ¿Cómo fuí capaz de creer, por un segundo, que los cuentos de hadas existen en la vida real?

Decidida, puso la lasaña en los platos y los llevó a los tres sitios dispuestos en la mesa de la cocina. Abrió el vino tinto y llenó las copas. Luego se dirigió con la cabeza alta hacia el senador y Sophie, que charlaban animadamente en el salón, y les invitó a sentarse a la mesa.

A partir de entonces, no volvió a mirarme.

GRACE

Todavía estaba esperando despertarme de esta pesadilla cuando le serví al senador su segunda ración de lasaña y observé por el rabillo del ojo cómo Sophie ponía su mano sobre la de Damian. Se reía de algo que había dicho el senador. No entendía lo que decían, a pesar de estar a su lado.

Necesité toda mi fuerza y concentración para no echarme a llorar de nuevo. Simplemente no tenía valor para escuchar la conversación de la sociedad de élite. Tal vez fuera también el mecanismo de defensa de mi cuerpo para evitar que mi corazón se rompiera por completo.

Viví la velada como un robot con visión de túnel y algodón en los oídos. Sólo mi corazón adolorido, que yacía tan traicioneramente pesado en mi pecho, me recordaba que era humana. Falible. Estúpida. Ingenua.

Damian se casaría. Formaría una familia. Se mudaría a Washington. Con la elegante y extremadamente exitosa Sophie. No conmigo. Por supuesto que no conmigo, la bailarina sin un centavo, sin perspectivas y sin nada que mostrar excepto un diploma de secundaria.

Sin embargo, esta constatación no me impactó tanto como mi propia ingenuidad al creer, aunque sólo fuera por un momento, que yo podría tener un lugar al lado de Damian, en el futuro de Damian. Que yo podría ser la mujer con la que se casara y que acabaría dándole hijos.

Después de todo lo que pasó entre Damian y yo, no podía seguir trabajando para él. No podría soportar estar cerca de él y que me recordara todos los días que se iba a casar con otra. Que me utilizó.

Si era sincera, no era sólo el piso de Damian lo que me recordaba a él, sino todo en esa maldita ciudad. Central Park, la Estatua de la Libertad, el puente de Brooklyn, todo Brooklyn, *Deep Desire*, la cafetería, Manhattan... todo.

Si no quería perder tanto mi corazón como mi mente, tendría que abandonar la ciudad inmediatamente.

Tendría que dejar atrás a Damian. A él y a todo lo que me recordara a él.



—Muchas gracias por la deliciosa comida, Grace —me agradeció Sophie y me apretó el brazo con simpatía.

Por mucho que intentara odiar a esa mujer, no podía. Había algo en ella que me impedía maldecirla hasta los huesos.

Esto sólo me confundió aún más, aunque no creía seguir cuerda después de esa monstruosa conmoción.

—De nada —respondí secamente y recogí los platos mientras el senador, Sophie y Damian se dirigían a la terraza, donde el senador quería fumarse un puro a pesar de la persistente lluvia.

Puse los platos en el lavavajillas y me dirigí a mi habitación, donde arrojé descuidadamente mis pocas pertenencias en las dos maletas y las cerré a toda prisa. Si iba a marcharme, tenía que hacerlo en ese momento. Tenía que hacerlo cuando Damian no me lo pudiera impedir. Porque si me enfrentaba a él y trataba de persuadirme para que me quedara, correría el riesgo de debilitarme. No tendría el corazón para dejarlo.

Pero eso era exactamente lo que tenía que hacer para sobrevivir a esa angustia fatal: Dejar a Damian.

Para siempre.

Levanté las maletas de la cama, dejé el móvil en la mesilla y me puse la chaqueta sin cuidado. Cuando salí del ascensor y abandoné el edificio, me recibió una lluvia torrencial, que me empapó hasta la piel en cuestión de segundos, y se mezcló con las amargas lágrimas que seguían corriendo por mi rostro.

Capitolo 23

DAMIAN

—ENTONCES OS DEJO A SOLAS. Seguramente querréis celebrar el cumpleaños de Damian como es debido —bromeó insinuante el senador y me dio una palmada en el hombro como un colega, mientras abandonábamos la terraza de la azotea media hora más tarde y regresábamos al piso.

Por fin.

Temía que el senador no quisiera marcharse.

—Ha sido un placer volver a verle, senador. Dele recuerdos a su esposa —le dije cortésmente, ignorando su tono ambiguo.

—¿Dónde está la pequeña Grace? Me gustaría pasarle la receta de esta deliciosa lasaña a nuestra cocinera.

Miré a mi alrededor buscando a Grace, pero no la vi ni en el salón ni en la cocina. Probablemente se fue a su habitación.

—Se la pasaremos pronto —prometí y le entregué su chaqueta.

—Lo acompaño hasta el coche, senador —se ofreció Sophie—. Así podremos repasar tranquilamente las citas para el lunes.

El senador asintió y entró en el ascensor con Sophie.

En cuanto se cerraron las puertas, me dirigí rápidamente hacia la habitación de Grace, obligándome a llamar a su puerta en lugar de abrirla de un tirón y entrar sin su permiso.

Impaciente, esperé una respuesta desde el interior de la habitación. Pero Grace no respondió a mi llamada. Ni a la petición de escucharme.

Supuse que habría cerrado la puerta con llave, pero cuando empujé el picaporte, para mi sorpresa, la puerta se abrió sin esfuerzo.

—Grace, yo... —hice una pausa y dejé que mis ojos recorrieran la habitación mientras mi mente se daba cuenta de lo que mi corazón ya había captado.

La habitación estaba vacía.

Completamente vacía.

No sólo Grace había desaparecido, sino también todas sus pertenencias.

Alarmado, abrí de un tirón las puertas del armario.

Vacías.

Los cajones de la cómoda.

Vacíos.

La mesilla de noche.

Vacía.

No había ninguna duda.

Mi peor temor acababa de hacerse realidad.

Grace se había ido.

La perdí.

La única mujer que poseía mi corazón me había dejado.



—Oh tío. Ha sido una noche dura. Gracias por seguirme la corriente tan bien —gimió Sophie, que entró en la habitación poco después y se quitó los zapatos de tacón.

Cuando me vio en el sofá con la cara entre las manos, se detuvo.

—¿Qué te pasa, Damian? ¿Qué te pasa?

—Grace se ha ido. —Enfadado, golpeé la mesa con el puño—. ¡Qué pedazo de mierda! Todo esto es culpa mía. Está ahí fuera vagando bajo la lluvia por mi culpa. Sola y lejos.

—*¿Lejos como haciendo un recado en la carretera o lejos como si la hubieras cagado y ella te hubiera dejado porque en realidad es mucho más que tu ayuda doméstica?*

—Lo segundo.

Sophie se sentó en el sofá conmigo y me puso la mano en la rodilla.

—¿Sabes dónde puede estar? ¿Tiene amigos o conocidos en la ciudad?

—No.

—¿No como no, *no sabes o no como*, no, *ella no conoce a nadie*?

—Las dos cosas.

—Ya veo. Bueno, no puede estar muy lejos. ¿Ya se lo has dicho a Marvin?

—Sí. A Marvin y a casi todos los que pueden ayudarme a localizarla. Incluyendo a Ryan de la policía de Nueva York. Pero esto es la *puta ciudad de Nueva York*. Podría estar en cualquier parte.

—¿Dejó algún mensaje?

—No.

—¿Podrías llamarla?

—Ella dejó su teléfono móvil aquí.

—Ya veo.

Le di un buen trago al coñac que aún estaba sobre la mesa.

—¿Y tu plan es emborracharte y hacer *qué* exactamente?

—No puedo hacer otra cosa, Soph. Por eso exactamente me voy a emborrachar. Lo he estropeado todo.

—*Vale* —comentó Sophie, estirándose—. ¿Qué tal si tú y yo nos emborrachamos juntos y me cuentas de qué va todo esto de Grace? No parece ser una de tus conocidas femeninas sin compromiso.

—¿Por qué no llamaste antes y me avisaste como habíamos quedado? —Mi voz sonó más reprobatoria de lo que pretendía.

—Lo hice. Cinco veces. Pero todas las llamadas fueron directamente al buzón de voz y el senador Carter insistió en pasarse por aquí cuando volvía de Boston a Washington. Ya le conoces. Sabes que no cederá en nada de lo que se proponga.

—Quizá no tenía cobertura en el lago —murmuré con monosílabos.

—¿En el lago? ¿Por qué en el lago?

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo. Pero primero quiero oír esta historia: ¿quién es Grace y por qué te molesta tanto que se haya ido? —me apremió Sophie.

Suspiré y tomé otro sorbo del líquido dorado oscuro.

—Era bailarina en uno de los clubes a los que iba con los chicos y me dejó boquiabierto desde el momento en que la vi. Nunca pensé que fuera posible que existiera algo así, pero me cayó literalmente como un rayo la primera vez que la vi.

—Sé exactamente lo que quieres decir. —Sophie miró melancólicamente al techo y también bebió un sorbo.

—Cuanto más intentaba olvidarla, más ansiaba volver a verla. Y entonces surgió la oportunidad de ofrecerle un trabajo conmigo.

—¿Como ama de llaves y cocinera? —rio Sophie.

—Sí...

—Tienes una mente tan creativa. Siempre he admirado eso de ti.

—Sólo quería ayudarla a salir de una situación bastante complicada. Y mantenerla cerca de mí.

—Y maniobraste sin control en una situación bastante complicada.

—Vamos, Soph. No planeé ser débil.

—Tampoco puedes planear algo así, Damian. Simplemente sucede. Y con una mujer como Grace, cualquiera flaquearía. Ella es prohibida, caliente...

—Ella es mucho más que eso. Es fuerte, ambiciosa, con sentido del humor, amable, con los pies en la tierra, trabajadora, devota...

—Te has enamorado.

—Sabes que nuestro acuerdo lo prohíbe.

—No era una pregunta, Damian, era una afirmación. Te lo estoy diciendo: te has enamorado. Bajé la cabeza.

—Y qué si lo he hecho, Soph. Voy a casarme *contigo*, no con Grace. Una mujer como Grace no merece ser una mujer sombra. Afrontémoslo, ¿qué mujer merece eso? Ninguna. Especialmente no Grace.

—Acordamos casarnos porque te empeñaste en que no existía el amor verdadero, Damian. Dijiste en ese momento que querías concentrarte en tu carrera y que las aventuras ocasionales eran suficientes para ti. Si ahora me dices que el matrimonio te llevará al desastre, lo cancelaremos todo.

—¡Eso ni hablar! Te lo prometí y sabes que cumplo mis promesas. Grace y yo sólo nos conocimos en el momento equivocado de nuestras vidas.

—No me debes nada, Damian. Incluso si todavía crees eso.

—Tal vez lo creo. Pero eso no cambia nada.

—¿Y eso es todo? ¿Aceptas que se ha ido y sigues como antes?

—Es mejor así, Soph. Ella tomó la decisión por mí. Su reacción me demuestra que tenía razón en mi suposición: no es adecuada como amante secreta. Se merece al príncipe del caballo blanco. Merece ser una princesa.

—¿Y Grace lo ve de la misma manera? —Sophie chasqueó la lengua con desaprobación.

—Tarde o temprano me superará. Y entonces, con el tiempo, conocerá al hombre que la merezca. Mientras esté a mi lado, no podrá. Y aunque deseo tanto que se quede conmigo para siempre, sé lo egoísta que sería.

—No te vendría mal ser un poco más egoísta de vez en cuando y pensar más en ti que en los demás, Damian.

—Sí, tal vez. Pero ya es demasiado tarde para eso. Así que hablemos de ti. ¿Cuánto tiempo te quedarás en la ciudad?

—Damian, creo que... —empezó Sophie.

Pero levanté la mano y le hice señas inequívocas de que dejara el tema en paz.

—¡Sophie! Déjalo ya. Déjalo ya.

—De acuerdo, incorregible bastardo testarudo. Doy por zanjado el tema de Grace. Por el momento. Pero estamos lejos de terminarlo. Volveré mañana por la tarde. Hasta entonces, pensaba estar por Nueva York, pero por ahora creo que me conformaré con consolarte.

—No tienes por qué hacerlo.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo. Y si quieres dejar salir las lágrimas que brillan en tus ojos, no se lo diré a nadie.

GRACE

Temblaba de frío cuando bajé en Foxhill del autobús de larga distancia, a primera hora de la mañana, procedente de Nueva York. Después rodé las maletas por la carretera del pueblo de vacas hasta la casa de mis padres, que parecía más una caravana que una casa.

El sheriff del pueblo estaba apoyado en su coche de policía, no lejos de la parada del autobús, y me saludó con un gesto seco de la cabeza. Yo hice lo mismo, pero me sorprendió que ya estuviera en pie a esa hora inhumana.

Dos minutos más tarde, vi la casa de mis padres. Subí los escalones del porche y abrí la puerta con la llave escondida bajo un tablón suelto.

Los familiares ronquidos de mi padre me arrancaron una sonrisa involuntaria. La primera sonrisa, aunque sólo fuera un esbozo, desde que salí de Nueva York el día anterior.

Tan silenciosamente como abrí la puerta, la cerré y me deslicé hasta mi antigua habitación para quitarme la ropa húmeda y cambiarla por mi cómodo pantalón de chándal y un grueso jersey.

Aunque no creía que pudiera siquiera pensar en dormir con el caos en mi cabeza, pronto caí en un sueño profundo y exhausto, del que sólo me despertó unas horas más tarde el monótono zumbido de la televisión.

Fui arrastrando los pies hasta el salón, presa de la debilidad y la melancolía, donde mi padre miraba el fútbol estoicamente, con el ceño fruncido por la preocupación.

—Hola, papá.

—¡Gracie! Por fin. Bienvenida al salón. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Y lo más importante, ¿cuándo? —Mi padre levantó la vista y me escrutó penetrantemente.

—Cogí el autobús nocturno.

—Eso es lo que yo pensaba. ¿Y las maletas? ¿Te vas a quedar más tiempo?

—Oh, ya sabes, puede que Nueva York estuviera fuera de mi alcance, papá.

Me recogí el pelo y bajé la mirada avergonzada.

Por suerte, ya se me habían acabado todas las lágrimas, así que no tuve que preocuparme por otro ataque de llanto.

—Eso son tonterías, Gracie. Nada está fuera de tu alcance.

—Tienes que decir eso porque eres mi padre. —Incluso conseguí guiñarle un ojo. Bueno, casi.

—Lo digo porque no conozco a nadie con más determinación, talento y ambición que tú, no porque sea tu padre.

—Eso es muy dulce de tu parte. Pero he tomado mi decisión. Nueva York no es para mí. No a largo plazo. ¿Podemos dejarlo así? Voy a ir a ver si puedo trabajar en el restaurante de nuevo.

—No puedes hablar en serio, Grace Elizabeth Bailey.

Mi padre nunca me llamaba por mi nombre completo. A menos que hubiera hecho algo malo, lo cual era extremadamente raro.

—¿Podemos hablar de esto y encontrar una solución juntos?

—No hay nada de qué hablar, papá. Fui a Nueva York e intenté hacer realidad mis sueños. No lo conseguí. No hay de qué avergonzarse. Porque al menos tuve el coraje de intentarlo. Eso es más de lo que la mayoría de la gente puede decir de sí mismos. Y ahora estoy retomando donde lo dejé en Foxhill en lugar de enterrar mi cabeza en la arena. Así que ya ves, papá, no hay

necesidad de preocuparse por mí. Estoy bien.

—¿Y estás segura de que no has renunciado a tus sueños antes de tiempo?

—Sabes, papá, si algo he aprendido es que a veces los sueños estallan como una bomba de jabón, caes muy fuerte y te das aún más contra el suelo. Por eso a partir de ahora prefiero mantener los dos pies en tierra firme. Porque sé exactamente lo que me espera.

Capitulo 24

DAMIAN

—ESTO NO PUEDE SEGUIR ASÍ, Damian. —Jameson arrojó un expediente sobre mi escritorio con una floritura y cruzó los brazos delante del pecho.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo y lee.

Abrí la carpeta y apareció una foto de Grace en un pub que no reconocí. Llevaba un uniforme de camarera al estilo de los años cincuenta.

—¿Qué es esto, Jameson? Te dije que no quería hablar más de Grace.

—No hablas de ella, pero piensas en ella. Todo el tiempo. Así que, como tu buen amigo, hice una investigación.

—Sé que ella está en Foxhill.

—Y sé que lo sabes. Después de todo, no dormiste hasta saber que llegó sana y salva. Incluso si esta loca cacería humana te ha costado más que unas vacaciones en Barbados.

—La seguridad de Grace vale más que unas vacaciones de mierda en Barbados.

—Dice el tipo que está perdidamente enamorado y no lo admite ni hace nada al respecto.

—¿Qué quieres de mí, Jameson? Conoces mi situación.

—Sí, la conozco. Pero no conoces la situación de Grace.

—¿Qué quieres decir?

—Está todo en el archivo. Deberías mirarlo cuando tengas oportunidad. Quizá no puedas ser feliz con Grace porque sigues aferrado a tu estúpida promesa de casarte con Sophie. Pero al menos puedes asegurarte de que Grace tenga la oportunidad de ser feliz. Sin ti. Quizás su felicidad te haga sentir mejor al pensar en ella en el futuro, y en algún momento vuelvas a tener algo parecido a una sonrisa en la cara.



Esperé hasta que Jameson saliera de la habitación, entonces me incliné sobre el expediente y lo desmonté pieza por pieza. Cada página que leía me enfurecía más.

Lo que estaba escrito en esos documentos era indignante. Con rabia, tiré el expediente de la mesa. Las hojas se esparcieron por el brillante suelo de parqué. Reflejaban perfectamente el caos en el que vivía Grace. Y al que yo contribuí activamente.

Estuve tan ocupado tirándome a Grace que mi infalible instinto me falló por primera vez en mi vida. Debí haberme dado cuenta de que una mujer tan talentosa y ambiciosa como Grace no estaba bailando en un club nocturno de chicos ricos y sirviendo magdalenas en una cafetería por su propia voluntad. Debí haberme dado cuenta de que había algo muy raro en su historia. Conocía la modestia y la actitud realista que caracterizaban a Grace. Que parecía que no hacía un gran alarde de sí misma. Que no quería ser una carga para nadie con sus problemas. Y a pesar de saberlo, me conformé con su historia superficial y no indagué más.

Había necesitado a Jameson.

Jameson de todas las personas. El hombre tenía una empatía del tamaño de una hormiga.

Pero aparentemente era más grande que la mía. No quería entrar en lo que eso decía de mí.

—Veo que has leído el expediente. —Jameson asomó la cabeza por la puerta y miró divertido el desorden del suelo.

—¿Cómo no lo sabía? —gruñí y me levanté de un tirón, apoyando las manos en el escritorio para no sobresaltarme.

—Porque estabas demasiado ocupado metiéndole la polla a la chica, supongo. Pero quién puede culparte. Ella es un verdadero bombón.

—¿Me equivoco o sólo estás deseando que te pateen el culo?

—Ambos sabemos en qué tipo de situación te metiste en tu última pelea, Damian. Así que por una vez deberías serenarte y dejar que tu ingenio luche. Lo que me lleva a mi verdadero punto: ¿qué vas a hacer ahora?

—¿Qué? El caso está más que claro. Voy a acabar con ellos y destruirlos si es necesario. Me aseguraré de que no vuelvan a explotar a gente indefensa y les haré pagar por su repugnante codicia. Pagarán por lo que le hicieron a Grace y a su familia.

—Entonces deberías llamar a Grace y decirle que quieres aceptar el caso.

—No. Absolutamente no.

—¿Por qué no?

—No quiero que Grace sepa que acepto este caso.

—¿Y por qué tanto escondite?

—En primer lugar, ella nunca aceptaría mi ayuda. En segundo lugar, no quiero que se sienta en deuda conmigo. Y tercero, si la llamara, me debilitaría inmediatamente y posiblemente sucumbiría a la tentación de cancelar la boda.

—¿Entonces, deberías cancelarla de una maldita vez! ¡Debe haber otra manera, Damian! Estamos en el siglo XXI. No deberías tener que esconderte sólo porque no cumples las normas sociales habituales.

—Nunca has sabido nada de política.

Me masajé las sienes palpitantes y deseé no tener que mantener esta discusión.

—Me pregunto por qué. Porque los políticos son una panda de cabrones aburridos y ávidos de poder con la inteligencia de una mosca, que siempre llevan el alma de su madre en el bolsillo del culo, dispuestos a venderla al mejor postor.

Involuntariamente torcí la cara en una sonrisa.

—Eso es exactamente lo que Sophie quiere cambiar. Por eso debemos hacérselo posible. Se lo merece. El mundo merece una mujer fuerte como Sophie, que luche por el futuro de sus hijos.

—El hecho de que Sophie oculte su verdadero yo no habla precisamente a su favor, Damian. ¿Cómo se supone que el mundo va a creer en alguien que no es abierto y honesto? ¿Quién les miente? ¿Quién engaña a la gente? ¿Qué la diferencia de todos los mentirosos del Senado?

—El mundo nunca sabrá que ella les oculta algo.

—Pero Sophie lo sabe, Damian. *Ella lo sabe*. Tiene que mirarse en el espejo y aceptar el hecho de que predica honestidad y tolerancia a la gente de EE.UU., pero no tiene el valor de respaldar sus palabras con hechos. ¿Sabes cómo se llama eso, Damian?

—Miedo. Miedo a las habladurías, al acoso y a la hostilidad a la que seguramente se enfrentará si habla claro.

—No, Damian. Eso no se llama miedo. Se llama hipocresía. Si Sophie realmente está tan aterrorizada por la reacción de los ciudadanos, entonces no sé por qué quiere trabajar por el bienestar de esos mismos ciudadanos. Por qué quiere organizar su vida en torno a su bienestar. Porque una sociedad tan intolerante y odiosa como la que imagina Sophie estaría condenada al fracaso de todos modos. Una sociedad así no merece que la gente se sacrifique por ella y luche

por ella.

—Tienes razón —susurró una voz sorprendida desde el fondo.

Jameson se dio la vuelta.

—¡Sophie! Dios, me has asustado. Escucha, no sé lo que has oído...

—Todo —dijo ella sin preámbulos.

—Mierda. —Jameson se revolvió el pelo y caminó hacia Sophie—. Puede que lo haya dicho un poco groseramente...

—No pasa nada. Lo has dicho muy bien, Jameson. —Sophie exhaló temblorosamente—. Damian. —Pasó junto a Jameson y se acomodó en la silla frente a mí—. Tenemos que hablar. Sobre nosotros.

GRACE

—¿Grace? —Mi jefe se acercó a la mesa que estaba limpiando y arrugó la nariz—. Hay un trajeado en el mostrador que quiere hablar contigo.

—¿Un trajeado?

—Sí, uno de esos tipos con trajes elegantes. Limpio y arreglado. Destaca como un pulgar adolorido en nuestra pequeña ciudad aburrida.

—¿Dijo lo que quería?

Mi jefe se encogió de hombros sin sentido.

—Abogado o algo así. Espero que no hayas hecho nada malo.

La palabra *abogado* envió una oleada de adrenalina por mi cuerpo que habría matado fácilmente a un elefante.

Damian era abogado.

Con el corazón palpitante y las manos temblorosas, fui al bar.

¿Por qué iba a venir Damian a verme?

Había pasado un mes desde mi huida de Nueva York.

Un mes sin Damian. Un mes en el que no había sabido nada de él.

La transferencia de devolución de los seis meses de sueldo que me pagó por adelantado había fallado. El banco de Damian sólo me dijo por teléfono que no podían aceptarme dinero y que lo guardara.

No había sabido nada del propio Damian. Absolutamente nada. Aunque no debería molestarme su silencio, me dolía. Aunque no debería haber esperado que se pusiera en contacto conmigo, no pasó un día sin que secretamente deseara que lo hiciera.

Contuve la respiración tensa mientras caminaba los últimos metros hasta el bar. Pero cuando el hombre trajeado se giró hacia mí, me decepcionó darme cuenta de que el visitante no era Damian.

Me sentí doblemente molesta al darme cuenta.

Me molestó porque esperaba que Damian viniera a...

Sí, ¿para hacer qué exactamente? ¿Qué esperaba? ¿Que dejara a Sophie y confesara su amor por mí? ¿Que cancelara su boda con ella y se casara conmigo?

¡Tonterías!

Y me fastidiaba ver al extraño abogado, me sentía decepcionada porque en secreto esperaba a Damian.

Me propuse firmemente mandar a Damian de regreso si algún día aparecía por aquí.

No podría perdonar a un hombre que no me dijo que estaba comprometido. Su comportamiento era una completa falta de respeto tanto hacia mí como hacia Sophie.

Todavía no entendía cómo pude estar tan equivocada con Damian.

El hombre que yo creía que era el más generoso, cariñoso y atento del mundo. Mi mundo.

Atributos como calculador, engañoso e infiel no encajaban en absoluto en la imagen que yo había pintado de él.

Pero tal vez eso se debía a mi mente nublada, que se desconectaba por completo en presencia de Damian y dejaba que mi corazón y mi lujuria desenfrenada pensarán.

—¿Señorita Bailey?

El elegante hombre del traje se acercó a mí con una sonrisa amable y me tendió la mano.

—Soy yo —respondí vacilante y le apreté la mano.
—Soy James Stone, abogado de *Stone & Partners*.
—¿En qué puedo ayudarle, señor Stone?
—Espero sinceramente poder serle de ayuda, Srta. Bailey.
—No lo entiendo...

—¿Nos sentamos un momento? Se lo explicaré.

Miré a James Stone con suspicacia. Pareció darse cuenta, porque añadió:

—No perderá el tiempo, se lo prometo. Deme cinco minutos.

—De acuerdo. Cinco minutos. A mi jefe no le gusta que el personal se siente en las mesas de los clientes mientras él trabaja. —Cedí y señalé una mesa que estaba un poco apartada y, por tanto, ofrecía intimidad.

James Stone tomó asiento y cruzó las manos con confianza.

—Represento a la compañía de seguros Thorpe en un acuerdo a escala nacional relacionado con unas prestaciones denegadas injustamente y su familia es una de las perjudicadas.

—¿Puede ser un poco más específico? —pregunté.

—El accidente laboral de su padre. La compañía de seguros de la empresa, Thorpe, debió haber pagado su tratamiento. Según los registros, su padre chocó contra un árbol de camino a casa.

—Microsueño, sí. Pero Thorpe dijo en su momento que mi padre no viajaba a casa por la ruta directa. Por eso no se aplica como seguro de empresa.

—Su padre paró en el supermercado a comprar leche fresca, huevos y tostadas.

—Así es. Le pedí que lo hiciera.

Pensar que mi petición casi le costó la vida aún me hacía llorar.

—Lo importante es lo que hizo después, o mejor dicho, lo que habría hecho.

—Me temo que no le entiendo.

—A su padre lo llamó su jefe y le pidió que entregara algo en la imprenta local.

—Sí, lo recuerdo vagamente. Pero eso nunca sucedió.

—Porque su padre tuvo un accidente de camino a la imprenta. Su padre viajó directamente desde su lugar de trabajo a la imprenta. El supermercado está en la carretera de camino a la imprenta, así que no es un desvío, sólo una parada. Como a su padre se le encomendó la tarea de conducir hasta la imprenta después de un turno de noche de diez horas, todavía estaba de servicio cuando ocurrió el accidente. Por tanto, se aplica el seguro del empresario.

—¿Pero por qué ahora de repente? Ni siquiera nuestra propia compañía de seguros quería pagar.

—Eso es porque su padre se saltó algunos pagos. Así que su seguro privado estaba en lo correcto. Pero la compañía de seguros del empleador no tiene elección.

—Entonces, ¿por qué Thorpe se negó con tanta vehemencia en su momento y lo presentó de forma completamente distinta? Nos enviaron páginas de cartas, la mitad de las cuales ni siquiera entendí. Nos enterraron literalmente en papel. Y el empleador de mi padre alegó que tenía las manos atadas en este caso. Despidieron a mi padre poco después porque no podía estar tanto tiempo de pie en la cadena de producción con su rodilla rígida.

—Lamento profundamente que su caso no se gestionara más concienzudamente en su momento y que, como consecuencia, se cometieran errores masivos. En nombre de Thorpe Insurance, me gustaría pedirle disculpas a usted y a su familia por los inconvenientes causados.

—Me cuesta creerlo —resoplé enfadada—. ¿Y qué pasará ahora?

—La compañía de seguros se hará cargo de todos los gastos incurridos hasta la fecha y

también cubrirá todos los gastos posteriores. Los pagos que ya haya efectuado, más los intereses devengados, le serán reembolsados sin excepción en cuanto presente las facturas a mi bufete. Todas las facturas futuras se enviarán directamente a Thorpe. La compañía de seguros se encargará de la liquidación. Usted ya no tendrá que preocuparse de nada. Además, en teoría tendría derecho a una indemnización.

—¿En teoría? ¿Y en la práctica?

—En la práctica, una demanda así acabaría en los tribunales y esperaría unos cuantos años en la cola con otros cientos de casos hasta llegar a juicio. Es más, una demanda así dañaría aún más la ya empañada imagen de mi cliente.

—¿Sabe lo poco que me importa la imagen de su cliente? —grité indignada—. ¡No tiene ni idea de lo que esas *malas decisiones*, como usted las llama, han hecho! ¡Han destrozado la vida de mi familia! He estado trabajando como una loca para pagar las interminables facturas y, a pesar de todos mis esfuerzos, no lo he conseguido. Todos nuestros ahorros han desaparecido por culpa de esas *malas decisiones*. La casa está endeudada. El coche vendido.

—La entiendo, Srta. Bailey. Y como he dicho, le pido sinceras disculpas en nombre de la compañía de seguros. Ahorrémonos el juicio y lleguemos a un acuerdo. Thorpe le ofrecería esta cantidad si firma que no hará pública la mala conducta de la aseguradora y se abstiene de demandar.

James Stone deslizó un cheque por la mesa que me mareó.

En el papel había un uno con seis ceros.

Y debajo estaba escrito en letras garabateadas: *un millón de dólares estadounidenses*.

Capitulo 25

DAMIAN

—OIGÁMOSLO, Stone. ¿Aceptó la Srta. Bailey su oferta?

—No.

El abogado de la compañía de seguros Thorpe apretó los dientes.

—Interesante. ¿Y por qué no? ¿No le ofreció la cantidad que acordamos?

—Sí, la señorita Bailey cree que su padre merece el millón de dólares por el hecho de no haber recibido el tratamiento al que tenía derecho tras el accidente, y haber podido sufrir daños permanentes en su salud como consecuencia de ello.

—Es comprensible. Si la compañía de seguros hubiera pagado después del accidente, como exige la ley, la familia Bailey habría podido permitirse un tratamiento mejor en lugar de limitarse a utilizar las opciones de tratamiento mínimas. ¿Y ahora? ¿Quiere demandar?

El abogado suspiró al otro lado de la línea.

—Quiere el reembolso íntegro de todos los gastos incurridos hasta ahora y que la compañía de seguros clasifique al señor Bailey como paciente privado. También quiere que Thorpe le pague el mejor tratamiento que el dinero pueda comprar.

—Eso suena justo.

—Además de eso, su padre recibirá el millón de dólares de indemnización.

—Eso también es más de lo que le corresponde a la familia.

—Bueno, y además la Srta. Bailey quiere 155.353 dólares de indemnización por los daños que sufrió personalmente.

—¿Por qué 155.353 dólares?

—Según el conservatorio, eso es lo que le cuesta el diploma de dos años en la *Escuela de Danza Giuliard* de Nueva York, incluidos los gastos de matrícula, alojamiento, transporte y gastos accesorios.

Hubo una pausa entre nosotros.

Yo no sabía nada de la admisión de Grace en la *Giuliard* ni que no pudo empezar los estudios a causa del accidente. Los archivos de Jameson sobre Grace me lo revelaron. Me sentí tan unido y conectado a Grace que me golpeó como un puñetazo en la cara no saber nada de su sueño de bailar en los grandes escenarios del mundo. Por otro lado, ese conocimiento me llenó de orgullo. Porque en *Giuliard* sólo se aceptaba a los mejores entre los mejores. No cabía duda de que Grace era una de ellas.

Me aclaré la garganta y desperté de las ensoñaciones en las que seguía cayendo.

—Este título era el sueño de toda la vida de la señorita Bailey antes de que el malicioso comportamiento de Thorpe lo arruinara. Durante el último año, ha tenido que trabajar como una esclava los siete días de la semana, casi las veinticuatro horas del día, para garantizar la continuidad del tratamiento de su padre. Esto le ha causado daños físicos y mentales. Así que si ella quiere 155.353 dólares, yo diría que lo redondee a 200.000 dólares. Después de todo, tenemos que tener en cuenta la inflación, ¿no?

—Pero...

—¡Stone! Piense bien lo que dice ahora. Si no llega a un acuerdo con la señorita Bailey, mi bufete irá a los tribunales. Jameson, Landon y yo representaremos a la Srta. Bailey y a su padre de tres en tres. Desmontaremos Thorpe pieza por pieza y desenterraremos todos los cadáveres que ha escondido en el sótano. Y por supuesto, en interés público, nos aseguraremos de que los

medios de comunicación estén totalmente informados sobre el caso y sus implicaciones. Usted y yo sabemos que una oleada de demandas se cernirá sobre Thorpe, arruinando por completo a la compañía de seguros. Haré del trabajo de mi vida ayudar a los demandantes en su empeño.

—¡Muy bien, muy bien! Conseguirá los 200.000 dólares.

—Eso es. Y comprobaré a fondo si la mala conducta de Thorpe en el accidente del Sr. Bailey fue un incidente aislado. Si descubro que la aseguradora está haciendo trampas sistemáticamente, les llevaré a los tribunales. Me conoce a mí y a mi reputación, Stone. Sabe lo que pienso de la injusticia y de los que la causan. Ya se puede fiar de mi palabra.



—¿Y? —Jameson y Landon se dejaron caer en las sillas de visita de mi despacho y pusieron los pies sobre la mesa.

—¿Y qué? ¿Y tus zapatos están limpios? No, no están limpios. Entonces, ¿te importaría quitármelos de mis malditos archivos?

—Deberías volver a tener sexo, tío. No molas nada —refunfuñó Landon—. ¿Ahora la sexy Grace vuelve a Nueva York para estudiar?

—Sí.

—Sí, ¿estás de acuerdo con nosotros en que tu polla necesita desesperadamente una cueva caliente en la que relajarse o sí, tu dama del corazón vuelve a Nueva York?

Le di a Landon una mirada molesta y abrí el archivo de un nuevo caso.

—Digamos que la sexy Grace vuelve a Nueva York para estudiar danza en *Giuliard*. Seguro que es muy exigente. Necesitará a alguien que le afloje los músculos tensos y le quite la presión para rendir en una escuela tan elitista.

—Exacto —coincidió Jameson—. Un tipo fuerte, cariñoso y desinteresado que la lleve en volandas y esté completamente loco por ella. ¿Conoces a alguien que puedas recomendar, Damian?

—Muy gracioso.

—No estoy bromeando, estoy hablando en serio. Has dejado claro que quieres alejarte de Grace a pesar del anuncio de Sophie.

—Porque ella se merece a alguien mejor.

—Así es. Lo merece. Alguien que no sea tan estúpido y terco como tú. Por eso te pregunto: ¿Conoces a alguien que puedas recomendar para ella? ¿Alguien que creas que es lo suficientemente bueno para ella? Porque entonces podríamos asegurarnos de que conozca a ese hombre antes de que se involucre con cualquiera de los innumerables pretendientes indignos que sin duda tendrá en *Giuliard* dentro de unas semanas.

—Jameson tiene razón. Piensa en todos los compañeros: cantantes, músicos, bailarines. A las mujeres les gustan los hombres que saben cantar y bailar. Te apuesto a que no pasarán quince días antes de que uno de los estudiantes de música se pare bajo su ventana y le confiese su amor en una canción escrita por él mismo.

—Sí, o algún bailarín de ballet malhumorado que se ofrezca a practicar las elevaciones de *Dirty Dancing* con Grace. Especialmente las horizontales —dijo Jameson.

—Quizás Grace se mantenga fiel a su gusto por los hombres mayores y coja a uno de los instructores guapos. Hay unos cuantos que deberían tener la edad de Damian. He oído que lo normal son treinta y tantos. Inteligentes. Bien entrenados. Deseables —añadió Landon.

—¿Acabamos de decir que bastan unas semanas para que se forme una cola de pretendientes a las puertas de Grace? —Jameson se giró hacia Landon.

—Lo dijimos.

—Creo que son más bien días.

—Yo también lo creo, amigo.

—Entonces, Damian, ¿hay alguien que podamos presentarle a Grace? ¿Alguien que merezca su sonrisa, su carácter genuino y su cuerpo de ensueño? ¿Alguien que no te importaría que ella gimiera su nombre al orgasmar? ¿Alguien lo suficientemente bueno para casarse con ella y ser el padre de sus hijos?

—¡Fuera de aquí! Los dos.

Me levanté de un salto y cerré las manos en puños. Mi rugido sonó tan enfadado y furioso que casi me dio miedo a mí mismo.

—¡Ahora! —siseé como advertencia—. Antes de que pierda los nervios y os haga caer en picado setenta pisos por la ventana.

Landon y Jameson se levantaron tranquilamente y se sonrieron con picardía.

Al salir, Landon me dio un puñetazo fraternal en el hombro.

—Amigo, sólo puedo repetirlo una vez más: necesitas desesperadamente una mujer que te ponga la polla a tono. Y da la casualidad de que la mujer perfecta para ello vuelve a Nueva York dentro de unas semanas, justo a tiempo para el semestre de otoño. Por cierto, esta mujer también es dueña de tu corazón sangrante. No entiendo demasiado sobre eso, pero parece ser una parte no insignificante del devastador estado de ánimo catastrofista que has estado mostrando durante más de un mes. Piénsalo.

GRACE

Le confesé a mi padre lo que realmente sucedió después de su accidente. No omití nada. Incluso le hablé de Damian. Esta confesión y la consiguiente ira y decepción de mi padre fueron algunas de las cosas más duras que la vida me había deparado hasta entonces.

Incluso después de llegar a un acuerdo con James Stone que era incluso más generoso de lo que yo pedí, la sensación de alivio no se materializaba. Sabía que tenía que sincerarme con mi padre antes de poder dejar atrás esa pesadilla. Además, no se me ocurría ninguna explicación que justificara el millón de dólares que tenía en su cuenta bancaria.

Así que me desahogué.

Mi padre y yo nos gritamos, dijimos groserías y lloramos. Después de horas de conversación agotadora y emotiva, estaba tan cansada que me quedé dormida en el sofá. Me desperté horas después. Mi padre me había tapado con una manta de lana y estaba sentado a mi lado, acariciándome la cabeza tranquilizadamente y con la mirada perdida en el espacio.

—¿Estás pensando en lo que vas a hacer con un millón de dólares? —Intenté aligerar el ambiente opresivo con una broma y me incorporé.

—Pensaré en por qué mi pequeña me protegió a mí y no al revés y si hay alguien ahí fuera que pueda cuidar de mi Gracie, ya que obviamente he fracasado.

—Oh papá. —Me acurruqué junto a él y lo abracé fuerte—. No has fracasado. No digas esas cosas. Además, puedo cuidar de mí misma. No necesito a nadie, y menos a un hombre.

—¿Qué me dices de ese tal Damian? Por la forma en que lo describiste, no parece el tipo de hombre que miente y te engaña. ¿Estás segura de que no es un gran malentendido?

—Estoy segura, papá. Él mismo me dijo aquella noche que Sophie era su prometida.

—Quizá vuelvas a hablar tranquilamente con él cuando regreses a Nueva York.

—No. No voy a hacer eso. Quiero dejar atrás el último año, papá. Todas las experiencias y recuerdos horribles. Cuando me mude a Nueva York, será un nuevo comienzo para mí. Sólo miro hacia adelante y nunca hacia atrás.

—Ya sabes lo que te enseñé sobre la palabrita '*nunca*'.

Puse los ojos en blanco.

—Nunca digas nunca. Eso ya lo sé. Pero en este caso es diferente. Me fui de Nueva York hace más de seis semanas. No se ha puesto en contacto conmigo ni ha hecho ningún otro intento por explicar su comportamiento o reconquistarme. Está muy claro: es feliz como están las cosas. Yo era su aventura sucia antes de la boda con Sophie. Quería desahogarse una última vez antes de ponerse el anillo de boda.

—No seas tan dura contigo misma y con él, Gracie. Y no hagas juicios precipitados antes de conocer todo el panorama.

—¿Lo estás defendiendo ahora?

—No. Por supuesto que no. Sólo te digo que no puedes pensar con claridad porque tienes el corazón roto y por eso tu juicio está nublado.

—¡Papá! ¡Mi juicio está perfectamente intacto! Y se acabó el asunto. Disfrutemos juntos del tiempo que me queda en Foxhill. ¿Qué tal si cocino algo para nosotros y nos sentamos en el porche al sol con una taza de té y un buen libro?



Dos semanas después, estaba arrastrando mi equipaje hasta el pequeño piso de West Harlem, que estaba a sólo unas paradas de metro de la *Escuela de Danza Giuliard*, que a su vez estaba justo al oeste de Central Park. En otras palabras, no estaba lejos del ático de Damian, que daba a parte del lado este de Central Park.

Por desgracia, no podía cambiar la ubicación de la universidad. Así que tuve que resignarme al hecho de que estaría en el barrio de Damian permanentemente durante los próximos dos años y tenía que tener cuidado de no tropezarme accidentalmente con él en Central Park.

Porque a pesar de mi mantra del “*nuevo comienzo*”, mi corazón se curaba muy despacio, si es que se curaba.

Tal vez me estaba preocupando por nada y Damian se mudaría a Washington DC para vivir con Sophie después de su boda. La idea me estrujó el corazón.

Aparté los persistentes y recurrentes pensamientos sobre Damian y decidí concentrarme en lo que tenía por delante: mi futuro.

Todavía me costaba creer que mi sueño tan esperado y añorado se estuviera haciendo realidad.

Seguía sin entender por qué el abogado de Thorpe se puso en contacto conmigo. James Stone dijo que la persona encargada de su caso emitió un juicio incorrecto y que sus decisiones fueron revisadas después de su despido.

Era una explicación perfectamente lógica, aunque yo suponía que las empresas con ánimo de lucro intentarían encubrir por todos los medios una mala conducta de ese tipo.

Por supuesto, se me ocurrió que Damian podría haber tenido algo que ver. Pero descarté rápidamente esta idea. Habría sido un poco descabellado creer que Damian estuviera indagando en mi pasado y estuviera tan comprometido con mi familia, sobre todo porque Stone no mencionó su nombre ni el de su bufete una sola vez.

Damian no quería saber nada más de mí. Esa era la fría y despiadada verdad. Me gustara o no.

No hizo ningún intento de localizarme, de hablar conmigo.

Sin duda fui yo quien abandonó su casa pero si yo le importaba, si yo hubiera significado algo para él, hace tiempo que debió haber reaccionado. Su silencio hablaba por sí solo. Y por mucho que me doliera y me decepcionara, sabía que lo quiso así por una buena razón.

Tenía que vivir con las consecuencias de mi decisión a partir de entonces. Y aunque aún no supiera cómo hacerlo, me las arreglaría de algún modo.

Concentraría toda mi energía en mis estudios y en mi objetivo de bailar en los grandes escenarios del país.

Por el momento, dejaría aparcada la sección masculina.

Oficialmente, mi razonamiento era que no quería distraerme con nada ni con nadie.

Extraoficialmente, sabía que ningún hombre podría compararse a Damian.

Damian me robó el corazón y se quedó con una parte de él.

Para siempre.

Capitulo 26

DAMIAN

ESTABA SENTADO en la cafetería que queda junto a la entrada del conservatorio con el rostro oculto tras el New York Times, con la esperanza de vislumbrar a Grace. Era su primer día en *Giuliard*. Desde que supe que regresaba a Nueva York para hacer realidad su sueño de estudiar danza, había estado deseando que llegara este día.

—¿No crees que tu comportamiento tiene un parecido aterrador con el de un acosador enfermo?

Jameson se sentó a mi lado con una sonrisa y dio un sorbo a la taza de café que llevaba en la mano.

—O eso, o es un colegial tímido que no tiene huevos para hablar con la dama de su corazón.

—Y cuando el quarterback guay del equipo de fútbol del instituto por fin le arrebató a la chica porque él mismo no pudo mover el culo, se entierra en sus libros de texto y muta en un aburrido empollón.

—Sí, exactamente. Un empollón con las uñas mordidas, gafas con montura de cuerno y cristales de veinte centímetros de grosor.

Landon hizo una mueca de disgusto.

—Alguien que gana la Olimpiada de Matemáticas y luego estudia ingeniería informática o física.

—Alguien que se alivia viendo porno en el retrete.

—O con una muñeca sexual de plástico.

—Tío, ¿de verdad quieres acabar así?

—¿Qué coño hacéis aquí? —gruñó y bajó el periódico.

—Lo mismo que tú.

Jameson se encogió de hombros.

—Estamos viendo al bombón que por primera vez balancea su bonito trasero bailarín en el conservatorio. Después de todo, está soltera y por lo tanto es un juego limpio.

—Si se te ocurre acercarte a Grace de una manera indecente...

—Entonces me matarás, me cortarás en pedazos y me esconderás en las paredes. Eso está claro. Si piensas hacer eso con todos los hombres que se acerquen a Grace de forma indecente, deberías alquilar cuanto antes un almacén con cámaras frigoríficas, donde puedas guardar a todos los hombres hasta que los hayas torturado, desmembrado y empaquetado.

—Puede que quieras poner un anuncio. Necesitarás refuerzos en poco tiempo si quieres seguir el ritmo de los admiradores de Grace.

—Exactamente. Puedo verlo en mi mente: *“asesino en serie busca ayudante. Actividades: secuestrar, torturar, matar, desmembrar y hacer desaparecer a todos los admiradores de mi ex novia. Requisitos: experiencia en el manejo de herramientas de tortura, precisión y conciencia a la hora de desmembrar los cuerpos, limpieza meticulosa de la zona de trabajo y herramientas”*.

—Una vez tuve un caso flagrante durante mi época universitaria. Quizá aún lo recuerde. El tipo disolvía los cadáveres en ácido clorhídrico. Muy efectivo. Y no tendrías que preocuparte de que los descubrieran. Si quieres, puedo averiguar en qué prisión de alta seguridad está actualmente y concertar una reunión. Seguro que puede darte algunos consejos útiles.

—Estás totalmente loco de la cabeza. Los dos lo estáis.

—Eso es lo que dice el hombre correcto —resopló Jameson.

—¿Quién se sienta aquí como un ladrón detrás de un periódico y espera durante horas sólo para echar un simple vistazo a la mujer de sus sueños?

—Ahí está —siseé y miré hacia la ventana, donde Grace estaba de pie frente a la entrada del *Giuliard*, con los ojos brillantes de alegría y la delicada mano en el corazón.

—Y ahí está el admirador número uno —comentó Landon secamente.

Un estudiante, más o menos de la edad de Grace, con el pelo rubio liso y un estuche de violín a la espalda, se detuvo junto a Grace y se acercó a ella. Grace se rio de algo que dijo y le estrechó la mano. Entraron en el edificio uno al lado del otro y Grace desapareció de mi vista.

—Aquí tienes, tío. ¿Cuál es tu plan? ¿Vas a ir directamente a por él y a darle caña a ese músico de Fuzzi o vas a esperar a que desempaque su violín? —se rio Jameson.

Landon rugió y chocó los cinco con Jameson, riendo.

—Gran juego de palabras, tío.

—En serio, Damian. Lo que estás haciendo aquí es beber café y esperar tu mala suerte en lugar de patearte el culo y agarrar la felicidad que está a tu alcance. Es tu decisión. Pero no tardes mucho en tomarla. Si no, la decisión se tomará sola.

GRACE

Cuando subí las escaleras de mi piso el viernes por la noche después de una semana larga y agotadora, había un ramo de rosas rosas con una etiqueta de corazón de cartón en el umbral.

“Para la mujer más bella de Giuliard” estaba escrito en ella con letra cursiva.

Miré a mi alrededor con curiosidad, pero no había nadie más en la escalera. Me pregunté quién me habría regalado esas flores tan bonitas. Abrí la puerta y coloqué el ramo en un vaso, que llené de agua. Las miré pensativa. ¿Y si eran de Damian? Sacudiendo la cabeza, fui a la nevera y me serví un vaso de agua. No tenía sentido. Hacía tiempo que Damian me apartó de su vida.

El timbre del móvil me sacó de mis ensoñaciones sobre el hombre que me rompió el corazón. Un vistazo a la pantalla me dijo que era Jason, uno de mis compañeros.

—¡Hola, Grace! ¿Tienes planes para esta noche?

Me apoyé en la nevera y miré al techo. No, no tenía ningún plan. La semana pasó volando gracias al apretado horario de clases, y no se me ocurría nada mejor que terminar la noche en la azotea del ático de Damian con una copa de vino y música latinoamericana, abrazada a Damian.

Bajé el móvil y solté un grito exasperado

¡Damián!

¡Siempre Damian!

¿Por qué este tipo siempre se las arreglaba para colarse en mis pensamientos, mis sueños, mis deseos y mis anhelos? ¡Después de todo lo que me hizo! Y sabiendo muy bien que no se puso en contacto conmigo ni una sola vez en dos meses. Ni durante mi estancia en Foxhill, ni desde mi regreso a Nueva York.

—¿Grace? ¿Sigues ahí? ¿Estás bien?

Sorprendida, miré la pantalla de mi móvil y la conversación con Jason que se me había olvidado por completo.

—Lo siento, me he dado un golpe en el dedo del pie —mentí—. Todavía no tengo planes y estoy encantada de acompañarte.

No tenía la energía o el deseo de salir la tarde del viernes y posiblemente la noche, pero me distraería de mis pensamientos sobre Damian. De la pregunta de con quién iba a pasar la tarde y la noche. Del dolor que su traición dejó en mi corazón. Y de las lágrimas que derramaba en secreto cuando nadie me veía.

También era importante establecer una buena relación con las personas con las que pasaría casi todos los días durante los próximos dos años.

Capitulo 27

DAMIAN

—¿ESTÁS segura de que no quieres ir a *La Veneziana*? —le pregunté dubitativo a Sophie, frente a la destartalada pizzería de Hells Kitchen que ella eligió.

—Según dicen, este sitio tiene la mejor pizza de todo Manhattan. Que no te eche para atrás la fachada. Es lo que hay hoy en día. Se llama el *Used Look*.

—Ya veo. Bueno, si tú lo dices —comenté y seguí a Sophie al interior para tomar asiento en una de las espartanas mesas junto a la ventana con mantel de papel blanco.

Sophie me entregó el menú dañado y envuelto en plástico y se preguntó en voz alta qué pizza estaría mejor.

Después de hacer nuestro pedido, me senté y la miré mientras esperaba.

—¿Todavía estás segura de que quieres seguir adelante con esto, Soph?

—Al cien por cien. La entrevista ya está impresa y saldrá a la venta mañana en el último número de la revista. Así que ya no puedo echarme para atrás.

—Admiro tu valentía.

—El amor me dio ese valor, Damian. Antes de conocer a Chris, lo único que tenía era mi carrera en Washington. Pero mi relación con Chris cambió mi perspectiva. Mis prioridades cambiaron. No importa cuál será la reacción a esta entrevista: estoy preparada. Porque tengo a Chris a mi lado. *Con* o sin mi trabajo y mi carrera en Washington. Y si mi carrera política se arruina mañana, seguiré teniendo mi licencia de abogada, que me permitirá entrar en cualquier bufete de primera del país.

—Puedes venir con nosotros. Como socia. Cuando quieras.

Sophie sonrió.

—Gracias, Damian. Por todo lo que has hecho por mí.

—No tienes que darme las gracias, Soph. Hoy no sería abogado sin tu ayuda. Me salvaste el culo entonces. Nunca lo olvidaré.

Me acerqué a la mesa y puse mi mano sobre la de mi mejor amiga.

En ese momento, un grupo de personas que charlaban animadamente pasó por delante de la ventana del restaurante y sentí una mirada penetrante sobre mí.

—¿No es Grace? —Sophie me confirmó lo que ya había intuido.

Levanté la vista y descubrí a Grace, cuyos ojos estaban fijos en mi mano entrelazada con los dedos de Sophie. Por supuesto, sacó conclusiones completamente equivocadas. ¿Quién podía culparla?

¡Maldita sea!

Al momento siguiente, el grupo entró en el pub y se sentó al fondo del restaurante, Grace haciendo todo lo posible por evitar mirar en mi dirección.

—¿Grace ya sabe la verdad?

Negué con la cabeza.

—Damian.

—La voz de Sophie sonó reprobatoria.

—¿Por qué no? ¿A qué estás esperando?

—Quería darte la oportunidad de echarme atrás, Soph. Por si te arrepientes y quieres seguir adelante con la boda después de todo. Ya estamos comprometidos. Al menos extraoficialmente.

—Eso es terriblemente considerado y desinteresado de tu parte, Damian. Pero nos

conocemos desde hace casi quince años. Deberías saber que no cambio de opinión una vez que he tomado una decisión.

—Es que eres testaruda.

—Igual que tú —replicó Sophie.

—¿Por qué no vas y hablas con Grace?

—Seguramente ya estará hablando con otra persona.

Sophie giró la cabeza y arrugó la frente. Un chico guapo con una graciosa cabellera de rizos estaba sentado junto a Grace en el maltrecho banco, con el brazo echado despreocupadamente sobre el respaldo. Grace y él parecían absortos en una conversación en la que él acariciaba despreocupadamente el brazo de Grace con la mano libre. Varias veces.

—¿Qué haces si la parte contraria se presenta ante el tribunal con un testimonio inculpativo o nuevas pruebas?

Sophie ladeó la cabeza y esperó.

La miré, desconcertado.

—Lo sabes, ¿verdad? Tú también eres abogado.

—Dime, Damian. ¿Qué estás haciendo?

—Estoy haciendo todo lo posible para cambiar las cosas. Estoy luchando para ganar el caso de todos modos.

—Y eres muy bueno ganando, ¿no?

—No se me da bien rendirme —repliqué, encogiéndome de hombros.

—Entonces, ¿por qué te rindes tan fácilmente con Grace? ¿Por qué no luchas por ella? Es el caso más importante de tu vida, Damian. ¿Y quieres perderlo?

GRACE

Había otro ramo de flores en mi puerta ese sábado por la mañana.
Girasoles, para ser precisos.
De nuevo, había un pequeño corazón recortado en cartulina.

“Para la mujer cuya risa hace salir el sol”, estaba escrito en la etiqueta.

Busqué en vano en el ramo algún indicio de la floristería de la que procedía para descubrir la identidad del misterioso cliente.

A estas alturas ya podía descartar definitivamente que el remitente fuera Damian. Cuando lo vi con Sophie la noche anterior, mi corazón primero se detuvo y luego dio tumbos a una velocidad diez veces superior a la normal.

En Manhattan había unos treinta mil restaurantes. ¿Por qué tenía que visitar el restaurante donde Damian estaba con su prometida?

La destartalada pizzería napolitana debía su inesperada fama a un post de Instagram de dos músicos de moda que supuestamente comieron allí la mejor pizza de sus vidas después de un concierto.

Tengo que admitir que no tenía ni idea de si la pizza sabía bien o mal. Porque después de ver a Damian y Sophie en el mismo restaurante, a pocos metros de mí, apenas conseguí probar un bocado.

Cuando por fin levanté la vista después de lo que me pareció una eternidad y miré en dirección a Damian, él y Sophie habían desaparecido.



Pasé el resto de la noche envuelta en una nube oscura y luego lloré hasta quedarme dormida.

¿Cuándo pararía por fin este dolor? ¿Por qué empeoraba cada día? ¿Y si no paraba nunca?

Pasé el resto del sábado limpiando el piso, haciendo la compra, escuchando música y practicando la coreografía de la semana anterior.

El domingo, cuando abrí la puerta para dar un paseo por Harlem, había un pequeño ramo de nomeolvides. Llevaba el corazón obligatorio y no llevaba remitente. Pero en lugar de un cumplido, esta vez la definición de la flor nomeolvides estaba escrita en el corazón.

“La nomeolvides simboliza la esperanza de un reencuentro y da testimonio de una nostalgia soñadora”.

Leí el texto por segunda vez.

Y una tercera vez.

¿Esperanza de reencuentro?

¿Añoranza soñadora?

No pude evitar pensar en Damian al oír estas palabras.

¿Y si él estaba detrás de todo?

No, eso era imposible.

Mi cuerpo hormigueaba excitado ante la idea, pero mi mente me advertía que debía mantener las manos alejadas de un hombre que corría a dos pistas. Al fin y al cabo, estábamos hablando del hombre al que vi de la mano con su prometida el viernes por la noche. Era casi seguro que los dos fueron juntos al piso de Damian después del restaurante y pasaron la noche, posiblemente todo el fin de semana, planeando su boda de mierda.

Tiré descuidadamente las flores a la papelera y me dirigí a la puerta para tomar un poco el aire y recargar las pilas para la semana que tenía por delante. A medio camino, me detuve y entrecerré los ojos al ver las flores en la basura. No era culpa suya que Damian fuera un cabrón mentiroso y conspirador. Sólo por eso las saqué con cuidado de la basura y las coloqué en un vaso de agua a la luz, junto con los demás ramos.

La tranquila voz de mi corazón que intentaba convencerme de que las flores eran en realidad de Damian y de que me echaba de menos tanto como yo a él no tenía absolutamente nada que ver con mi misión de rescate.

Capitulo 28

DAMIAN

CON EL CORAZÓN PALPITANTE, esperé fuera de la entrada del bloque de apartamentos de Grace en Harlem a que saliera. La entrevista de Sophie y Chris salió tres días atrás, liberándome oficialmente de la promesa que le había hecho a Sophie.

Era libre.

Libre para Grace.

Libre para la mujer sin la cual mi vida parecía aburrida y sin alegría.

Cuando Grace salió de casa y me vio, se quedó clavada en el sitio, sólo para bajar la cabeza y pasar a mi lado a toda prisa.

—Grace. ¿Podemos hablar? —le pregunté, caminando a su lado.

—Tengo que ir a clase —respondió con brusquedad, mirando obstinadamente el cartel del metro que tenía delante.

—¿Puedo llevarte?

—No.

—¿Podemos vernos después de clase?

—No.

—Por favor, Grace. Dame la oportunidad de explicarte todo. Hay tanto que necesito contarte.

Grace se detuvo y se giró hacia mí.

—Después de dos meses de silencio, ¿de repente te das cuenta de que realmente necesitas hablar conmigo? Precisamente ahora, cuando estoy de vuelta en Nueva York. ¿Esto no tiene nada que ver con el hecho de que esperas continuar tu aventura conmigo?

—No. Por favor, créeme, no es así...

Grace se dio la vuelta y puso las manos en las caderas con rabia. Sus ojos paradisiacos brillaban de ira.

—¿Que te crea? ¿Me pides que te crea, Damian? ¿Lo dices en serio?

—Sé que es mucho pedir, pero te ruego que me escuches.

—Es demasiado tarde, Damian. No puedes volver a aparecer en mi vida después de dos meses de silencio. He remendado mi corazón con mucho esfuerzo y no puedes venir a abrir viejas heridas. Lo que vi el viernes por la noche estaba más que claro.

—Grace, yo...

—No, Damian. ¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz! Sal de mi vida como has estado haciendo desde que me fui. Si de verdad te importara, no me habrías dejado sufrir durante dos putos meses.

Con esas duras y últimas palabras, bajó corriendo las escaleras hacia el metro sin volver a mirarme.



—Bueno, ¿cómo ha ido?

Jameson, Landon y Sophie irrumpieron literalmente en mi despacho en cuanto entré.

Gemí de agonía. ¿Qué hice para merecer esto?

—No me escucha y me ha dicho que salga de su vida —resumí en una frase la amarga conversación con Grace.

—¿Y qué?

Jameson frunció las cejas y se sentó en el borde de mi escritorio.

—¿Y ahora qué?

—¿Estás diciendo que te lo tomaste así?

—¿Qué se supone que debía hacer? Estaba terriblemente alterada y enfadada.

—Está dolida, Damian —comentó Sophie—. Eso es buena señal.

—¿Por qué es una buena señal?

—Porque demuestra que aún se preocupa por ti.

—Y qué si le importo. Es demasiado tarde.

—Te dije desde el principio que movieras el culo y recuperaras a esa sexy ratona bailarina. Ahora tienes lo que te mereces.

Landon se metió otro cacahuete en la boca y lo masticó sonoramente, lo que me puso a cien.

—No deberías rendirte a la primera señal de resistencia, Damian —recomendó Sophie, lo que le valió un movimiento afirmativo de los dos amigos míos que son granos en el culo.

—Difícilmente puedo obligarla a escucharme. Y secuestrar es ilegal.

—Inténtalo de nuevo. Una y otra vez. Al final te escuchará.

—Tú no estabas allí, Soph. Había una finalidad en sus palabras que no podía ser sacudida. Grace es testaruda. Cuando se propone algo, no cede.

—Tú también puedes ser bastante terco. Ahora mismo, por ejemplo, lo estás siendo.

Sophie cruzó los brazos con impaciencia delante del pecho.

—Esto no tiene nada que ver con la terquedad. Grace *quiere* que la deje en paz. Después de todo lo que le he hecho pasar, puedo entenderlo. Así que respetaré sus deseos, por difícil que me resulte. Y ahora, por favor, déjame en paz. Tengo cosas que hacer.

GRACE

Cuando salí del edificio *Giuliard* a primera hora de la tarde, agotada del día, me esperaba la siguiente conmoción.

El encuentro con Damian por la mañana fue duro para mí y me mantuvo ocupada todo el día. Las dudas sobre si había reaccionado con demasiada dureza y la incertidumbre sobre qué me habría dicho si no le hubiera cortado y dejado plantado me carcomían, y me convertían en un desolado manojo de nervios.

Desde que entré en el conservatorio, lo único que había deseado era que las clases del día pasaran rápido para poder irme a casa. Pero ahora, en ese momento, quería girarme, volver corriendo al edificio y aguantar diez clases más.

Porque apoyada en el todoterreno oscuro aparcado en el bordillo estaba nada menos que Sophie, la prometida de Damian.

El hecho de que estuviera ahí sólo podía significar una cosa: sabía lo mío con Damian.

Y eso, a su vez, significaba que estaba ahí para echarme la bronca, en el mejor de los casos, y para matarme, en el peor.

Esperaba que saltara sobre mí gritando al verme, pero hizo exactamente lo contrario.

Sonrió.

Sophie me sonrió felizmente y me hizo señas para que me acercara.

¿Podría ser verdad?

Me acerqué a ella vacilante.

—Grace, hola. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias —respondí parcamente.

—Está a punto de empezar a llover. ¿Qué tal si el chófer te lleva a casa? Así tú y yo podemos charlar tranquilamente.

—¿De qué te gustaría hablar, Sophie?

—Sobre el hombre que es muy importante para las dos.

Tragué saliva y miré de Sophie al coche.

—No te preocupes, Grace. No te haré daño —soltó una risita, divertida—. Sé lo de Damian y tú, y puedo asegurarte que no he venido aquí para amenazarte ni nada peor. Sólo quiero hablar contigo.

—Apenas te conozco. ¿Por qué debería confiar en ti?

—Buena observación. Digámoslo así: si Damian te importa algo, deberías escuchar lo que tengo que decirte. Te sentirás mejor después. Te lo prometo.

—De acuerdo. —Acepté valientemente y subí al coche con Sophie con una sensación de hundimiento en el estómago. Tenía que estar loca para aceptarlo. Pero algo dentro de mí me urgía a hacerlo y averiguar lo que Sophie quería decirme.

—¿Qué quieres saber, Sophie? —empecé la conversación mientras el todoterreno se incorporaba al tráfico.

—Ya lo sé todo —respondió encogiéndose de hombros.

—Entonces espero que también sepas que no significó nada.

—¿Es así? —Ella frunció los labios con interés—. ¿No significó nada para ti, Grace? ¿Acaso Damian no significa nada para ti?

Miré por la ventana, sorprendida, y amasé los dedos en mi regazo.

—¿Por qué quieres saberlo, Sophie?

—Porque quiero a Damian.

—Y Damian te quiere a ti. Eso es lo único que importa. Dejémoslo así —respondí con tristeza.

—Sí, es verdad. Damian y yo nos queremos. Desde hace casi quince años. Pero no de la forma que imaginas. Nos queremos como amigos. No somos amantes. Nunca lo hemos sido y nunca lo seremos.

—Pero estáis comprometidos —repliqué, irritada.

—Estábamos comprometidos. Hasta hace tres días.

—No lo entiendo.

—Damian y yo nos conocemos desde nuestra época de estudiantes. Soy tres años mayor que él y entonces me asignaron como mentora. Durante sus prácticas, fui responsable y cuidé de él. Rápidamente nos dimos cuenta de que estábamos en la misma onda y nos hicimos buenos amigos. En aquel momento, estaba trabajando en un caso bastante grave de violencia doméstica en el que un hombre golpeó a su mujer hasta casi matarla. La mujer fue enviada a una casa de acogida, donde debía permanecer hasta el juicio. Pero, como suele ocurrir en estos casos, la mujer se debilitó y volvió a casa con su marido. Damian no lo aceptó y fue allí, en contra de mis instrucciones, para ver cómo estaba la mujer. Ella le abrió la puerta con un ojo morado, la nariz rota y la ropa rasgada. Fue entonces cuando a Damian le saltaron los fusibles. Irrumpió en la casa y se llevó por delante al marido, dándole una paliza de muerte. Le enseñó lo que se siente cuando te pegan.

Sophie suspiró y se estremeció al recordarlo.

—En teoría, Damian habría sido acusado de ese delito, habría acabado en el juzgado por agresión y casi seguro que habría perdido el carné de abogado.

—Pero no lo hizo, ¿verdad? ¿No perdió su licencia?

—Damian es un abogado condenadamente bueno y una persona aún mejor. Su corazón no quiere darse cuenta de que no todo el mundo puede ser salvado por él. Que a veces haces lo mejor que puedes y aun así pierdes. Aparte de su testarudez, eso es lo único que le separa de la perfección perfecta. No podía dejar que él, y no el gilipollas que apaleó y violó a su mujer, estuvieran entre rejas. Así que lo solucioné.

—¿Lo resolviste?

—Sí. Ahorrémonos los detalles. El hecho es que desde entonces Damian cree que me debe algo. Porque su sueño de toda la vida, su propósito en la vida, era convertirse en abogado. En su opinión, me debe a mí que ese sueño no le fuera arrebatado antes de que realmente hubiera empezado.

—Probablemente no esté del todo equivocado en eso.

—Sólo estaba ayudando a un amigo que cometió un error que la mayoría de la gente ni siquiera llamaría error. Al contrario. A veces desearía que se permitiera la justicia por mano propia. Pero no vayamos por ahí. Esta experiencia nos unió aún más a Damian y a mí. Conocía el secreto más oscuro de Damian, así que en algún momento también le confié el mío.

—¿Mataste a alguien?

Sophie se rio y se echó el pelo rubio hacia atrás con coquetería.

—No, no lo he hecho. Aunque algunas personas de mi entorno probablemente lo habrían preferido.

Hubo una pausa en la que Sophie pareció luchar consigo misma.

—Sólo dilo, Sophie. No hace falta que me lo cuentes con cautela —la animé.

Sophie giró la cabeza hacia mí y asintió.

—Bueno, entonces seamos breves. Me encantan las mujeres, Grace. Soy lesbiana.

—¿Ese es tu secreto más oscuro? No entiendo qué tiene de malo, ni por qué querías casarte con Damian.

Confundida, escruté a la mujer sorprendentemente atractiva, que irónicamente encarnaba el sueño de todo hombre: rubia, alta, delgada y extremadamente sexy.

—Mi sueño siempre ha sido cambiar el mundo. Suena terriblemente tópico y trillado, pero me influyeron mucho las historias de mi abuelo sobre la Segunda Guerra Mundial y la guerra de Vietnam. Quería evitar que el mundo volviera a encontrarse en una situación semejante. Los atentados terroristas de Nueva York y la posterior guerra de Irak me involucraron en la política. Como Damian, estudié Derecho en Nueva York. Luego acepté un trabajo con el senador Carter en Washington DC y fui ascendiendo en su equipo a lo largo de los años. Este es el último mandato del senador Carter. Y ha expresado su intención de ponerme en la carrera para sucederle.

—Pero eso es genial. Aún así, no entiendo qué tiene que ver esto con Damian y tu compromiso.

—El senador Carter es extremadamente influyente. Pero desgraciadamente también archiconservador. Una mujer lesbiana y sin hijos de treinta y tantos no encaja en su visión del mundo. Salir del armario muy probablemente no sólo habría significado el fin inmediato de mi empleo, sino que también habría destruido mi carrera política y todo lo que he trabajado tan incansablemente para construir en los últimos años.

—¿No crees que eso es demasiado estrecho de miras? Uno pensaría que a estas alturas el mundo tiene una mentalidad abierta hacia las personas homosexuales. No tiene nada de malo y tampoco te pueden despedir por tu orientación sexual.

Sophie resopló con amargura.

—No sabes nada de Washington ni de política, Grace. Deberías alegrarte. Al menos tu fé en el bien de la gente no se verá sacudida. El senador Carter habría encontrado una excusa para echarme. Y habría usado sus contactos para vengarse de mí. El conocimiento de que una lesbiana ha sido parte de su personal sin ser detectada durante años le habría valido el desprecio y el ridículo.

—No parece que quisiera trabajar para una persona tan mezquina y rencorosa —comenté secamente.

—Tienes razón, Grace. Tienes toda la razón. Por desgracia, tardé diez agotadores años en darme cuenta de ello y primero tuve que conocer a la mujer de mi vida que me hizo darme cuenta exactamente de eso. Christina me animó a ser fiel a mí misma.

Los ojos de Sophie se iluminaron de amor al mencionar a su compañera.

—¿Así que has estado fingiendo tener una relación con Damian durante los últimos diez años y manteniendo tu orientación sexual en secreto?

—Así es. Damian aceptó inmediatamente mi plan cuando entré en política. Era una de las pocas personas que conocía mi secreto. Damian estaba tan centrado en su carrera de abogado que no tenía tiempo para una novia de verdad ni para formar una familia. Oficialmente, nos consideraban pareja, pero siempre pasamos desapercibidos y mantuvimos nuestra relación alejada del ojo público todo lo posible.

—¿Y extraoficialmente?

—Extraoficialmente, cada uno tenía sus propias amantes, a las que un contrato que Damian redactó impedía hacer pública la aventura. Es más, en su mayoría eran personas que tenían

mucho que perder y estaban muy interesadas en mantener las cosas en secreto.

—¿Y en algún momento, la falsa relación con Damian se convirtió en un falso compromiso?

—Cuando el senador Carter me reveló que quería jubilarse y prepararme como su sucesora, me dejó claro que una mujer casada encajaría mejor en el perfil del votante. Me instó a casarme con Damian antes de las próximas elecciones al Senado.

—¿Y Damian estuvo de acuerdo?

—Damian estuvo de acuerdo, sí. Por un lado, porque se siente obligado conmigo. Aunque le he asegurado varias veces que no me debe nada, no se deja disuadir de esta creencia. Y por otro lado, el puesto de senador sólo está previsto como un escalón en mi camino hacia la *Casa Blanca*. Quiero llegar a la cima, Grace. Y Damian podría haber hecho mucho bien a mi lado. Puede que sepas que trabaja pro bono donde y cuando puede. Como marido de una influyente política, podría haber creado su propio programa humanitario con un presupuesto considerable y docenas de empleados.

—¿Sólo un escalón? ¿Planeas presentarte a la *presidencia*?

Se me cayó la mandíbula de asombro.

—Ese es el objetivo final. Está escrito en las estrellas si algún día lo conseguiré, pero sólo los que alcanzan las estrellas pueden llegar a ellas algún día.

Sophie bebió un sorbo de agua y me ofreció también una botella. Se la cogí con gratitud.

—Damian y yo queríamos anunciar nuestro compromiso a finales de verano. Pero entonces me di cuenta de que estaría mal. Sería un error basar mi carrera política en una mentira. Sería cobarde ocultar al mundo a la mujer que amo, que es tan maravillosa. Y sería imperdonable pedirle a Damian que renunciara a un futuro contigo.

—¿Así que rompiste el compromiso hace tres días?

—Hace tres días apareció un artículo en una de las principales revistas políticas de la Costa Este en el que salía del armario y explicaba por qué me guardé mi orientación sexual durante tanto tiempo. Damian insistió en dejar abierta la opción del compromiso hasta que se publicara el artículo, por si me acobardaba en el último momento. Cuando la suerte estaba echada, se armó de valor para hablar contigo. Ha sido esta mañana.

—Durante dos meses, pensé que no se preocupaba por mí. Durante dos meses, me despertaba cada mañana con lágrimas en los ojos porque soñaba con Damian y le echaba tanto de menos. Durante dos meses, me pregunté si ya estaría casado. Dos meses llenos de dolor, duda y decepción. ¿*Por qué* me hizo pasar por dos meses de infierno?

Sophie puso su mano sobre la mía y la apretó suavemente.

—A Damian no le fue mejor, puedes creerme. Sufrió muchísimo, todavía lo hace. Tienes que entender que Damian es una persona indescriptiblemente leal y desinteresada. Estaba dividido entre su amistad conmigo y su amor por ti, porque sentía que tenía que elegir una cosa o la otra. Eso casi lo quiebra.

—Parece que se decidió a favor de la amistad y en contra del amor. No he sabido nada de Damian en los últimos dos meses. Ni una palabra. Absolutamente nada. Ningún hombre que ama a una mujer hace eso.

—Damian ha estado contigo todo el tiempo, cuidándote.

—¿Qué quieres decir?

Mi maltrecho corazón empezó a latir más rápido ante la afirmación de Sophie.

—Después de tu precipitada huida de Nueva York, Damian hizo todo lo posible por localizarte. No descansó hasta saber que estabas a salvo y no en un oscuro callejón del Bronx. Pidió muchos favores a la policía y se gastó bastante dinero para averiguar que te subiste a un

autobús de larga distancia y te bajaste sana y salva en Foxhill. Sólo cuando el sheriff local le aseguró que entraste ilesa en casa de tu padre, Damian se tranquilizó y se fue a dormir.

—No lo sabía —respiré asombrada.

—Claro que no lo sabías. Igual que no sabías que Damian consiguió que la compañía de seguros Thorpe les ofreciera a tu padre y a ti una sustanciosa indemnización.

—¿Perdona?

—Jameson y Landon husmearon un poco en tu vida para conocer a la mujer que está volviendo loco a su mejor amigo. En el proceso, se dieron cuenta del accidente de tu padre y las inconsistencias. Cuando se lo presentaron a Damian, rompió la aseguradora y tiró lo que quedaba de ella a los tiburones.

—No sé qué decir. —Dejé escapar un suspiro.

—Damian estará resentido conmigo por buscarte y entrometerme en sus asuntos. Pero quería que lo supieras. Quería que lo supieras todo, Grace. Porque Damian seguro que no te habría dicho que ha movido cielo e infierno por ti, por tu felicidad y tus sueños. Es demasiado modesto para eso.

—Gracias por decírmelo.

Lágrimas de alivio y emoción rodaron por mis mejillas.

Damian no me había olvidado.

Había pensado en mí tan constantemente como yo había pensado en él.

Me había protegido y salvado de nuevo, como si fuera lo más natural del mundo.

¿Y yo? Yo le aparté. No le di la oportunidad de explicarse. En cambio, le dije que saliera de mi vida.

—Lo hice por Damian, Grace. Él merece ser amado. A pesar de sus defectos. O más bien, *a causa de* sus defectos. Espero que puedas darle ese amor. Porque de lo contrario tendré que volver a ti y tener una conversación mucho menos agradable contigo.

Sophie sonrió, pero había un matiz en su voz que no dejaba lugar a dudas de que cumpliría su amenaza si era necesario.

—Probablemente no debería meterme con una senadora —resoplé, forzando una sonrisa.

Sophie me dio un pañuelo y me guiñó un ojo.

—Hablando de senadora: ¿cómo ha ido tu salida del armario? ¿Has perdido tu trabajo y carrera? —le pregunté al salir del coche.

—Las próximas semanas lo dirán. Esperemos a ver qué nos depara el futuro, Grace. La vida está llena de sorpresas y giros inesperados.

Capitolo 29

DAMIAN

TRAS EL CLARO anuncio de Grace de que no quería volver a verme, trasladé la reunión con nuestro nuevo cliente de Nueva York a su bufete de Boston con poca antelación para poner distancia entre la ciudad y yo, donde todo me recordaba a Grace. Cuando llegué a Boston, un antiguo colega de la universidad me pidió que diera una conferencia como invitado en la prestigiosa facultad de Derecho donde impartía clases, lo que resultó no ser una buena idea. Porque todo lo que tenía que ver con las universidades me recordaba a Grace.

Ya fuera en Boston o en Nueva York, no podía quitarme a Grace de la cabeza. Estaba igual de frustrado y de mal humor que en Nueva York. Volví el viernes por la noche.

El sábado por la mañana salí a correr como de costumbre para hacer ejercicio. El sol brillaba alegremente desde el cielo y Central Park desprendía una sensación de finales de verano por todos los poros: árboles y arbustos verdes, gente despreocupada en mantas de picnic, patos graznando, ardillas ágiles y perros ladrando. Sólo mi cuerpo estaba en la habitual edad de hielo.

Me detuve en el puente *Bow* y dejé que mi mirada se perdiera en mis pensamientos sobre el lago azul, cuyas aguas brillaban bajo los rayos del sol y en el que se balanceaban sencillas barcas de madera de color verde oscuro.

—Me apetece salir otra vez. ¿Qué te parece?

Me impulsé desde el parapeto con asombro y miré directamente a los ojos de Grace, que brillaban de anhelo.

—Hola —jadeé sorprendido.

—Hola —sonrió tímidamente y se puso a mi lado—. Es realmente difícil localizarte. Empezaba a pensar que tendría que montar mi tienda de campaña aquí hasta que me topé contigo.

—Estaba fuera de la ciudad.

—Lo sé. Después de pasar los últimos días esperando aquí, pensé que sería más inteligente preguntar por ti en tu oficina.

—¿Me has estado esperando? ¿Por qué?

Grace miró al suelo y tragó saliva. Luego levantó la vista y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Quería... quería pedirte perdón.

—¿Querías pedirme *perdón*? No me debes una disculpa, Grace. No has hecho nada malo.

—No te di la oportunidad de decirme la verdad, Damian. Hice un juicio antes de conocer tu versión de la historia. No fue justo por mi parte. Por eso te debo una disculpa. ¿Puedo invitarte a un café en el *Boathouse* o tienes prisa?

Se apartó un mechón de pelo de la cara y contuvo la respiración esperanzada.

Su repentina aparición hizo que tanto mi mente como mi corazón se agitaran y tardé un momento en darme cuenta de que estaba ocurriendo de verdad.

Grace estaba aquí.

Conmigo.

—Tengo todo el tiempo del mundo para ti. Y me encantaría tomar un café contigo —la liberé por fin de la incertidumbre de sus ojos mientras esperaba mi respuesta.



Grace pidió dos cafés y se sentó en una de las mesas libres junto al agua. No me cansaba de mirarla. Estaba aún más hermosa que la última vez que había podido contemplarla en detalle dos meses atrás, aunque no lo hubiera creído posible. Sus ojos brillaban con una chispa vivaz. Sus hombros parecían más firmes, como si alguien les hubiera quitado el peso y la tensión del último año.

—Sophie vino a verme y me lo contó todo, Damian. —Grace abrió la conversación sin rodeos.

—¿Ella *qué*? No tenía derecho a hacerlo. —Molesto, me incliné hacia delante.

—Estoy muy agradecida de que lo hiciera. Así que no te enfades con ella. Es una verdadera amiga.

—Uno pensaría que estaría más que ocupada con sus propios problemas —refunfuñé.

—Seguro que lo está. Y aún así se tomó el tiempo de localizarme y ponerme al corriente. Por ti.

—¿Qué sabes, Grace?

—Todo. Conozco tu historia y la razón por la que aceptaste el compromiso. También sé que siempre me has vigilado durante los últimos meses y que tengo que agradecerte que mi padre recibiera por fin lo que se merecía. Posiblemente incluso mucho más que eso. Sólo gracias a ti puedo por fin estudiar en *Giuliard*, Damian. —Grace se secó las lágrimas con una servilleta.

—Sólo hacía lo que cualquier hombre haría por la mujer que ama.

Aparté con cuidado la silla y me puse de rodillas frente a Grace para levantarle la cabeza, que tenía enterrada entre las manos.

—¿Me quieres? ¿A pesar de que he sido tan injusta contigo? —Moqueó—. ¿Estás seguro?

Le aparté de la cara un mechón de pelo manchado de lágrimas y le levanté la barbilla.

—Nunca he estado tan seguro de nada en mi vida, Grace. Eres la bailarina de mis sueños. Te quiero. No puedo funcionar sin ti. Los dos últimos meses me lo han demostrado.

Hubo una pausa en la que Grace pareció digerir lo que acababa de decirle.

—¿Tienes planes para esta noche? —soltó de repente.

Desconcertado por el brusco cambio de tema, negué con la cabeza.

—No, todavía no.

—Entonces me gustaría invitarte a salir.

Solté una risita divertida.

—¿Me estás invitando a salir?

Grace se encogió de hombros y me dio una sonrisa irónica.

—Soy una mujer emancipada y segura de sí misma. Así que, ¿por qué no iba a pedirle una cita al tío bueno que está arrodillado delante de mí y que obviamente busca un beso?

—¿Tengo que aceptar la cita primero para conseguir el beso?

—Queremos mantener las cosas en el orden correcto, ¿no? —me amonestó con fingida seriedad.

—Creía que estabas emancipada y segura de ti misma —bromeé.

—Buena observación. Tienes razón. No creo que haya nada malo en un besito.

—Gracias a Dios —gemí y cogí el hermoso rostro de Grace, atrayéndola lentamente hacia mí y posando suavemente mis labios sobre los suyos.

Ella se estremeció bajo mi tierno beso y yo hice lo mismo. Nos aislamos por completo del

mundo que nos rodeaba y ni siquiera nos dimos cuenta de que el camarero nos estaba sirviendo café. Nuestros labios sólo se separaron cuando ya hacía tiempo que se había enfriado.

—¿Y ahora qué pasa con la cita? —murmuró Grace, ligeramente aturdida.

—¿Vienes?

—Sólo si vuelves a besarme —susurré contra sus labios.

—Eso es chantaje —protestó Grace.

—No es chantaje. Sólo soy un hombre emancipado y seguro de sí mismo que sabe lo que quiere —respondí con una sonrisa y le robé otro beso anhelante.

GRACE

Cuando subí las escaleras del metro a las diez de la noche, Damian ya estaba apoyado en la fachada del Tango Bar, con los ojos fijos en los escalones.

Cuando me vio, su expresión cambió. La preocupación dio paso a la alegría y la felicidad. El hecho de que yo fuera el catalizador de esas emociones desbordantes hizo que mi corazón diera un salto de alegría.

—Hola, hermosa mujer. —Damian sonrió y me hizo girar en círculos.

Dejé escapar un grito de sorpresa y, cuando volví a sentir el suelo bajo mis pies, lo empujé contra la pared para darle un largo beso.

—¡No tan tormentoso! Arruinarás tu regalo —me susurró Damian al oído.

—¿Mi regalo?

Miré el ramo de rosas rojas que Damian había escondido a sus espaldas. Un pequeño corazón de cartón, muy familiar, estaba pegado al ramo.

—¡Tú eres el admirador secreto!

—Me niego a decirlo —sonrió.

—Las pruebas son claras. Te he encontrado, en todo caso —me burlé de él.

Damian me entregó el ramo y me dio un beso en la mejilla.

Cogí la etiqueta del corazón y la hice girar entre mis dedos.

“Para la mujer que es dueña de mi corazón. Para siempre jamás”.

Cerré los ojos y bajé el ramo. ¿Qué había hecho para merecer a este hombre?

—¿Damián?

—¿Sí, cariño?

—Yo también te amo.

Los ojos de Damian se abrieron de par en par.

—¿Estás segura?

Dejé escapar un profundo suspiro.

—Nunca he estado tan segura de nada en mi vida, Damian. Eres la bailarina de mis sueños. Te quiero. No puedo funcionar sin ti. Los últimos dos meses me lo han demostrado.

—Pequeña bromista.

Los ojos de Damian brillaron con diversión mientras me acercaba de nuevo.

—Hablo completamente en serio, Damian. Te he echado tanto de menos... —le confesé, con la voz quebrada por las emociones que me embargaban.

Damian me estrechó en un fuerte abrazo.

—No volveré a separarme de ti, Grace. Te lo prometo.

Asentí y enterré la cara contra su pecho, inhalando su aroma familiar que tanto había añorado.

—No más secretos, Damian.

—No más secretos.

Me acarició la espalda tranquilizadamente con el pulgar.

—¿Qué te parece si entramos a bailar? —me preguntó entre dos besos profundos.

—Me encantaría —respondí y le acompañé a la pista de baile.

Cuando puso sus manos sobre mi cuerpo, se me puso la piel de gallina. Me acurruqué contra Damian y me dejé guiar por él, disfrutando de su cercanía, su tacto y sus caricias.

Pero en algún momento, eso ya no fue suficiente para nosotros. Nuestro baile se volvía más apasionado a cada minuto que pasaba. Los suaves preliminares se convirtieron en un embriagador acto de lujuria. Una vez más, me di cuenta de por qué al tango se le llamaba el más erótico de todos los bailes.

—¿Qué tal si seguimos bailando en la terraza de tu casa? Tenemos que ponernos al día —le susurré a Damian al oído. Se estremeció ante mi oferta.

—¿Vamos a mantener el orden entonces? —respondió con voz tensa.

Me reí divertidamente.

—Sólo estamos bailando. ¿O tienes algo más en mente?

Damian agarró mi muslo expuesto, que dejé deslizar por su pierna, y me dobló hacia atrás en un movimiento fluido antes de atraerme hacia él, me apretó fuertemente contra él y me agarró el trasero con promesa.

—¿Qué te parece el sexo en el ascensor, nena?

—Me encanta el sexo en el ascensor —anuncié con una risita.

—Entonces salgamos de aquí.

Damian me empujó suavemente fuera del bar mientras me besaba el cuello con fruición.

—¡Un momento! Nos olvidamos de las flores.

Me apresuré a volver a la mesa donde había colocado el ramo. Mis ojos se posaron en el corazón que lo acompañaba, cuya romántica inscripción me hizo la mujer más feliz de todo Nueva York.

—Para la mujer que es dueña de mi corazón. Por siempre jamás —susurró Damian, que había pasado desapercibido detrás de mí.

Me giré hacia él, me cogió la mano y la colocó sobre su corazón cálido y palpitante.

Era una promesa.

Epilogue

2 AÑOS DESPUÉS

GRACE

ME INCLINÉ por tercera vez ante la multitud que aplaudía, abrumada por las emociones que me inundaban. Inspirada, lancé un beso a mi padre, que se había levantado de un salto de su asiento en primera fila y aplaudía a rabiar.

El pesado telón de terciopelo rojo se deslizó lentamente desde el techo del teatro, separando a los intérpretes del musical del público, que no parecía cansarse de la representación ni siquiera después del segundo bis.

Mis compañeros se abalanzaron unos sobre otros y se abrazaron emocionados, celebrando el éxito del estreno del nuevo musical de Broadway, cuyo reparto estaba compuesto exclusivamente por recién graduados de *Giuliard*.

Yo saltaba y chillaba con mis compañeros, que se hicieron muy amigos en los dos últimos años. A medida que la actuación llegaba a su fin, sentí el alivio que sustituyó al agotador miedo escénico que me atenazó desde la mañana y que ni siquiera la boca supremamente hábil de Damian en mi clítoris fueron capaces de cambiar.

Damian.

Al pensar en él, una cálida oleada de afecto se apoderó de mí y la urgente necesidad de volar a sus brazos relegó todo lo demás a un segundo plano.

Cuando bajé de un salto los escalones del escenario que conducían a la zona de bastidores, me atrapó con una amplia sonrisa.

—Te dije que no sólo sobrevivirías, sino que estarías increíble. Como ves, tus nervios eran completamente infundados.

—Sólo lo dijiste porque me quieres y querías animarme.

—Lo dije porque te quiero y porque creo firmemente en ti —me corrigió Damian y me rodeó más fuerte con sus brazos.

—Te quiero tanto —susurré, saboreando el calor que irradiaba de él—. Por favor, no me sueltes nunca.

—Si queremos salir a cenar con tu padre, Sophie y Chris, me temo que tendré que soltarte. Pero te prometo que siempre estaré aquí para atraparte. En los días buenos y en los malos.

—¿Hasta el final de mi carrera? —murmuré, ebria del amor que sentía por este hombre.

—Por el resto de mi vida, Grace.

Un parpadeo insondable pasó por los ojos de Damian, haciéndome estremecer ansiosamente.

—¿Está todo bien contigo? Me dirías si estuvieras enfermo, ¿verdad?

Sobresaltada, abrí los ojos y me obligué a seguir respirando con calma.

Damianladeó la cabeza y me dirigió una mirada interrogante.

—Claro que lo haría. Todo está bien, cariño. No tienes por qué preocuparte. No tengo intención de dejarte sola. Ahora vamos, no hagamos esperar más a tus invitados.



Mi padre me besó en ambas mejillas y me entregó ceremoniosamente un enorme ramo de flores.

—Estoy muy orgulloso de ti, Gracie. ¿No te dije siempre que algún día bailarías en los grandes escenarios del mundo? Esta noche ha sido sólo el principio. La primera actuación gloriosa de muchas.

—Gracias, papi. Me alegro mucho de que estés aquí.

—¿Estás bromeando? No me lo iba a perder por nada del mundo. Llevo esperando este momento desde que a los diez años anunciaste que querías ser bailarina profesional.

Mi padre le dio a Damian una palmada amistosa en la espalda.

—Me alegro de verte, hijo mío.

Le dirigió a Damian una mirada significativa que me hizo incorporarme y tomar nota.

Algo no estaba bien aquí.

—Papá, ¿estás enfermo?

En realidad, mi padre se recuperó totalmente de su grave lesión gracias al excelente tratamiento que recibió. La pierna le daba problemas a veces sólo con el frío y la humedad.

—No cariño, ¿por qué, debería estarlo?

—¿Estás seguro?

—Sí, claro que estoy seguro.

—¡Ahí estás!

Sophie y Chris doblaron la esquina, saludando exuberantemente.

—Buenas noches, señora Senadora. Qué honor —bromeé con Sophie y dejé que me diera un abrazo antes de que me pasara a su animada compañera.

—Hola, Chris. Te ves bien.

Resultó que el senador Carter adaptó en un santiamén su actitud hacia los homosexuales a la opinión pública. Aunque hizo un escándalo y amenazó a Sophie cuando ella le reveló la verdad poco antes de que se publicara el artículo, esto cambió bruscamente cuando Sophie y la multipremiada corresponsal política Chris fueron celebradas como un dúo de poder progresista y valiente de Washington tras la publicación del artículo.

La oportunidad de aparecer en los medios como mentor de Sophie y de beneficiarse políticamente de la publicidad que la rodeaba cortó de raíz su resentimiento con sorprendente rapidez. Pasó dieciocho meses construyendo y apoyando la campaña de Sophie y fue decisivo para que se convirtiera en senadora seis meses antes.

Para celebrarlo, Damian nos llevó a un bar de moda no muy lejos de Broadway, que el equipo de seguridad de Sophie había considerado aceptable.

La velada desenfadada y divertida con las personas que significaban tanto para mí hizo que fuera uno de los mejores y más memorables días de mi vida.

Incluso Colton me llamó para felicitarme. Tras el éxito del vídeo musical en el que había bailado a su lado, me propuso otros proyectos. Trabajamos juntos varias veces en los últimos dos años y, como sabía que estaba con Damian, limitó su interés por mí a nuestra colaboración profesional.

Por si fuera poco, el matón que me robó y apaleó dos años atrás fue finalmente encarcelado por un largo tiempo la semana anterior. Fue detenido seis meses antes, durante un atraco en una gasolinera y sus huellas le condujeron hacia mi robo y a agresiones similares a mujeres. Durante el juicio, Damian no se separó de mí y desempeñó un papel fundamental en la imposición de la

pena más alta. Cuando se dictó la sentencia y supe que Nueva York tenía un gángster menos con el que lidiar, me quité un gran peso de encima.

Ahora que esa parte de mi pasado estaba cerrada, estaba deseando empezar un nuevo capítulo de mi vida con Damian.



Cuando Sophie y Chris se despidieron justo antes de medianoche, me pareció oír a Sophie decirle a Damian: *“espero que te hayas acordado de los pañuelos. Estoy segura de que Grace llorará cuando se lo digas”*.

En el móvil de Damian también apareció un mensaje de Jameson y Landon, preguntándole a Damian cómo había ido mi actuación y preguntándole si ya había hablado conmigo sobre el *asunto urgente*.

¿Qué era ese asunto urgente?

¿Es posible que Damian estuviera enfermo?

Me removí incómoda en mi asiento.

—¿Estás bien, cariño? —Damian me miró preocupado mientras dejábamos a mi padre en la puerta de su hotel en Central Park y el coche se detenía—. ¡Estás tan pálida!

—Estoy bien, ¿y tú?

—Yo también.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—¿Y realmente no estás gravemente enfermo?

—No, Grace. ¿Por qué me sigues preguntando eso?

—¿Y mi padre tampoco está enfermo?

—Cariño, ¿qué te pasa?

—¿Qué me pasa? Nada. Pero estáis actuando muy raro. Como si supierais algo que yo no sé. ¿Qué es lo que no me estáis contando?

Damian apretó los labios y miró por la ventanilla del coche, que acababa de girar en Central Park y se había detenido en el *Boathouse*.

—¿Qué estamos haciendo aquí?

—Un viaje.

Damian abrió la puerta y rodeó el todoterreno.

—Por favor, sal, soñadora.

—No tengo ni idea de lo que estás haciendo en Central Park en medio de la noche. Todo está cerrado.

—Confía en mí —me suplicó. Luego me dio un beso en la cabeza y me llevó al embarcadero.

Una barca de remos pintada de blanco yacía en las aguas poco profundas al final del embarcadero. Llevaba una ristra de luces de adornos dorados y amarillos que brillaban suavemente. Mi mirada se desvió de la barca hacia el lago, en el que flotaban docenas de farolillos de diversos colores que daban al agua un brillo místico.

Cuando me acerqué al barco, contuve la respiración, sorprendida.

—¡El barco se llama Grace! —Tiré con entusiasmo de la manga de Damian.

—Así es —me confirmó con picardía.

—¿Por qué se llama Grace?

—Porque es tu barco.

—¿*Mi* barco? —exclamé asombrada—. ¿Acabas de decir que este precioso barco es *mío*?

—Es mi regalo por tu graduación y tu primera gran actuación. Las flores me parecían inapropiadas. Después de todo, te las regalo casi todos los días. Pero hoy es un día muy especial en nuestras vidas. Y una ocasión especial requiere medidas especiales.

—¿Por eso me regalas un barco? —Atónita, me tapé la boca con la mano—. ¡Estás loco!

—Sí, así estoy yo. Loco por ti —susurró Damian enamorado y me besó la mano. —¿Estás lista para el viaje inaugural?

—¿*Ahora*? ¿En medio de la noche? ¿Está permitido?

Miré a mi alrededor con escepticismo, pero no veía a nadie más que a nosotros.

—Si nos detienen, tendrás a tu lado a uno de los mejores abogados de Nueva York para sacarte de la cárcel y, si eso no es suficiente, llamaremos a la senadora —sonrió Damian y me subió a la barca.

Algo suave me rozó el pie y, cuando me incliné, descubrí un mar de pétalos de rosa roja esparcidos por el *Grace*, cubriendo todo el suelo.

Damian subió a la barca conmigo y agarró los remos. Bajo la misteriosa luz de la redonda luna llena, maniobró hábilmente el *Grace* hacia el lago, entre los farolillos flotantes.

—Es el regalo más bonito que he recibido nunca. —Luché contra las lágrimas e intenté tragarme el nudo que tenía en la garganta—. Es perfecto.

—Es casi perfecto —discrepó Damian, sacando una cajita del bolsillo de su chaqueta.

Cuando abrió la caja para revelar un diamante brillante, mi corazón dejó de latir y jadeé desesperadamente en busca de aire.

—Respira, cariño. Respira. —Damian se apresuró a subirme a su regazo y volvió a guardar la caja en el bolsillo de la chaqueta—. Tómatelo con calma. No te derrumbes sobre mí en medio del lago.

—Pídemelo —le dije con voz ronca.

—¿Qué?

—Pídemelo. Pídemelo que me case contigo —repetí con voz ronca contra el pecho de Damian, que vibraba bajo su risa.

—Pero sólo si prometes no sufrir un infarto en el proceso.

—Acepto.

—No tan rápido, Grace. Ni siquiera te lo he pedido todavía —sonrió Damian.

—¿Quieres casarte conmigo, Damian? Porque yo sí que quiero casarme contigo.

Me senté en su regazo y le acaricié la barbilla con ternura.

—¡No puedes robarme el protagonismo, Grace! Yo quería proponerte matrimonio a *tí*, no al revés.

—Soy una mujer emancipada, segura de sí misma, que sabe lo que quiere. ¿Te acuerdas?

Damian hizo una mueca.

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—¿Quieres casarte conmigo? ¿Sí o sí? —solté una risita.

—Sólo si te callas un momento y me dejas hacer mi propuesta.

—Vale, trato hecho.

Damian sacó la caja cuadrada del bolsillo y la abrió por segunda vez. El brillante diamante refractado a la luz de la luna me dejó sin aliento.

—Sí, quiero —volví a respirar.

—Gracias —Damian rio con reproche.

—Y, ¿por qué no te das prisa con tu pregunta?

—Eres tan poco romántica.

—¿Por qué no me pones este anillo en el dedo, me besas y luego me preguntas?

—Porque ese no es el orden correcto.

—¿Desde cuándo nos importa el orden correcto? —Moví las cejas sugerentemente y Damian meneó la cabeza con resignación.

—Vale, grano en el culo. Entonces saca tu bonito dedo.

Obedecí las instrucciones de Damian y me mordí el labio inferior abrumada mientras me colocaba el encantador anillo.

Damian me cogió la cara con las dos manos, me inclinó la cabeza y me dio un beso en el que volcó todo el amor que sentía por mí.

—Te quiero más que a mi vida, Grace Elizabeth Bailey. ¿Quieres casarte conmigo y estar conmigo para siempre? —susurró contra mis labios mientras nos daba un breve respiro.

—Yo también te quiero. Y sí, me quiero casar contigo. Te quiero. Te quiero. Te quiero —dije, y le di a Damian un beso tormentoso—. Ahora que por fin hemos solucionado eso: ¿Qué opinas del sexo en barco en el lago de *Central Park*?



MIS NOVELAS DE UN VISTAZO

¿Conoces ya mi **serie Titan Racing**? Aquí puedes encontrar de un vistazo los 5 volúmenes de esta apasionante serie de automovilismo. A los fans de Drive to Survive les encantará.

Titan Racing 1 – Nunca te enamores del jefe: Allegra & Hunter

Titan Racing 2 – Nunca beses al adversario: Riley & Dante

Titan Racing 3 – Nunca te cases con el multimillonario: Dakota & Grayson

Titan Racing 4 – Nunca te acuestes con el enemigo: Kenzie & Cesare 1

Titan Racing 5 – Nunca tengas un bebé con el director general: Kenzie & Cesare 2

La serie Colorado College:

Amor prohibido sobre el hielo

Besos prohibidos sobre el hielo

Segundo chance sobre el hielo

Para no perderte ninguna novedad, **sígueme en Amazon** haciendo clic en "Seguir" junto a mi foto de autor. Sólo te llevará 5 segundos. También puedes **suscribirte a mi boletín** y recibir un relato gratis.

Puede encontrar todas mis novelas [AQUÍ](#). También puedes escanear este código QR.



LIBRO Y CAPÍTULO GRATIS

Suscríbete a mi boletín y recibe **la precuela** de la serie Colorado College **e un capítulo extra del segundo volume** de questa serie, como agradecimiento. Esto no se puede comprar en ningún sitio, sólo en el boletín.

Suscríbete aquí y empieza a leer ahora:

[HAGA CLIC AQUÍ](#)

o escanea este código QR:



También puedes encontrarme en las redes sociales:

Ava en Instagram: [avaavery.autorin](#)

Ava en TikTok: [@avaavery.books](#)

Antes de partir

¿Te ha gustado esta historia?

Me encantaría que dejaras una reseña en Amazon. No importa la extensión. Agradeceré cualquier reconocimiento hacia mis novelas.

Muchas gracias por tu tiempo.

Hasta pronto.

Ava

Derechos de portada

Source: Shutterstock.com

Photo ID & Credit: 379941049, Dundanim

Pie de imprenta:

Ava Avery

c/o WirFinden.Es

Naß und Hellie GbR

Kirchgasse 19

65817 Eppstein

Contacto:

avaavery.romane@gmail.com